

SANTIAGO QUEMADA CLARIANA



ADENTRARSE
en la
EUCARISTÍA



Adentrarse en la Eucaristía

(Guía para conocer y enseñar los tesoros de la Misa)

Santiago Quemada Clariana

Introducción

Vamos a entrar en un lugar precioso que está lleno de tesoros. Adentrándonos aprenderemos a valorar las obras de arte que hay allí. Detrás de cada oración, de cada gesto, de cada parte de la celebración en la que nos vamos a introducir, descubriremos riquezas insondables, maravillas que jamás habríamos imaginado encontrar. Vamos a contemplar en la liturgia de la Eucaristía algo que superará todos los tesoros conocidos: el amor de Dios. Dios que se encarna, que se hace hombre para que alcancemos y vivamos de ese amor suyo, creador de todos los amores de la tierra. “En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (1Jn. 4,9). Dios es inmensamente feliz, infinitamente feliz y viene para hacernos partícipes de su felicidad

La intención de este libro es que el lector se sorprenda. Ante las cosas de Dios lo normal es asombrarse. El que las conoce se emociona y agradece, el que las ignora se aburre y no valora. El amor auténtico siempre causa sorpresa. Y el amor de Dios, que es el amor de los amores, necesariamente ha de producir asombro, admiración, sorpresa. Es una manifestación lógica de quien atisba lo sobrenatural. Por eso cuando se introduce la rutina es que falta amor.

“El cristianismo es gracia, es la sorpresa de un Dios que, satisfecho no sólo con la creación del mundo y del hombre, se ha puesto al lado de su criatura (...)”^[1]. Al contemplar el amor que Dios nos tiene, que le ha llevado a hacerse hombre, a morir por nosotros en la Cruz y a quedarse bajo la apariencia de pan..., no podemos menos que asombrarnos, con un asombro lleno de agradecimiento. Eso pretendemos al tratar de explicar en este libro —de forma sencilla— lo más grande que poseemos en la tierra: la Eucaristía. Tenemos a Jesucristo mismo.

“La Eucaristía, que desarrolla un papel tan importante en la fe cristiana, es la más sorprendente invención divina. Es una invención en la que se manifiesta la genialidad de una sabiduría que es simultáneamente locura de amor”^[2]. Sólo al mismo Dios se le podía haber ocurrido. Por eso, si ya de por sí nos sorprenden mucho las genialidades humanas, estas realidades divinas nos deben asombrar todavía más, pues se sitúan en un nivel infinitamente superior. El grado de incidencia que las cosas de Dios tienen en la existencia humana es tan grande y profundo que resulta imposible medirlo. Por eso la consecuencia lógica —al entrever el infinito amor que Dios nos ha tenido— es la de profundizar en ese amor y tratar de corresponder lo mejor posible^[3].

Nos sorprenderemos al descubrir lo que es la Santa Misa: el Sacrificio que Jesucristo hace por cada persona humana, pero también el momento en que viene para que le comamos y para quedarse con nosotros en el Sagrario. Nos asombraremos del milagro tan grande que se produce cada vez que un sacerdote celebra la Eucaristía. Y veremos cuál es nuestro papel en ese sacrificio, qué podemos hacer en cada instante de

la Misa. Vamos a procurar penetrar en el profundo significado de un gesto del sacerdote, de una palabra y hasta de un silencio que antes nos parecían insignificantes y que ahora cobrarán fuerza y sentido distintos.

Si buscamos adentrarnos en este sacrificio, si contemplamos el misterio del amor de Dios y lo vivimos en primera persona, la Misa será para nosotros un momento único, cada Misa será como la primera y la última. Encontraremos el valor que tiene cada celebración para el mundo y para nuestra propia vida.

Debemos procurar unirnos en cada Eucaristía al sacrificio de Cristo, y entonces será más que nunca la Misa de Jesús y la mía. Es muy necesario que vayamos a la renovación del sacrificio de Cristo, como a un acontecimiento que se realiza por mí, algo personal, un gesto amoroso al que yo debo responder. “El cristiano no puede asistir a Misa como a un acto de culto que se realiza fuera de él. Si el rito se queda exterior no alcanza su finalidad, que es la de suscitar una disposición interior correspondiente al rito exterior”^[4].

Pero no hay que olvidar que la Misa es una celebración. Los hombres necesitamos celebrar. Festejamos aniversarios, celebramos triunfos, buscamos motivos — aunque no los haya— para festejar algo, para que el corazón se alegre. Participar en una Misa es la celebración mayor que podemos hacer en la tierra: cuando asistimos a la Eucaristía vivimos el momento en que Cristo se ofrece en sacrificio a Dios Padre para salvarnos de nuestros pecados. En cada Misa se produce de hecho este acontecimiento. No lo celebramos como un aniversario del sacrificio de Cristo por nosotros, sino que es el mismo sacrificio que se hace presente aquí y ahora.

Es una celebración tan grande que debe perdurar hasta el final de los tiempos. Dios elige a unos hombres y les confiere el sacramento del orden sacerdotal, para que así puedan celebrar en su nombre este acontecimiento. Dios toma posesión del sacerdote, de forma que cuando está en el altar es Cristo, cuando alza las manos es Cristo quien las levanta y cuando pronuncia las palabras es Cristo quien las dice: presta su cuerpo, sus manos, su boca, todo su ser a Cristo. Ese hombre, cuando es elegido para ser ministro de Cristo, sabe que va a dedicar toda su vida a celebrar la Misa, y que es ordenado sacerdote principalmente para renovar el sacrificio del Calvario.

Un cristiano con fe sabe que la Santa Misa es el milagro y el acontecimiento más importante que se realiza en este mundo, es lo más grande y maravilloso que sucede en la historia de la humanidad. Como decía en un sermón el santo cura de Ars: “La Santa Misa alegra toda la corte celestial, alivia a las pobres ánimas del purgatorio, atrae sobre la tierra toda suerte de bendiciones, y da más gloria a Dios que todos los sufrimientos de los mártires juntos, que las penitencias de todos los solitarios, que todas las lágrimas por ellos derramadas desde el principio del mundo y que todo lo que hagan hasta el fin de los siglos”^[5]. Si nos diéramos cuenta de lo que celebramos, del hecho al que vamos a asistir cuando vamos a la Iglesia, estaríamos deseando que llegara el domingo para estar con

nuestro Señor Jesucristo.

Una chica de trece o catorce años estaba enferma. Tenía una extraña enfermedad difícil de curar. Su organismo no producía los anticuerpos necesarios para defenderse. Tenía un hermano pequeño, de seis años, que había tenido la misma enfermedad. Como él sí que había conseguido fabricar esos anticuerpos, los médicos decidieron hacer una transfusión de sangre del chico a su hermana.

Le preguntaron al niño con mucha delicadeza. Era necesario hacerle la transfusión para salvar la vida de su hermana.

— Mira, tu hermana está enferma y necesita tu sangre, ¿estarías dispuesto a que hagamos una transfusión para donarle sangre a tu hermana?

El niño se quedó pensativo —ante el asombro de los médicos—, y después de unos instantes de duda, dijo que estaba dispuesto a darle la sangre a su hermana para que se pusiera buena.

Empezó la transfusión, y cuando llevaban un rato el chico comenzó a sentir un poco de mareo causado por efecto de la pérdida de sangre. Llamó a la enfermera y le preguntó:

—¿Es ahora cuando me voy a morir?

Se quedaron de piedra, pues se dieron cuenta que el niño, no sabiendo lo que era una transfusión, había pensado que se trataba de darle toda la sangre a su hermana. Por eso cuándo se lo preguntaron dudó unos momentos, pero se decidió a dársela aunque con eso él perdiese su vida.

Sin duda es un acto heroico de generosidad que emociona. Pues muchísimo más generoso ha sido Dios con los hombres. Le habíamos ofendido, y para librarnos de nuestros pecados —y poder así irnos al cielo— primero se hizo hombre, y después de enseñarnos lo que teníamos que hacer para llegar a la gloria murió por nosotros en la Cruz. Y fue muy generoso, porque en la Cruz derramó toda la sangre que tenía para salvarnos.

Y aun más, quiso Jesús quedarse para siempre con nosotros. Por eso, en la última Cena que celebró en esta tierra antes de morir, instituyó la Eucaristía. Cada vez que un sacerdote la celebra queriendo hacer lo que hace la Iglesia, o lo que es lo mismo, queriendo hacer lo que hizo Jesús, Él mismo que se ofreció de una vez para siempre en la Cruz, actualiza en el altar su sacrificio redentor por cada uno de los hombres y se queda escondido bajo la apariencia de pan. “El Verbo se encarnó para salvarnos reconciliándonos con Dios: «Dios nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4,10). «El Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo» (1 Jn 4, 14). «El se manifestó para quitar los pecados» (1 Jn 3, 5)”^[6].

Por eso si nos impresiona lo que ese niño hizo con su hermana, mucho más nos tiene que afectar lo que Jesús ha hecho muriendo en la Cruz y dando toda su sangre por

cada persona. Y hemos de demostrarle nuestro agradecimiento tratándole muy bien en la Misa, asistiendo muy bien preparados y dispuestos a darle todo nuestro cariño.

Capítulo I. Explicaciones preliminares

La Eucaristía es un tesoro porque bajo las especies de pan y de vino se contiene Cristo mismo, la segunda persona de la Santísima Trinidad, Dios verdadero que se hace también hombre. Es un misterio. No podemos entender porque Dios que es todo el poder, toda la belleza, toda la sabiduría... quiere asumir nuestra pobre carne mortal. Y la respuesta es el amor. Dios es Amor y por amor quiere hacernos partícipes de su felicidad, por amor se encarna y eleva nuestra naturaleza, por amor vive con nosotros y nos enseña, por amor muere en la Cruz y nos salva, y por amor se queda para siempre en la Eucaristía. “Toda la riqueza de Cristo “es para todo hombre y constituye el bien de cada uno”. Cristo no vivió su vida para sí mismo, sino *para nosotros*, desde su Encarnación “por nosotros los hombres y por nuestra salvación” hasta su muerte “por nuestros pecados” (1 Co 15, 3) y en su Resurrección “para nuestra justificación” (Rm 4,25)”^[7].

1— ¿Qué es la Misa?

El sacerdote de un colegio comienza la Misa catequética de todos los martes. Antes de comenzar la celebración de la Eucaristía les explica poco a poco cada semana lo que es la Misa, el sentido de la Misa, y lo que hay que hacer en los distintos momentos de la celebración. En un momento dado les pregunta:

—A ver, ahora decidme vosotros ¿qué es la Misa?

Todos los niños responden con fuerza, despacio y a una voz:

— “¡ La Misa es el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo que se ofrece a Dios, por ministerio del sacerdote, en memoria y renovación del sacrificio de la Cruz!”.

Es el sacrificio del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo. Nos ha servido el ejemplo gráfico de la transfusión de sangre para caer en la cuenta de lo grande que es el sacrificio de Jesucristo, que le lleva a derramar toda su sangre por nosotros en la Cruz. En la Misa que se celebra cada día en cualquier parte del mundo, Jesucristo se ofrece a Dios como víctima perfecta, haciendo presente otra vez el mismo sacrificio de la Cruz. “La Eucaristía es, pues, un sacrificio porque *representa* (= hace presente) el sacrificio de la Cruz, porque es su *memorial* y *aplica* su fruto: (Cristo), nuestro Dios y Señor, se ofreció a Dios Padre una vez por todas, muriendo como intercesor sobre el altar de la Cruz, a fin de realizar para ellos (los hombres) una redención eterna. Sin embargo, como su muerte no debía poner fin a su sacerdocio (Hb 7,24-27), en la última Cena, «la noche en que fue entregado» (1 Co 11,23), quiso dejar a la Iglesia, su esposa amada, un sacrificio visible (como lo reclama la naturaleza humana), donde sería representado el sacrificio sangriento que iba a realizarse una única vez en la Cruz, cuya memoria se perpetuaría hasta el fin de los siglos (1 Co 11,23) y cuya virtud saludable se aplicaría a la redención de los pecados que cometemos cada día. [Concilio de Trento: DS 1740]”^[8].

La definición de Misa dice después: “que se ofrece a Dios por ministerio del

sacerdote”. Hemos visto que para hacer esto Dios se sirve de una persona que se llama sacerdote. Este hombre ha recibido el sacramento del orden sacerdotal. Dios toma posesión de él, como lo hizo en la última Cena con los apóstoles cuando les dijo: “haced esto en conmemoración mía”. Jesús, después de instituir la Eucaristía, hace algo que es necesario para que lo que acaba de realizar perdure mientras haya hombres sobre la tierra. Por eso en ese momento instituye el sacerdocio. Les confiere, sobre todo, el poder de consagrar. Y Cristo, obediente a las palabras de la consagración, se hace presente bajo los signos sacramentales. “La cooperación de la Iglesia en el sacrificio se expresa, sobre todo, a través del ministerio del sacerdote. El sacerdote es el que ofrece ministerialmente el sacrificio. Él es sólo ministro, en el sentido de que está al servicio de Cristo; pronuncia las palabras de la consagración sólo en nombre de Cristo. Diciendo «esto es mi cuerpo», «este es el cáliz de mi sangre», hace presente el cuerpo y la sangre de Cristo. Él puede pronunciar estas palabras sólo en virtud del poder que ha recibido en la ordenación sacerdotal. Este poder le ha sido conferido por la autoridad de la Iglesia; ejerciendo en nombre de la Iglesia, ejerce también en el nombre de Cristo”^[9].

Sacrificio que se ofrece a Dios por ministerio del sacerdote. Para entrever la magnitud del sacrificio que se celebra y cómo el sacerdote es un instrumento elegido por Dios para realizar ese sacrificio, nos fijaremos ahora en el asombroso sacrificio que realizó el profeta Elías. “Salió Acab al encuentro de Elías. Y así que le vio le dijo: ¿Eres acaso tú el que trae alborotado a Israel? Respondió Elías: no he alborotado yo a Israel, sino tú y la casa de tu padre, que habéis despreciado los mandamientos del Señor y seguido a los baales. No obstante, manda ahora mismo juntar delante de mí a todo Israel en el monte Carmelo, y a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, que comen a la mesa de Jezabel. Envió, pues, Acab a llamar a todos los hijos de Israel, y congregó a todos los profetas en el monte Carmelo. Entonces Elías, acercándose a todo el pueblo dijo: ¿Hasta cuando habéis de ser como los que cojean de un sitio para otro? Si el Señor es Dios, seguidle; y si lo es Baal, seguid a Baal. Mas el pueblo no respondió palabra. De nuevo dijo Elías al pueblo: He quedado yo solo de los profetas del Señor, cuando los profetas de Baal son en número de cuatrocientas cincuenta personas. Dénsenos dos bueyes, de los cuales escojan ellos uno, y haciéndolo pedazos, pónganlo sobre la leña, sin aplicarle fuego; que yo sacrificaré el otro buey, le pondré sobre la leña y tampoco le aplicaré fuego. Invocad vosotros el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre del Señor, y aquel Dios que mostrare oír, enviando el fuego, ése sea tenido por Dios. Respondió todo el pueblo diciendo a una voz: excelente proposición.

Dijo, pues, Elías a los profetas de Baal: Escoged para vosotros el buey, y comenzad los primeros, ya que sois el mayor número, e invocad los nombres de vuestros dioses, pero no pongáis fuego. Ellos, tomando el buey que les fue dado, lo inmolaron, y no cesaban de invocar el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: Baal, escúchanos. Pero no se oía voz, ni había quien respondiese, y saltando sobre el ara que habían hecho, pasaban de una parte a otra. Siendo ya el mediodía, burlábase Elías de ellos, diciendo: Gritad más recio; porque ese dios quizá está en conversación con alguno,

o en alguna posada, o de viaje; tal vez está durmiendo, y así, es menester despertarle. Gritaban, pues, ellos a grandes voces; y se sajaban, según su rito, con cuchillos y lancetas hasta llenarse de sangre. Mas pasado ya el mediodía, se pusieron frenéticos, hasta la hora en que suele ofrecerse el sacrificio, sin que se oyese ninguna voz, ni hubiese quien respondiera ni atendiera a los que oraban. Dijo Elías a todo el pueblo: acercaos a mí: y acercándose el pueblo, reparó el altar del Señor que había sido arruinado. Tomó doce piedras, según el número de las tribus de los hijos de Jacob, a quien habló el Señor diciendo: Israel será tu nombre. Y con dichas piedras edificó el altar en el nombre del Señor, e hizo alrededor del altar una reguera, como la superficie en que se siembran dos saltos de grano. Y acomodó la leña; y dividiendo el buey en trozos, los puso sobre la leña. Y dijo: llenad cuatro cántaros de agua y vertedla sobre el holocausto y sobre la leña. Y dijo después: Hacedlo por segunda vez; y habiéndolo hecho por segunda vez, añadió: repetidlo aun por tercera vez; De suerte que corría el agua alrededor del altar, y quedó la reguera llena de agua. Siendo ya tiempo de ofrecer el holocausto, acercóse el profeta Elías, y dijo: ¡Oh Señor, Dios de Abraham, y de Isaac, y de Israel!, muestra hoy que tú eres el Dios de Israel, y que soy tu siervo, y que por tu mandato he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Señor, respóndeme, para que este pueblo sepa que tú, Señor, eres Dios y quien conviertes sus corazones. De repente bajó fuego del cielo, y devoró el holocausto, y la leña, y las piedras, y aun el polvo, consumiendo el agua que había en la reguera. Cuando lo vio el pueblo, se postraron todos sobre sus rostros, diciendo: El Señor es Dios. El Señor es Dios” (1 Reyes 18, 16-39).

Un Padre de la Iglesia explicaba la impresionante grandeza del sacrificio de la Misa y del misterio que supone esta celebración. Para mostrarlo exponía unos diálogos entre dos personas. Una de ellas introducía a la otra en la excelsitud del sacrificio del altar mostrando la acción de Dios narrada en el pasaje del Antiguo Testamento que acabamos de recoger. “— ¿Quieres ver por otra maravilla la soberana santidad de estos misterios? Imagínate, te ruego, que tienes ante los ojos al profeta Elías, la escena en que el profeta ora y de pronto, el fuego que baja del cielo sobre el sacrificio. Todo esto es admirable y nos llena de estupor. Pues trasládete ahora de ahí y contempla lo que entre nosotros se cumple (el sacrificio de la Misa) y verás no solo cosas maravillosas, sino algo que sobrepasa toda admiración. Aquí está en pie el sacerdote no para hacer bajar fuego del cielo, sino para que descienda el Espíritu Santo... ¿Quién habrá, pues, tan loco, quién tan perdido de juicio que pueda despreciar soberbiamente misterio tan tremendo? ¿Acaso ignoras que, sin particular ayuda de la gracia de Dios no habría alma humana capaz de soportar el fuego de este sacrificio, sino que nos consumiría a todos absolutamente?”^[10].

Como el sacerdote es Cristo en el altar, entendemos lo que decía el beato Josemaría: “La Misa es acción divina, trinitaria, no humana. El sacerdote que celebra sirve al designio del Señor, prestando su cuerpo, su voz; pero no obra en nombre propio, sino *in persona et in nomine Christi*, en la Persona de Cristo y en nombre de

Cristo^[11]”.

La última parte de la definición sobre la Misa dice que se ofrece: “en memoria y renovación del sacrificio de la Cruz”. Cada vez que se vuelve a celebrar Misa, se hace presente en el altar aquello mismo que sucedió hace dos mil años en el Calvario: Cristo entregado por nosotros los hombres para que tengamos vida sobrenatural y podamos alcanzar la vida eterna. Con este sacrificio —que se ofrece todos los días— se van realizando en cada alma los frutos de la Redención. Los hombres hemos sido redimidos. Para alcanzar esa salvación necesitamos las fuentes de la gracia que son los sacramentos, instituidos por Jesucristo, y de los cuales el central es el del mismo Cuerpo y la Sangre de Cristo, la Eucaristía. Él se queda con nosotros cada vez que se celebra la Santa Misa.

“Eucaristía” significa acción de gracias a Dios. Gracias por su infinita misericordia, que le ha llevado a crearnos dándonos la vida, a redimirnos del pecado haciéndose hombre y muriendo por nosotros. Y también significa acción de gracias por la Resurrección, porque nos ha librado de las ataduras del pecado y de la muerte, nos ha hecho hijos adoptivos, y nos ha permitido finalmente poder resucitar con Él gracias al Espíritu Santo que nos ha enviado. El Espíritu Santo nos ayuda en nuestro caminar hacia la meta del cielo. El Catecismo explica esta palabra que proviene del griego: “Se le llama: *Eucaristía* porque es acción de gracias a Dios. Las palabras «eucharistein» (Lc 22,19;1 Co 11,24) y «eulogein» (Mt 26,26; Mc 14,22) recuerdan las bendiciones judías que proclaman —sobre todo durante la comida— las obras de Dios: la creación, la redención y la santificación^[12]”.

La Santa Misa puede recibir varios nombres que son explicaciones de lo que es, de su realidad y su significado: se le llama “banquete del Señor”, porque es una celebración, una fiesta donde hay comida, y el alimento es el pan del cielo, el mismo Cristo que se nos da; también se llama “fracción del pan” porque es lo que hizo Jesús en la última Cena, y quiere significar que todos participamos de este alimento divino formando un solo cuerpo con Él; otros nombres que se le pueden dar a la Misa son: “asamblea Eucarística” “memorial de la pasión”, “Santo Sacrificio”, “Santa y divina liturgia”, “Comunión”, “Santa Misa”^[13]. Iremos explicando más despacio en el libro estos términos.

2— Un solo sacrificio

Por desgracia tantas veces hemos oído noticias de personas secuestradas. Secuestrar es privar a una persona de la libertad, encerrarla en un zulo y dejarla aislada. La persona secuestrada sufre mucho porque no puede ver a nadie, ni salir de la habitación. Está encerrada y tiene, además, la angustia de no saber si va a ser liberada o asesinada por sus secuestradores, ni cuando llegará ese feliz o dramático final.

Los que se apoderan de la persona asumen la autoría del secuestro y piden un rescate que —habitualmente— es una fuerte suma de dinero. A veces los familiares de la

víctima no disponen de esa cantidad de dinero y tienen que pedirlo prestado o conseguirlo empeñando patrimonios familiares, porque saben que si no pagan los secuestradores no liberarán a su presa y pueden cumplir la amenaza de matarlo.

Lo que ha hecho Dios con los hombres es liberarlos de un secuestro. Después de que nuestros primeros padres cayeran en la trampa del pecado original que les tendió el diablo, toda la humanidad quedó secuestrada por el demonio. Para liberar al hombre era necesario pagar un rescate. Pero la cifra era tan grande que ningún hombre la podía pagar. Estaba secuestrado para siempre, condenado a la muerte y sin la posibilidad de irse al cielo, que es el fin para el que fue creado por Dios. “Nuestra naturaleza enferma exigía ser sanada; desgarrada, ser restablecida; muerta, ser resucitada. Habíamos perdido la posesión del bien, era necesario que se nos devolviera. Encerrados en las tinieblas, hacía falta que nos llegara la luz; estando cautivos, esperábamos un salvador; prisioneros, un socorro; esclavos, un libertador. ¿No tenían importancia estos razonamientos? ¿No merecían conmover a Dios hasta el punto de hacerle bajar hasta nuestra naturaleza humana para visitarla, ya que la humanidad se encontraba en un estado tan miserable y tan desgraciado” (S. Gregorio de Nisa, or. Catech. 15)^[14].

Y Dios, que es todopoderoso y que es infinitamente misericordioso se decidió a salvarnos. Lo hizo entregándose a sí mismo, pues solo Él lo podía conseguir. La segunda persona de la Santísima Trinidad, Dios Hijo, se hizo hombre. Pagó el rescate de una forma generosísima, como sólo el amor de Dios podía hacerlo: muriendo en la Cruz de la forma más cruenta que puede morir un hombre. Y así, se ofreció en sacrificio por todos los hombres a su Padre Dios, que aceptó el sacrificio de su Hijo y el género humano quedó liberado del poder del demonio. Así aplastó Dios la cabeza del Maligno, para siempre.

Esto se repite en cada Misa, porque cada celebración de la Eucaristía hace presente, actualiza, el rescate que Dios ha pagado. Cada día, por ministerio del sacerdote, Jesús, como víctima entregada, se ofrece en sacrificio por nosotros. El precio del rescate que Jesucristo ha pagado es altísimo: toda la Sangre del Hijo de Dios hecho hombre. Su valor, por tanto, es infinito, y su eficacia salvadora llega a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos. Cuando se celebra la Eucaristía volvemos a beneficiarnos de ese sacrificio que se ofreció de una vez por todas en el monte Calvario. “Este sacrificio de Cristo es único, da plenitud y sobrepasa a todos los sacrificios. Ante todo es un don del mismo Dios Padre: es el Padre quien entrega al Hijo para reconciliarnos consigo. Al mismo tiempo es ofrenda del Hijo de Dios hecho hombre que, libremente y por amor, ofrece su vida a su Padre por medio del Espíritu Santo, para reparar nuestra desobediencia”^[15].

Imaginémonos tres momentos. Si tuviéramos una pizarra los dibujaríamos en tres escenas distintas para poderlas ver a la vez:

— La primera que nos imaginamos es a Jesús rodeado de sus discípulos celebrando

la última Cena. Jesús habla bajo, al oído de cada uno, pues sabe que es la última Cena y que al día siguiente morirá en la Cruz. Jesús se está despidiendo de ellos y está muy emocionado.

— Al lado de la primera escena situamos en la pizarra de nuestra mente una segunda: Jesús colgando de la Cruz. El sol está oculto y la tierra aparece oscura, como en tinieblas. Es un día muy gris y muy triste. Al lado de la Cruz de Jesús hay otras dos cruces en las que están dos ladrones. Al pie de la Cruz está la Virgen, un chico joven y otras mujeres que lloran.

— La última escena que contemplamos con los ojos de la imaginación es más fácil, porque esta imagen la vemos todos los domingos y cada vez que asistimos a la Santa Misa. El sacerdote celebrando el santo Sacrificio. Se acerca al altar revestido para ese momento tan importante y lo besa con mucho cariño. Comienza la Misa.

Estas tres imágenes que nos hemos imaginado no son tres sacrificios distintos, sino un solo y único sacrificio. El sacrificio de Jesús que se ofrece a Dios Padre para la salvación de los hombres. “El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, *un único sacrificio*: «Es una e idéntica la víctima que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, la que se ofreció a sí misma entonces sobre la Cruz. Sólo difiere la manera de ofrecer»: «En este divino sacrificio que se realiza en la Misa, este mismo Cristo, que se ofreció a sí mismo una vez de manera cruenta sobre el altar de la Cruz, es contenido e inmolado de manera no cruenta» (C/c. de Trento: DS 1743)”^[16].

En la última Cena Jesús celebra la primera Misa. Y les dice a los discípulos “Tomad y comed porque esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros”. Después puso vino en el cáliz, lo levantó y les dijo: “Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi Sangre que será derramada por vosotros”. Si le hubieran preguntado a Jesús en aquel momento:

—¿Cuándo será entregado tu cuerpo y derramada tu sangre?, Jesús les hubiera contestado:

— Mañana, en el Calvario. Aquel Cuerpo que veréis mañana clavado en la Cruz, y aquella Sangre derramada, es lo que os doy ahora, oculto bajo las apariencias de pan y vino.

Así el Señor nos enseña que en la última Cena anticipó el sacrificio de la Cruz. El sacrificio de la Misa que se ofrece por ministerio del sacerdote es también el mismo sacrificio de esa Cena y el mismo sacrificio del Calvario. Jesús, la noche que estaba con sus discípulos cenando, antes de ser apresado, les mando: “Haced esto en conmemoración mía”. Desde ese momento Jesús hizo de sus apóstoles sacerdotes para siempre. Ahora ya pueden ellos y sus sucesores realizar lo mismo que El hizo: hacer presente en cada altar el mismo sacrificio del Calvario.

Ese “hacerse presente” el sacrificio del Calvario se da de forma sacramental. "Toda

la razón de ser de esta representación del acto salvífico radica en su naturaleza sacramental. En sí mismo, el sacrificio de la Cruz era perfecto y bastaba para obtener todas las gracias para la salvación y la vida espiritual de la humanidad. (...) No se trata de una representación que se limitaría a recordar o celebrar el recuerdo de un acontecimiento del pasado. La representación consiste en una reproducción sacramental del sacrificio de la Cruz; ella hace presente aquel sacrificio de forma que se apliquen sus frutos a la Iglesia”^[17].

3— Regreso al pasado

Para entender mejor la Misa hay que hacer una excursión al pasado, dar un repaso panorámico a los orígenes del pueblo de Dios: admirar cómo les fue guiando hasta la tierra prometida, seguir los pactos y alianzas que hizo Dios con su pueblo y descubrir el culto que aprendieron a rendir a Dios a través de ritos y sacrificios. De aquí proviene el Sacrificio del altar. Profundizando en los “misterios” de la antigüedad veremos cómo son signos, simbolismos, holocaustos imperfectos de lo que hoy es el sacrificio perfecto que ofrece a su Creador, y que llamamos Santa Misa.

Después que el pecado rompiera la unión con Dios, el Creador decidió salvar a la humanidad, y lo hizo a través de una serie de etapas. Primero la alianza que hizo con Noe después del diluvio expresa el comienzo de la historia de la salvación. Más tarde el Señor elige a Abraham para hacerlo padre de un gran pueblo, que será el pueblo de Dios. Luego llegamos a la etapa de los patriarcas, elegidos por Dios para conducir a su pueblo. Después Dios constituye a Israel como su pueblo salvándole de la esclavitud de Egipto. Establece con él la alianza del Sinai y le da a través de Moisés su Ley para que le sirva como único Dios, esperando la venida del Mesías, el Salvador prometido.

Mientras caminaba Moisés con el pueblo de Dios por el desierto en pos de la tierra prometida, el Señor le mandó construir en el desierto una estancia donde se le adorara, una casa que simbolizara la majestad de Dios y la alianza con su pueblo. Este templo movable en el desierto se llamaba “el Tabernáculo”. Se componía del Santuario y del Atrio. El Santuario era una gran tienda de campaña cuyo interior estaba dividido por un velo en dos partes: el Santo o “Sancta” y el Santísimo o “*Sancta Sanctorum*”. El recinto exterior del Santuario era el Atrio, que estaba rodeado por sesenta columnas de madera. Al *Sancta Sanctorum* sólo tenía acceso el sumo Sacerdote, al *Sancta* los sacerdotes, y al Atrio todo el pueblo pues allí estaba —dentro de ese recinto— el altar donde se ofrecían los sacrificios o altar de los holocaustos. Este altar se encontraba en el exterior: era una plataforma con un enrejado de bronce en su interior y que servía de parrilla. De los cuatro ángulos superiores salían siete cuernos también de bronce. A la plataforma más grande subía el sacerdote, y lo hacía a través de una pequeña rampa que había para acceder fácilmente al altar.

El lugar más sagrado, donde habitaba la gloria de Dios, era el *Sancta Sanctorum*. Este era exactamente cúbico. En medio de él se guardaba el mayor tesoro del pueblo: el

Arca de la Alianza y el propiciatorio. El Arca era de madera de Setín y estaba revestida exterior e interiormente de oro purísimo. Tenía cuatro anillas de oro en los ángulos por las cuales pasaban dos varas de madera de Setín, doradas, que nunca debían retirarse y que servían para transportar el Arca. En el Arca quedaron depositadas las tablas de la Ley, el vaso con el maná, y más tarde la vara de Aarón. El propiciatorio cubría el Arca, era lo que la tapaba y protegía. Se trataba de una plancha de oro purísimo sobre la que estaban dos querubines de oro repujado, puestos frente a frente, ladeados, y con sus alas extendidas protegiendo el Arca y señalando a la vez el centro de la misma. Se llama propiciatorio pues por ahí se derramaba la sangre de los sacrificios. Encima del propiciatorio estaba la nube, que era la gloria de Dios. La nube se llamaba “el *Kabod*”, que significa “la gloria”.

El Santo era la otra parte de la tienda de campaña, de menor importancia que el *Sancta Sanctorum*, pero que también era un lugar sagrado. En esta habitación se colocaba la mesa con los panes de la proposición. Encima de la mesa se ponían en dos pilas de seis —sobre dos platos— doce tortas delgadas, según el número de las tribus de Israel. También se colocaban sobre esta mesa unas vasijas de oro con vino, que se ofrecía a Dios derramándose en el altar de los holocaustos al quemarse el incienso. Frente a esta mesa se colocaba el candelabro de oro de siete brazos, que debía arder día y noche delante del Señor. Y más cercano al velo del *Sancta Santorum* estaba situado el altar del incienso, que era de oro.

Todo el Antiguo Testamento encierra profunda relación con el Nuevo Testamento. La Iglesia de Cristo como el Tabernáculo es un todo majestuoso, armónico, que es de Dios. Sus más preciosos tesoros son los que están escondidos en el Arca que simboliza el Sagrario, donde está Cristo. Las tablas de la Ley eran de piedra, mientras que la ley de Cristo es de amor, viene del corazón y es el Evangelio, la nueva Ley del amor traída por Cristo. La mesa de los panes de la proposición es el pan del cielo, el Santísimo Sacramento. El candelabro es el Evangelio y sus siete brazos simbolizan los siete dones del Espíritu Santo y los siete Sacramentos. El altar de los holocaustos es el madero de la Cruz

Para cuidar del Santuario y del culto y ayudar al pueblo a dar gloria a Dios y a servirle con nobles y santos sentimientos, el Señor escogió personas sagradas de la tribu de Leví, una de las doce tribus. A Aarón y a sus descendientes primogénitos Dios los constituyó Sumos Sacerdotes; a los demás descendientes de Aarón les confirió la dignidad sacerdotal; y a la descendencia de los demás miembros de la tribu de Leví les confió la misión de ayudar a los sacerdotes en el sagrado ministerio.

El sumo Sacerdote tenía el privilegio de entrar en el *Sancta Sanctorum*, para ofrecer el sacrificio por sí y por el pueblo un día al año. También podía consultar a Dios en circunstancias extraordinarias. A los sacerdotes les estaban encomendados todos aquellos ministerios que no eran de la exclusiva competencia del sumo Sacerdote: llevar el Arca de la Alianza y todos los demás objetos sagrados; ofrecer sacrificios y orar por el pueblo; bendecirle, instruirle en la Ley y exhortarle al fiel cumplimiento de la misma.

La excelencia y dignidad del sacerdocio era tan grande que Dios quiso dar al pueblo una señal visible de la elección de Aarón y sus hijos mediante una consagración especial que duraría siete días. Moisés hizo lo que Yahvé le mandó y reunió al pueblo. “Después hizo que se acercaran Aarón y sus hijos y los lavó con agua. Vistió a Aarón la túnica, se la ciñó, le vistió la sobreveste y el *efod*, que le ciñó con el cinturón del *efod*, atándoselo; le puso el pectoral con los *urim y tummin*; cubrió su cabeza con la tiara, poniendo en la parte anterior de ella la diadema de oro, la diadema de la santidad, como le había mandado Yahvé; y tomando luego el óleo de la unción, ungió el tabernáculo y cuanto en él había, y lo consagró. Derramó el óleo de unción sobre la cabeza de Aarón, y le ungió, consagrándole. Hizo que se acercaran los hijos de Aarón y les vistió sus túnicas, los ciñó y les puso sus tiaras, como lo había mandado Yahvé. Hizo traer un novillo para el sacrificio por el pecado. Moisés lo degolló, y tomando su sangre, untó con su dedo los cuernos del altar todo en torno, y lo purificó, derramando la sangre al pie del altar, y lo consagró para hacer sobre él el sacrificio expiatorio. (...) Moisés lo degolló, tomó su sangre y untó con ella el lóbulo de la oreja derecha de Aarón, el pulgar de su mano

derecha y el de su pie derecho”^[18]. Esto era señal de que en adelante debían dedicar toda su actividad al desempeño de su sagrado ministerio. Con lo restante de la sangre roció alrededor del altar, y mezclando la sangre con óleo roció a Aarón y a sus hijos y las vestiduras de ellos, significando así su consagración total al Señor. Después celebraron un banquete sellando de esta manera la unión íntima con el Señor. Repitió esta misma ceremonia con todos sus pasos otros seis días.

Diariamente se ofrecían sacrificios a Dios por el Sumo Sacerdote por sí mismo y por el pueblo. Pero, además, a lo largo del año había unos tiempos sagrados y fiestas en los que se ofrecían sacrificios especiales, y que se vivían con especial intensidad por el pueblo. Había tres fiestas que eran las mayores del año y que se preparaban cuidadosamente: la de la Pascua, la de Pentecostés y la de los Tabernáculos. Siempre estas fiestas ayudaban al pueblo a recordar la providencia de Dios y les movían para agradecer de manera especial todo lo que les había dado.

Nos vamos a detener en la fiesta de la Pascua. Era una fiesta de pastores en la que ofrecían las primicias de sus rebaños. Se instituyó para conmemorar con la cena del cordero la liberación de la esclavitud egipcia y la sangre rociada en las casas de los judíos que liberó de la muerte a sus primogénitos. Cada jefe de familia debía matar un cordero —como hicieron sus antepasados en Egipto— y comerlo con verduras amargas, en compañía de su familia. La fiesta duraba siete días, durante los cuales sólo estaba permitido pan ácimo. No debía haber en las casas pan fermentado, para recordar así la salida apresurada de Egipto e inculcar la santidad de vida y pureza de corazón. Se ofrecía el sacrificio y luego se celebraba la cena de Pascua con muchos ritos y gran solemnidad. Pascua significa en hebreo “el paso”. En latín significa, en cambio, “los pastos”. Se Cruzan estos dos significados dando un sentido aun mayor a la Pascua: “el paso del buen Pastor”.

El sacrificio era el momento más importante. Había dos tipos de sacrificios: cruentos e incruentos. En los cruentos se sacrificaban los animales más nobles y preciosos. Sólo permitían animales vacunos, ovejas y cabras; en ciertos casos tórtolas o palominos. Las víctimas debían ser sanas, sin defecto, perfectas y de cierto vigor. En los sacrificios incruentos se ofrecían productos vegetales que servían de alimento al hombre: cereales, harina, trigo...

El ritual del sacrificio constaba de cinco pasos: presentación de la víctima, imposición de las manos, inmolación, aspersion de la sangre y combustión de la víctima o de parte de ella, pues lo restante servía de alimento. “El que ofrecía el sacrificio debía llevar por su mano la víctima al altar del Atrio, imponerle las manos sobre la cabeza en señal del entrega a Dios y de sustitución, confesar sus pecados e inmolarla también por su mano junto al lado oriental del altar. Un sacerdote, ayudado a veces por los levitas, recogía la *sangre* en una copa y *rociaba* después con ella, según la clase e importancia del sacrificio, el altar de los holocaustos o del incienso, el velo que cubría el *Sancta Sanctorum* o el Arca de la Alianza. Con esto se hacía entrega a Dios de la vida del animal y de la del oferente, a quien la víctima sustituía. Por fin, partido el animal en pedazos, se *quemaban* todos o parte de ellos en el altar, juntamente con las ofrendas, mientras los sacerdotes intercedían por el oferente”^[19].

La destrucción de la víctima significaba que Dios aceptaba ese sacrificio. Por eso el fuego del altar era santo, porque procedía de Dios. Los sacrificios eran agradables a Dios porque expresaban el alejamiento del pecado, la entrega a Dios, pero sobre todo eran figura del sacrificio único, verdadero e infinitamente grato de Jesucristo a Dios Padre en la Misa. Este sacrificio además de ser el más agradable a Dios tiene un valor infinito, y es un sacrificio perfecto y para siempre. “En el Santo sacrificio de la Misa tenemos un sacrificio *perpetuo*. Este solo sacrificio es suma y recapitulación del las virtudes de todos los sacrificios: es la más sublime alabanza, perfectísima acción de gracias, ferventísima súplica y eficazísima reconciliación. En el rito de este sacrificio se pone también de manifiesto la semejanza de los sacrificios de la Antigua Alianza con el de la Nueva, y la superioridad de éste sobre aquellos”^[20].

Capítulo II. Valor del lugar y el tiempo en la celebración

1— El altar

El altar es la mesa donde se realiza sacramentalmente el sacrificio de Cristo. No es una mesa cualquiera, ni siquiera es una mesa como las del Antiguo Testamento, que era sagrada pues en ella se ofrecían sacrificios de animales. Dios lo había mandado y estos sacrificios le eran muy gratos. Los altares se bendicen para la celebración de la Eucaristía. En ellos el que va a ofrecerse esta vez en sacrificio a Dios Padre es el mismo Hijo de Dios. Por eso los altares se ungen con aceite, se consagran con una oración, se inciensan, y se preparan con unos manteles para celebrar lo más dignamente posible el sacrificio de la Misa.

En torno al altar se congrega el pueblo de Dios para asistir al sacrificio y participar de la mejor manera posible en este acontecimiento único: la obra de nuestra salvación. Y podemos preguntarnos: ¿Por qué nos reunimos en torno al altar?, ¿qué representa el altar, qué significado tiene? Explica el Catecismo con mucha claridad que el altar simboliza a Cristo. “*El altar*, en torno al cual la Iglesia se reúne en la celebración de la Eucaristía, representa los dos aspectos de un mismo misterio: el altar del sacrificio y la mesa del Señor, y esto, tanto más cuanto que el altar cristiano es el símbolo de Cristo mismo, presente en medio de la asamblea de sus fieles, a la vez como la víctima ofrecida por nuestra reconciliación y como alimento celestial que se nos da. «¿Qué es, en efecto, el altar de Cristo sino la imagen del Cuerpo de Cristo?», dice san Ambrosio (sacr. 5,7), y en otro lugar: «El altar representa el Cuerpo (de Cristo), y el Cuerpo de Cristo está sobre el altar» (sacr. 4,7)”^[21].

El altar simboliza a Cristo. Por eso el sacerdote lo besa con tanta unción. La Misa es el acto de amor más grande que existe, por eso es lógico que comience con un beso y que termine con un beso. Los fieles tienen que participar activamente en este acto de amor, y deberían besar también el altar con el sacerdote. Como es evidente sería un desorden que lo hicieran físicamente, pero no hay ninguna objeción a que cada uno bese el altar con la imaginación, acompañando así ese gesto del sacerdote.

2— Significado de las vestiduras sacerdotales

Para celebrar la Santa Misa el sacerdote se reviste de esos hermosos ornamentos. Los asistentes pueden darse cuenta que, en el altar, el celebrante va vestido de esa forma tan especial porque ya no es D. Pedro o D. Mauricio, sino Cristo.

El sacerdote, a pesar de ser un hombre como los demás tiene —por el hecho de ser sacerdote de Jesucristo— la facultad de actualizar sobre el altar el mismo sacrificio de Cristo en la Cruz. Así, revestido de esa manera siempre que sube al altar, se distingue de los demás hombres, porque ahí es Cristo. Este recordatorio nos ayudará a revivir la fe para unirnos a Jesucristo, Sumo y eterno Sacerdote, en su adoración, acción de gracias, desagravio y petición a Dios Padre.

Es una catequesis muy buena la que se hace con los niños en algunos lugares para explicarles cada una de las vestiduras sagradas y el sentido que tienen. Se coloca una mesa al lado del altar con los ornamentos preparados, y el sacerdote se reviste delante de los niños explicándoles cada una de las prendas.

Primero el sacerdote se lava las manos. Les explica que como es un hombre, es por tanto también pecador, y tiene necesidad de purificarse. Por eso mientras se lava las manos pide a Dios que le limpie cada vez más el alma, para que así pueda celebrar la Eucaristía con una gran pureza interior.

Después se pone el alba, que es ese vestido largo y blanco. Su blancura significa la limpieza de corazón que ha de tener el celebrante para renovar el sacrificio del Calvario y la inocencia inmaculada que debe resplandecer en toda la vida del sacerdote. Significa purificación, limpieza de corazón para unirse al Cordero inmaculado.

Después se ajusta el alba con el cingulo, que es un cordón con el que se ciñe la cintura, y significa la castidad que ha de rodear la persona del sacerdote. La virtud de la pureza es necesaria para poder amar a Dios con todo el corazón, por eso el ministro la pide para sí mismo con humildad.

La estola es una banda de tela larga y estrecha, adornada con motivos litúrgicos. Antigamente la usaban los jueces romanos como signo del poder que tenían para juzgar. Se ha acogido por la Iglesia con el significado del poder recibido de Cristo que tiene el sacerdote para renovar el Santo sacrificio de la Cruz, y también para perdonar los pecados. La viste el sacerdote alrededor del cuello y cayendo por delante del pecho. Simboliza también la inmortalidad y es signo de la dignidad del sacerdocio ministerial.

Por último la casulla, el más vistoso de todos los ornamentos. Es un manto amplio que cae sobre los hombros. El ministro sagrado se lo pone encima como si fuese el dulce peso del yugo de Cristo que ha de protegerle de las dificultades que puede encontrar en el ejercicio de su ministerio. Es el emblema de la caridad que hace el yugo de Cristo suave y ligero.

Una vez se ha revestido el sacerdote y ha explicado el significado de todos los ornamentos, hace una pregunta desconcertante a los niños:

—¿Yo normalmente voy así por la calle?

Los niños responden con fuerza y con seguridad que no, y así se les queda grabado que el sacerdote se reviste de esa manera sólo para celebrar la Santa Misa. Son vestiduras específicas, para celebrar esa fiesta de la renovación del sacrificio del Calvario. Celebra en cada Misa la fiesta de nuestra Salvación que se vuelve a hacer presente en ese momento.

También se puede aprovechar la catequesis para explicar el sentido del color de los ornamentos. Son verdes cuando se celebra Misa los domingos del tiempo ordinario, y también pueden ser de este color los demás días de diario si el sacerdote celebra la Misa de feria (en ella se dicen las mismas oraciones de la Misa del domingo). Son rojos

cuando se celebra Misa de los mártires de la Iglesia, pues ese color simboliza la sangre. También se celebra de rojo la Misa votiva de la Santa Cruz y algunas otras. Son morados cuando se celebra Misa de difuntos, o en tiempos que expresan penitencia como el adviento o la cuaresma. Los ornamentos son blancos en muchas Misas. El color blanco sirve para celebrar todas las Misas si no está el color que corresponde. Y en concreto, el blanco es propio de la Misa de la Virgen, de los ángeles, de los santos Pastores, etc...

3— El año litúrgico

A lo largo de todo el año la Iglesia celebra y conmemora el misterio de Cristo: su vida, muerte y resurrección. “Es el Misterio de Cristo lo que la Iglesia anuncia y celebra en su liturgia a fin de que los fieles vivan de él y den testimonio del mismo en el mundo”^[22].

La Misa es el acto privilegiado para re-vivir, volver a vivir los misterios de nuestra salvación: Jesucristo con su Cuerpo y con su Sangre se entrega en sacrificio. Por eso celebramos los acontecimientos de la vida de Cristo como presentes, actuales, que hoy siguen salvándonos y redimiéndonos del pecado.

Como nos recuerda el Concilio Vaticano II, el año litúrgico es conmemorar todo el misterio de Cristo, desde que se encarna en las entrañas purísimas de la Virgen hasta que nos envía al Espíritu Santo el día de Pentecostés y asciende a los cielos. “Al conmemorar así los misterios de la redención, abre la riqueza de las virtudes y de los méritos de su Señor, de modo que se los hace presentes en cierto modo, durante todo tiempo, a los fieles para que los alcancen y se llenen de la gracia de la salvación”^[23].

Nos enriquecerá el procurar incorporar estas celebraciones a nuestra vida: viviendo con especial expectación los días previos —el tiempo de Adviento— al nacimiento de Cristo, preparándonos para la Pasión —en la Cuaresma— con auténtico espíritu de Penitencia y dolor de los pecados, y llenándonos de alegría ante la Resurrección de Cristo, día central del año litúrgico. “La santa Madre Iglesia considera que es su deber celebrar la obra de salvación de su divino Esposo con un sagrado recuerdo, en días determinados a través del año. Cada semana, en el día que llamó «del Señor», conmemora su resurrección, que una vez al año celebra también, junto con su santa pasión, en la máxima solemnidad de la Pascua. Además, en el círculo del año desarrolla todo el Misterio de Cristo...”^[24].

Presentamos a continuación la distribución del año litúrgico para situarnos en los principales momentos de nuestra salvación:

— ADVIENTO: con el tiempo de adviento se inicia el año litúrgico. Es un tiempo, cuatro semanas, de preparación para la Navidad, para el nacimiento de Cristo. Tiempo de vigilante espera, de más oración y penitencia. El adviento también significa ese tiempo en el que los hombres esperan y se preparan para la segunda venida de Jesucristo al final de

los tiempos, en la que quedarán instaurados los nuevos cielos y la tierra nueva.

— TIEMPO DE NAVIDAD: dura unas tres semanas. Son días gozosos en los que contemplamos la venida del Hijo de Dios en la visibilidad de nuestra naturaleza. Dios se hace hombre, asume nuestra carne para salvarnos del pecado. Termina este tiempo con la fiesta del Bautismo del Señor.

— TIEMPO ORDINARIO: ocupa treinta y tres o treinta y cuatro semanas, que se ven interrumpidas por el tiempo cuaresmal y pascual. Todos los domingos se recuerda el misterio de Jesucristo en su plenitud: la Resurrección del Hijo de Dios. En este tiempo se celebran la mayoría de las memorias o fiestas de los santos, además de algunas fiestas o solemnidades del Señor en día fijo o variable. Todas ellas reciben luz de la Pascua de Cristo. Después de la octava semana el tiempo ordinario se interrumpe pues comienza la cuaresma.

— TIEMPO DE CUARESMA: es el gran tiempo de preparación para la Pascua. Comienza con el miércoles de ceniza, y dura cuarenta días. Es tiempo de conversión y de penitencia, de preparación para los días fuertes de la Pasión. Se vive con ayuno y abstinencia uniéndose a los cuarenta días que Jesucristo pasó en el desierto. Y también es muy conveniente en este tiempo acudir al perdón de los pecados en el sacramento de la penitencia. De esta forma nos preparamos para Resucitar con Cristo.

— TIEMPO PASCUAL: con la Resurrección del Señor comienzan los cincuenta días de tiempo pascual. Podemos celebrar esos días como un gran domingo, como un único día festivo que se concluye en Pentecostés. Es este un tiempo muy favorable para el fortalecimiento de la fe. Ya se han incorporado a la Iglesia los nuevos bautizados que son promesa de fecundidad apostólica, y —si nos disponemos bien— podemos recibir un nuevo impulso para sentirnos evangelizadores. La Eucaristía, como alimento que nos comunica la vida del Resucitado, ocupa de manera especial el centro de este tiempo

Los primeros días de este tiempo constituyen la octava de pascua y se celebran como fiestas del Señor. Dos solemnidades son especialmente importantes: la Ascensión del Señor, a los cuarenta días de la Resurrección, y en la que Jesucristo pone fin a su manifestación en la tierra elevándose a los cielos; y a la semana siguiente la solemnidad de Pentecostés, el Espíritu Santo que nos envía el Señor para que con su gracia seamos conducidos al cielo.

— TIEMPO ORDINARIO: continua el tiempo ordinario hasta completar las treinta y tres o treinta y cuatro semanas y finalizar de esta manera el año litúrgico. Al comienzo de esta segunda etapa del tiempo ordinario se celebran en la Iglesia dos grandes solemnidades: la Santísima Trinidad y el Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo. El último domingo de este tiempo litúrgico —el más largo del año— termina de forma significativa con la solemnidad de Jesucristo Rey del universo.

Es de subrayar la solemnidad del 25 de marzo, nueve meses antes del nacimiento de Cristo. Celebramos la anunciación del Señor y la encarnación del Verbo gracias al sí de María. Y finalmente, antes de terminar el tiempo ordinario, veneramos a todos los

santos que no tienen día en el calendario litúrgico, que han llegado a la meta del cielo, pero que no están oficialmente en los altares. Al día siguiente es la conmemoración de todos los fieles difuntos. Rezamos especialmente ese día por todos los que han fallecido y ofrecemos sufragios, y concretamente la plegaria de valor infinito que es la Santa Misa. Estas oraciones especiales por los difuntos se prolongarán durante el mes de noviembre, dedicado por la Iglesia a rezar por las benditas ánimas del purgatorio.

4— El día del Señor

El día elegido por Dios, antes de la venida de Jesús, era el sábado. Dios mandó a los israelitas que cuidasen el sábado y que fuera un día especial para darle gloria. Con la venida de Jesús, con su muerte y Resurrección se establece una nueva era en el mundo. Ya estamos redimidos y podemos vivir como hijos de Dios. Para significar que hay algo muy importante que ha cambiado, el nuevo día para dar gloria a Dios de un modo especial pasa a ser el domingo. La palabra “domingo” proviene del latín “Dominus”, que significa “Señor”. El domingo es el día del Señor. “La Iglesia, desde la tradición apostólica que tiene su origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que se llama con razón «día del Señor» o domingo”(SC 106). El día de la Resurrección de Cristo es a la vez el "primer día de la semana", memorial del primer día de la creación, y el "octavo día" en que Cristo, tras su "reposo" del gran *Sabbat*, inaugura el Día "que hace el Señor", el "día que no conoce ocaso" (Liturgia bizantina). El "banquete del Señor" es su centro, porque es aquí donde toda la comunidad de los fieles encuentra al Señor resucitado que los invita a su banquete (cf Jn 21,12; Lc 24,30): “El día del Señor, el día de la Resurrección, el día de los cristianos, es nuestro día. Por eso es llamado día del Señor: porque es en este día cuando el Señor subió victorioso junto al Padre. Si los paganos lo llaman día del sol, también lo hacemos con gusto; porque hoy ha amanecido la luz del mundo, hoy ha aparecido el sol de justicia cuyos rayos traen la salvación”. [San Jerónimo]^[25].

El domingo es el día del Señor. Jesucristo resucitó el domingo, y para recordar este hecho crucial en la vida de los hombres todos los domingos del año los cristianos acudimos a la Santa Misa. Y lo hacemos porque es justo y necesario para dar gloria a nuestro Dios, para agradecerle el gran amor que le llevó a morir por nosotros y a resucitar librándonos del pecado, para pedir perdón por nuestras ofensas y las de todos los hombres; y para implorar ayuda y fuerza para vivir. Le suplicamos también ayuda y fuerza para todos los hombres, especialmente para aquellos que más lo necesitan: los que están en pecado y corre peligro su salvación eterna, y los que sufren y están enfermos, o no tienen qué comer, y corre peligro su vida..

Hay una pregunta que quizá muchas veces nos pueda ayudar: ¿Qué es lo más importante que yo hago en una semana? Puede que la primera respuesta que nos salga sea: un examen que tengo el viernes que no me da tiempo a estudiar y en el que me juego mucho, o un encargo muy importante que me ha hecho mi madre, o la fiesta que tengo el sábado por la noche en la que por fin voy a conocer a determinada persona...

¡Pues no! Esas cosas son importantes pero ninguna de ellas es la más importante. Lo más importante que hago cada semana, con diferencia, es asistir al santo sacrificio del altar el domingo.

Pensar en lo que es la Misa y en la necesidad que tenemos de cuidarla y de ir muy bien preparados nos servirá para valorar más éste gran milagro de Dios que es la Eucaristía. Si ahora nos dijeran que en nuestra parroquia tendría lugar una charla, y que el que la iba a dar era el mismo Jesucristo en persona, saldríamos corriendo para verle, para oírle, para —si es posible— saludarle. Pues bien, Jesús está de verdad en la Eucaristía, con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad. ¿Cómo valoramos el poder ir a estar con El, a oírle, a recibirle cada domingo?

Un sacerdote que fue a un país lejano y de gran extensión en el que no hay casi católicos, contaba que un día le dijo a un feligrés de su parroquia que el domingo siguiente no habría Misa pues no iba a poder estar. Le avisaba para que no hiciera el viaje de más de cien kilómetros que todos los domingos realizaba para ir a Misa, ya que esa era la Iglesia más cercana que tenía. Y la contestación que recibió de este hombre fue la siguiente:

— Aunque usted no esté yo iré. Estaré en la Iglesia el domingo porque sé que ahí está Jesucristo.

Hay personas a las que les falta fe, y que —quizá por ignorancia— preguntan por qué les tiene que obligar la Iglesia a asistir a Misa el domingo, que por qué cometen pecado mortal si no quieren ir, y por qué no sirve igual ir otro día, como por ejemplo el martes, que les viene mejor. Después de las razones dadas se entiende perfectamente que la Iglesia —que es madre— mande a los cristianos asistir a Misa al menos un día, el domingo, que es el día del Señor. Si está Jesús ahí por nosotros y se ofrece en sacrificio por nuestra salvación es lógico pensar que es lo menos que podemos hacer. Es cuestión de fe y de amor.

El domingo es el día en el que Dios, viendo todo lo que había creado y lo bueno que era, descansó. Hay que procurar aprender a descansar el domingo dando gloria a Dios. El descanso del alma es prioritario al del cuerpo. Y así como el cuerpo descansa realizando una actividad distinta, más relajante, el alma descansa y se fortalece con la Eucaristía. Normalmente las personas descansan cuando han trabajado mucho, y el descanso bien aprovechado les hace coger fuerzas para seguir trabajando. Necesitamos ir a Misa también para recibir esas gracias que Dios tiene preparadas, y que nos ayudarán a seguir trabajando y viviendo como buenos hijos de Dios. Por eso el centro del domingo —que es el día de descanso habitual— debe ser para Dios y no —como por desgracia sucede— dedicarle a Dios el hueco que nos sobra del domingo. Cuánto le gusta a Dios que ese día los miembros de la familia se reúnan para ir a estar todos juntos con El en la Iglesia. El Santo Padre en la carta apostólica que ha escrito con motivo del comienzo del nuevo milenio ha querido insistir “para que *la participación en la Eucaristía* sea, para cada bautizado *el centro del domingo*. Es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no

sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente”^[26].

Capítulo III. Situar en la Misa

1— Partes de la Misa

¿Cuántas partes tiene la Misa? La Misa tiene dos partes: la Liturgia de la Palabra y la Liturgia de la Eucaristía.

Es el sacrificio de Jesucristo que se ofrece a Dios Padre, y todos los cristianos nos unimos a ese único sacrificio dando culto a la Trinidad Beatísima. Este acto de culto tiene una estructura para ofrecerse a Dios, y el cristiano necesita conocer las partes de la Misa si quiere saber qué puede hacer en cada momento.

Así lo explica el Catecismo de la Iglesia Católica: “La liturgia de la Eucaristía se desarrolla conforme a una estructura fundamental que se ha conservado a través de los siglos hasta nosotros. Comprende dos grandes momentos que forman una unidad básica:

— la reunión, la *liturgia de la Palabra*, con las lecturas, la homilía y la oración universal;

— la *liturgia eucarística*, con la presentación del pan y del vino, la acción de gracias consecratoria y la comunión.

Liturgia de la Palabra y liturgia eucarística constituyen juntas «un solo acto de culto» (SC 56); en efecto, la mesa preparada para nosotros en la Eucaristía es a la vez la de la Palabra de Dios y la del Cuerpo del Señor (cf DV 21)^[27]”.

Esas dos partes de la Misa tienen una preparación y una conclusión. Así que se podría presentar el esquema de la Misa de la siguiente manera:

- Preparación:

— Acto penitencial

— Señor, ten piedad

— Gloria y colecta

1- Liturgia de la Palabra:

— Lecturas

— Evangelio. Homilía. Credo.

— Oración de los fieles

2- Liturgia de la Eucaristía

— Presentación de las ofrendas

— Oración sobre las ofrendas

— Plegaria Eucarística

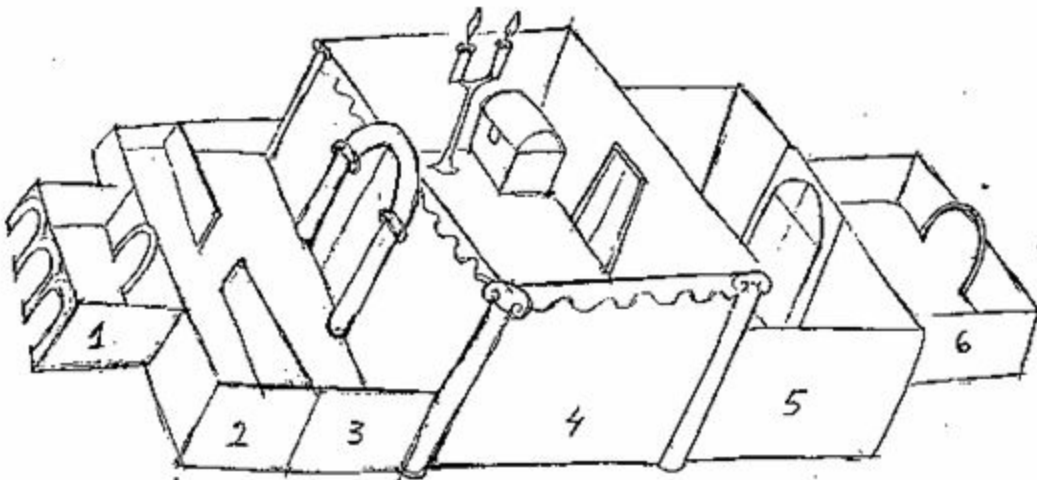
— Padre nuestro

- ## - Conclusión

2— Entrar en un palacio

La Misa se podría comparar a un palacio precioso que está lleno de tesoros y riquezas incontables. Desde que entramos nos llaman la atención las diversas estancias que nos vamos encontrando. En cada habitación hallamos muebles muy valiosos, materiales lujosos en el techo y en el suelo, obras de arte dignas de ser contempladas... Además no hay tiempo para aburrirse, pues veremos que cada estancia tiene un sentido muy preciso que nos lleva a actuar de determinada manera.

La habitación más importante de palacio es la del rey. El rey guarda en su habitación sus tesoros más preciados. En este palacio que es la Misa hay una habitación que es la del Rey y donde están las mayores riquezas de palacio, y ese momento se llama “plegaria eucarística”, porque ahí se encuentra el gran tesoro que es la consagración. Es la habitación más amplia, la más solemne, por eso a su entrada hay una puerta grande. Pero vayamos por partes, empecemos por la entrada, la primera habitación, el inicio de la celebración.



Parte de la Misa	1. Ritos iniciales	2. Liturgia de la Palabra	3. Ofertorio	4. Plegaria eucarística	5. Comunión	6. Conclusión
En qué consiste	*Saludo *Señor ten piedad *Gloria *Colecta	*Lecturas y salmo *Homilía *Credo	Se ofrece el pan y el vino.	*Prefacio (la puerta) *Consagración (Arca) *Acuérdate de vivos y difuntos (candelabro)	*Padrenuestro *Rito de la paz *Comunión	*Podéis ir en paz.
Qué hay que hacer	Arrepentirse Pedimos perdón de nuestros pecados	Aprender Escuchamos atentamente; sacamos alguna idea	Ofrecer. Ofrecemos a Dios el trabajo y el descanso, propio y ajeno. Los folios y los platos.	Adorar y pedir Jesucristo se hace presente mediante el milagro de la Transubstanciación.	Perdonar Perdonamos las ofensas y nos unimos a los presentes y ausentes.	Agradecer Permanecemos en la iglesia unos minutos para dar gracias a Dios.

— La sala primera se llama “ritos iniciales”. Como se ve en el dibujo hay tres puertas. Estas puertas son la Trinidad. La Santa Misa comienza con la señal de la Cruz, acudiendo a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

Lo primero al entrar en una casa es saludar. El sacerdote, ministro de Jesucristo saluda al pueblo, y el pueblo contesta acogiendo el saludo. El que saluda primero es el dueño de la casa que recibe a sus visitantes con cortesía. Ellos responden a esa salutación —que supone una invitación a entrar en el palacio— aceptando gustosos ese ofrecimiento.

Justo al entrar en esta habitación nos encontramos con una alfombrilla. Es algo que está en las entradas de todas las casas, y que sirve para limpiarse los zapatos y así no ensuciar el resto de la casa. En cada celebración de la Eucaristía, a la entrada, está el acto penitencial, que nos sirve como una esterilla donde nos limpiamos los zapatos. En la Misa nos arrepentimos de los pecados y así estamos con el alma limpia para adentrarnos en el palacio. Por tanto, la actitud a seguir en la primera estancia de la Misa es la de arrepentimiento, comenzar haciendo un acto de dolor por nuestros pecados.

— La sala segunda se llama liturgia de la Palabra. Esta habitación es una biblioteca, y lógicamente en ella nos encontraremos libros. Los libros en una casa son importantes, pues en ellos se encuentra gran parte de la sabiduría de esa casa. Cuando hay alguna duda se acude a la biblioteca a consultar algún libro, para aprender algo.

En esta habitación hay muebles de madera donde están los libros, una mesa grande también de madera, asientos cómodos para poder leer y grandes lámparas que iluminan sobradamente la estancia. Hay volúmenes nuevos y muchos antiguos. Los dos son muy preciados por el lector pues de ambos extrae la sabiduría que busca. Simbolizan las lecturas de la Misa del Nuevo y del Antiguo Testamento.

En esta sala el invitado debe entrar predispuesto a aprender. Esta es la actitud que

debe tener el visitante al introducirse en esta habitación. Debe entrar con los oídos bien abiertos dispuesto a descubrir alguna idea de cada libro que se abre.

—Llegamos a la sala tercera, donde están las ofrendas: el pan, el vino y todo lo que le queremos ofrecer al gran Rey. Ofrecemos a Dios el trabajo, el descanso, cosas propias y también de los demás. Los folios y los platos que nos encontraremos en esta habitación son dos tipos de trabajo que representan la variedad de actividades que se pueden ofrecer a Dios: trabajos intelectuales y trabajos manuales.

Aquí hay que venir con las manos llenas de cosas para ofrecer. La actitud que debemos tener en esta sala es la de presentar muchas cosas, incluso todas las que vamos a realizar, las que nos ilusionen y las que nos cuesten más sacrificio.

Hemos llegado a la solemne puerta, que da entrada a la gran sala de palacio. Allí sabemos que se encuentra el cofre sagrado. Esa puerta especialmente grande y adornada da paso al recinto más sagrado. Por eso la puerta es artesanal, cuidadosamente trabajada por artistas. Y simboliza el prefacio, oración solemnísimas que nos prepara y nos introduce en la plegaria eucarística.

—En esta sala cuarta nos encontramos dos velas encendidas. Son los dos “acuérdates”: una vela es el de vivos y la otra el de difuntos. Son dos momentos de la plegaria eucarística en los que podemos acordarnos de todas las personas vivas, familiares, amigos, conocidos...; y en el “acuérdate” de difuntos, de todas las personas conocidas que han fallecido y de todos los que no conocemos y que están todavía purificándose en el purgatorio.

Llegamos al lugar donde se encuentra el corazón del palacio, el cofre sagrado. Este cofre simboliza la consagración, el momento más solemne de la Santa Misa. Su forma evoca el arca de la alianza que contenía esos grandes tesoros: las tablas de la ley, el vaso con el maná y la vara de Aarón. También su forma recuerda a los tabernáculos, los sagrarios que contienen el preciosísimo tesoro del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.

La actitud que debemos adoptar es la de adorar, por eso nos ponemos de rodillas. También es un momento idóneo para pedirle cosas a Dios, pues este es —entre otros— uno de los motivos por los que se hace presente mediante el milagro de la transubstanciación, para que acudamos a él. Siempre ante el gran rey el pueblo aclama a su soberano, pero también pide beneficios, pide mercedes al que saben puede dárselas.

—Salimos de esa gran sala para adentrarnos en otra no menos bonita, aunque más pequeña. En la quinta sala tenemos nuestro encuentro personal con el gran Rey. Estamos en el momento de la Comunión. Al entrar aquí sentimos la necesidad de bajar la cabeza en señal de humildad. Pedir perdón y perdonar son dos actitudes apropiadas en este momento previo a recibir al Señor. Por eso rezamos aquí el Padrenuestro, y después damos y recibimos la paz.

—Y ya salimos, en la que hemos numerado como sexta sala, que se llama conclusión. Se trata de los ritos finales. Llegamos a esta sala con una actitud de profundo

agradecimiento. Permanecemos en la Iglesia unos minutos para dar gracias a Dios. Y después nos despedimos del gran Rey.

Es una muestra de respeto y educación el invitar a nuestra casa al que tan bien nos ha recibido. Y por supuesto, ante la invitación a volver pronto, mostrarnos agradecidos e íntimamente ilusionados con la idea.

3— ¿Yo qué puedo hacer en Misa?

Imagínate que te proponen participar en una obra de teatro. Esperas que al llegar te darán tu papel, y que te diran también el personaje que vas a desempeñar en la representación. Estás con todos los actores y actrices en el escenario y comienza la obra sin que tú sepas qué hacer. Solo sabes que te han puesto con un grupo de personas que van de un sitio a otro, de repente hablan, cantan, hacen diversos gestos... Estás perdido, no sabes de qué va la historia y observas desconcertado cómo los demás van de un lado a otro.

Esto le pasa, por desgracia, a mucha gente cuando va a Misa. No saben qué hacer. La Misa les parece siempre igual. Piensan que solo tienen que contestar cuando les toca, darse la paz con efusividad y no distraerse mucho. Quizá esas personas encogiéndose de hombros nos pueden preguntar: ¿pues entonces, si no es eso lo que hay que hacer en Misa, dime tú que se puede hacer?

Haremos ahora un resumen de ideas para responder a esta pregunta. Son ideas sobre qué se puede hacer durante la Eucaristía, qué se puede hacer para vivirla mejor, para vivirla con intensidad. Es un adelanto de lo que iremos explicando a lo largo del libro, pero pensamos que exponerlo sucintamente ahora centrará al lector y le situará desde el principio. No obstante, hay que advertir que poner en práctica estos consejos requerirá un necesario esfuerzo personal. No salen solos. Para vivirlas hay que estar pendientes, prestar atención al curso de la ceremonia, a cada palabra, a cada silencio, a cada momento de la celebración.

— La primera idea es que cada uno se concentre en rezar personalmente a Dios. Es cierto que la Misa es una celebración comunitaria —participamos todos juntos y lo hacemos unidos a todos los fieles cristianos— pero es necesario que cada uno la vivamos interiormente lo mejor que podamos. Hay que partir de la base de que cada uno sigue las contestaciones que los fieles hacen en voz alta. Lo que yo no rece nadie lo va a rezar por mí. Esto es lo mínimo y, por desgracia, muchas veces se descuida. Pero querríamos ir más allá con esta idea. Lo que proponemos es que todo lo que el sacerdote hace o dice procuremos hacerlo o decirlo interiormente. Desde que besa el altar, cuando se dirige a las tres personas de la Santísima Trinidad y comienza con la monición de entrada, hasta que nos bendice en el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, dice “podéis ir en paz” y besa de nuevo el altar. Este empeño por rezar interiormente todo lo que reza el sacerdote hará que estemos toda la Misa rezando y que la vivamos con mucha intensidad.

— Todos los textos en la celebración de la Eucaristía van dirigidos a Dios Padre, ofreciéndole a su Hijo a través del Espíritu Santo. Esta es otra recomendación que — lógicamente— nos introducirá más en el misterio de la Misa: distinguir durante toda la celebración entre las tres divinas personas, sabiendo en cada momento si nos dirigimos a Dios Padre, a Dios Hijo o a Dios Espíritu Santo. Estamos ante una acción trinitaria y con este esfuerzo por meternos en la Trinidad de Dios nos adentraremos también en su intimidad. Cuando Dios nos reveló el misterio de la Santísima Trinidad lo hizo para que conociéramos su intimidad, a la que de otro modo no habiéramos podido tener acceso en la tierra. Es fácil entender, por tanto, que si procuramos tratar a cada una de las personas que hay en Dios, nos introduzcamos más en el misterio de la Misa.

— Antes de abordar la siguiente idea que proponemos la vamos a presentar con un sucedido. En cierta ocasión, durante una reunión con un grupo de padres, el que la dirigía les planteó la siguiente pregunta: sabiendo quién es Dios, ¿cual debe ser nuestra actitud, como criaturas, con respecto a Dios? Las respuestas iban todas por la línea de adorar a Dios, dar gloria al Creador, reconocer que todo ha salido de sus manos... Después de un rato, el que dirigía la sesión, aportó nuevas posibles actitudes del hombre con Dios. Dijo que también —además de adorar a Dios— era de justicia darle gracias por todo lo que ha hecho, porque El nos lo ha dado todo. Además, como somos pecadores y hemos ofendido tantas veces al Señor, es de justicia que le pidamos perdón, no solo por nuestros pecados sino también por los pecados de todos los hombres. Y, finalmente, como Dios nos ha creado por amor, y como es nuestro Padre —que nos quiere tanto y está todo el día pendiente de nosotros— es lógico que le pidamos muchas cosas, pues El —como todo buen padre— está esperando que lo hagamos para concedérnoslas. Pues bien, nos dimos cuenta que justo esto es lo que el hombre tiene que hacer en Misa.

¿Cuales son los fines de la Misa?: Los fines de la Misa son cuatro: adorar a Dios, darle gracias, pedirle perdón y pedirle cosas.

Desde que comienza la Misa el sacerdote reza diversas oraciones en las que se van viviendo estos cuatro fines:

1— En muchos momentos se adora a Dios, como por ejemplo al rezar el gloria: “Gloria a Dios en el cielo..., te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos...”, y en otros instantes, por ejemplo justo antes del Padre nuestro: “a tí Dios Padre omnipotente todo honor y toda gloria...”

2— Hay muchos momentos en que se pide perdón. De hecho, así comienza la Misa, con el acto penitencial: “Hermanos: antes de celebrar los sagrados misterios reconozcamos nuestros pecados”; o “Señor ten piedad, Cristo ten piedad...” También pedimos perdón cuando rezamos fijándonos en lo que decimos el “Yo confieso... que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa...”

3— También damos gracias a Dios a lo largo de la Misa en muchas ocasiones. Pero sobre todo debemos hacerlo después de la consagración, agradeciendo al Señor que haya venido a quedarse con nosotros. Por supuesto de forma muy especial si le hemos

recibido en la Comunión, porque en ese momento tenemos a Jesús dentro de nosotros. Como hemos visto, la palabra “Eucaristía” significa “acción de gracias”, y hemos de procurar que nuestra Misa sea una constante acción de gracias.

4— Durante la celebración del santo sacrificio —siguiendo las palabras que reza el sacerdote— pedimos innumerables cosas a Dios: por la Iglesia, por el Papa, por los obispos, por los sacerdotes, por el pueblo fiel, por los enfermos, por los más necesitados... Hay que acordarse de poner estas peticiones en el altar, ya que la Misa tiene un valor infinito. Si la aprovechamos bien podremos beneficiarnos de esa oración tan poderosa que es el sacrificio de Dios Hijo a Dios Padre por medio del Espíritu Santo.

— Durante el santo sacrificio nos ayudará el preguntarnos —una vez que ya sabemos las partes de que consta la Misa— en qué momento de la celebración nos encontramos. Si oímos que se está rezando el salmo responsorial sabremos que estamos todavía en la liturgia de la Palabra. Si nos lo preguntamos cuando hemos llegado a la oración “Por Cristo, con El y en El...” nos daremos cuenta de que es la liturgia de la Eucaristía, justo antes de rezar el Padrenuestro. Es muy interesante pensar cada cierto tiempo durante la Santa Misa en qué parte estamos, pues así la viviremos con más intensidad y nos meteremos más.

— Los silencios de la Misa. Hay una serie de momentos en los que la liturgia pide a gritos que se guarde silencio. Durante la celebración de la Eucaristía estos silencios son fundamentales. Sólo si sabemos guardarlos podemos recoger en el interior de nuestra alma lo que estamos oyendo. Oí explicar a un sacerdote un ejemplo muy gráfico para entender esto. Los silencios de la Misa —decía— son los que hacen que las oraciones que oímos resuenen en nuestro interior. Cuando no hay silencios sucede igual que si a una guitarra le faltara la caja de resonancias. Suena mucho peor. En la Misa pasa lo mismo, las oraciones de la liturgia tienen mucha riqueza —como las notas de una buena composición— pero si no las interiorizamos pierden gran parte de su fuerza.

Los silencios hay que descubrirlos para poder vivirlos. Señalaremos aquí algunos de los más importantes para luego desarrollarlos más adelante en el libro:

1— El silencio del comienzo del acto penitencial, cuando el sacerdote nos invita a reconocer nuestros pecados. Es evidente que en este silencio hemos de hacer un esfuerzo para pensar en nuestros pecados, para pedir perdón a Dios por ellos, y así prepararnos mejor —con el alma más limpia— para participar de la Eucaristía. Este es uno de los que pueden resultar más fáciles de cuidar.

2— Hay un silencio en la oración colecta que podría pasar desapercibido. Cuando el sacerdote dice oremos y hace una breve pausa podemos dejar al Señor nuestras peticiones. En la oración que a continuación dice el sacerdote, se acogen las intenciones que acabamos de pedir presentándolas al Señor.

3— Después del Evangelio sería deseable guardar un breve momento de silencio. Si hay homilía el silencio se guardará después de la misma. Aquí debemos procurar que las palabras del Señor que acabamos de oír resuenen en nuestro corazón para sacarles

partido. Así nos servirán para vivirlas o para imitar el ejemplo de Jesucristo en nuestra vida ordinaria. Y no será algo pasajero, que ha entrado por un oído y ha salido por el otro. Si lo hemos hecho bien nos acordaremos durante el día de qué pasaje del evangelio era.

4— Otros silencios que se pueden aprovechar mucho si estamos atentos son los de la presentación de las ofrendas. En ellos le ofrecemos a Dios todo nuestro día y todas las obras que vamos a realizar. También nos sirven para poner sobre el altar nuestras peticiones. Si hay cantos —cosa habitual los domingos y festivos— podemos aprovechar las letras de las canciones, que muchas veces tienen que ver con el momento de la Misa. En esta parte de la Misa se suelen referir al ofrecimiento del pan y el vino, y al ofrecimiento de nuestras vidas y de todo lo nuestro.

5— Durante la consagración hay silencios muy importantes pues son momentos para adorar a Dios con toda nuestra alma, agradeciéndole que venga a estar con nosotros. Minutos también para pedirle a Jesús más fe y más amor.

6— Después de comulgar, mientras el sacerdote purifica los vasos sagrados, e incluso después, procuremos aprovechar esos instantes tan íntimos en los que estamos a solas con el Señor. Esforcémonos para darle gracias de todo corazón, para adorarle y para pedirle lo que llevamos en nuestro corazón, que en esos momentos está tan unido al corazón de Cristo.

Estos son algunos de los silencios más significativos y que podemos intentar incorporar a nuestra Misa. Aunque aquí hemos hecho una selección puede haber muchos otros a los que también podamos sacar partido.

Capítulo IV. Inicio de la Misa

Va a comenzar la Misa, el sacerdote se ha revestido preparándose cuidadosamente —con recogimiento interno y externo— para ese momento sublime. Hemos visto que desde que se reviste con la casulla ya no es él, es Cristo. Se dirige al altar y lo besa con unción, para después, desde la sede comenzar esa acción de la Santísima Trinidad que es la Santa Misa. Por eso comienza santiguándose en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

1— La Santísima Trinidad en la Misa

En la Santa Misa actúan las tres personas de la Santísima Trinidad: Dios Hijo se ofrece en el altar a Dios Padre a través del Espíritu Santo. Del mismo modo que Cristo, segunda Persona de la Trinidad Beatísima, se ofreció en la Cruz a Dios Padre para redimirnos del pecado, se sigue inmolando en cada Misa que se celebra. Y al igual que en el momento de la anunciación Dios Hijo se encarnó —haciéndose hombre— en las entrañas purísimas de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, también Cristo baja al altar en el momento de la consagración por obra del Espíritu Santo.

Al contemplar cómo están las tres personas de la Trinidad Beatísima en el santo sacrificio del altar, entendemos mejor porqué las primeras palabras que dice el sacerdote son: —“En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”.

Durante toda la Misa el sacerdote y los fieles se dirigen a cada una de las tres divinas personas. Esta es una idea que —como hemos visto— nos servirá de llave para tratar a Dios con más intimidad y para participar en la Misa con más devoción y cariño. No da igual que el sacerdote esté hablando con Dios Padre, con Dios Hijo o con Dios Espíritu Santo. Es muy conveniente saber a cuál de las tres personas nos estamos dirigiendo en cada momento. Los santos —las personas que han querido mucho a Dios— siempre han procurado tener un trato íntimo con cada una de las tres divinas personas. Es decir, han penetrado en la intimidad de Dios.

Al revelarnos Dios el misterio de la vida intratrinitaria nos ha abierto su intimidad. Nunca lo podríamos haber descubierto si Dios no nos lo hubiera revelado. Estamos ante el misterio de Dios en sí mismo, el misterio de su Ser. Por eso aunque es imposible que lo lleguemos a entender plenamente sí que podemos conocer cada vez más a Dios ahondando en este misterio y tratando más a cada una de las divinas personas. En una ocasión, en la ciudad de Burgos, llamaron a la puerta de una casa una chica y un chico que pertenecían a una secta. Abrió la puerta la señora de la casa y les atendió amablemente. Ellos le ofrecieron una supuesta Biblia, pero la señora les dijo que ella era católica y que no le interesaba esa Biblia pues no era la de la Iglesia. Al oír que era católica uno de los jóvenes dijo:

— Pero cómo, ¿entonces usted se cree eso de la Trinidad, de que en Dios hay tres personas...?

La mujer se les quedó mirando pensativa y dijo sin inmutarse:

— Pues miren, si yo soy hija de mi padre, y a la vez soy madre de mis hijos, y también soy esposa de mi marido..., qué no podrá ser Dios.

Ante semejante contestación no supieron qué decir y se marcharon.

A Dios Padre se le atribuye la creación del universo, del sol, de las estrellas, de los planetas y de todo lo que hay en la tierra, a Dios Hijo la Redención del género humano, que llevó a cabo haciéndose igual a los hombres menos en el pecado, muriendo por nosotros en la Cruz, y resucitando de entre los muertos, y a Dios Espíritu Santo se le atribuye la santificación, es el que mueve nuestra alma hacia Dios para que nos demos a los demás y para que hagamos el bien en el mundo.

Podemos crecer cada día en trato con cada una de las personas divinas, y en la Misa tenemos una especial oportunidad para hacerlo. La mayor parte de los textos de la Misa son oraciones dirigidas a Dios Padre, que es a quien se ofrece el sacrificio. “El Hijo está presente en la Eucaristía porque el Padre lo ha enviado. Al Padre se eleva la iniciativa del don de la Eucaristía. Es verdad que la iniciativa entera de la obra de salvación le pertenece a Él: Él es quien está en el origen de la Encarnación redentora y de su prolongación en el desarrollo de la Iglesia. Pero la iniciativa de la comida eucarística debe ser atribuida a Él por un título todavía más especial: porque en la calidad de Padre entra la función de alimentar a sus hijos”^[28].

Aunque el Padre debe contemplarse siempre como origen primero de la Eucaristía, no hay que olvidar que quien se ofrece en sacrificio al Padre es el Hijo. Por eso debemos estar muy atentos a las veces que se ofrece la Víctima, Jesucristo, para ofrecernos con Él en sacrificio^[29].

Y también en determinadas ocasiones se acude al Espíritu Santo. “El Espíritu Santo es quien da la vida” (Jn 6, 63). Sin esta fuerza del Espíritu Santo la carne no podría comunicar la vida divina. Esto no nos debe llevar a confundir que el que está realmente presente en la Eucaristía es el Hijo y no el Espíritu Santo. “La misión de Cristo y del Espíritu Santo se realiza en la Iglesia, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo. Esta misión conjunta asocia desde ahora a los fieles de Cristo en su Comunión con el Padre en el Espíritu Santo: el Espíritu Santo *prepara* a los hombres, los previene con su gracia, para atraerlos hacia Cristo. Les *manifiesta* al Señor resucitado, les recuerda su palabra y abre su mente para entender su Muerte y su Resurrección. Les *hace presente* el Misterio de Cristo, sobre todo en la Eucaristía para reconciliarlos, para *conducirlos a la* *Comunión* con Dios, para que den «mucho fruto» (Jn 15, 5. 8. 16)”^[30]. La intervención del Espíritu Santo es imprescindible, ya que es necesaria su intervención para que se haga presente Jesús con su Cuerpo y con su Sangre. Es el Espíritu de Dios quien con su poder contribuye a que se produzca el milagro de la transubstanciación. Distinguir durante la Misa en el trato con cada una de las tres divinas personas enriquecerá nuestro trato con Dios y nuestra Misa que será un encuentro más personal,

más íntimo con Dios.

2— La tintorería

Unas niñas estaban en la catequesis con el sacerdote que les iba a dar la primera comunión. Hablándoles de la confesión les puso un ejemplo muy gráfico, para que entendieran la necesidad de pedir perdón a Jesús antes de recibirle.

— Imaginad que os estáis probando el traje de primera comunión. Vuestra madre lo está retocando para que cuando llegue el gran día esté perfecto. El traje es muy bonito, tiene un blanco precioso, con encajes muy elegantes... De repente, en un descuido, tu hermano pequeño, que está jugando con una pluma, se le escapa y cae sobre el traje de primera comunión dejándolo manchado de tinta. ¡Gran disgusto!. La niña llora, la mamá se enfada, el niño huye. ¡Que tremendo desastre!

Llegado a este punto de la narración el sacerdote pregunta a las niñas:

— Entonces, ¿qué harán con el traje?, ¿Tirarlo a la basura?

Todas las niñas responden:

— ¡Noooo...!

— Pues qué harías, ¿meterlo en la lavadora?

— ¡No! Llevarlo a la tintorería.

— Claro, si el traje está sucio se lleva a lavar. Pues lo mismo pasa con el alma. El alma se ensucia con nuestros pecados, y entonces que tenemos que hacer, ¿tirarla a la basura?

— ¡Noooo...! Responden las niñas con fuerza

— Pues qué hay que hacer, ¿meterla en la lavadora?

— ¡Nooo...!

— Entonces qué, ¿llevar el alma a la tintorería?

— ¡No! Lavarla en el sacramento de la penitencia.

— En efecto, en el sacramento de la penitencia se nos limpian todos los pecados y salimos con el alma reluciente, como un traje de primera Comunión saldría de la mejor tintorería, sin rastro de mancha alguna.

La Misa —que es el sacrificio en el que Jesús se entrega por nosotros y se nos entrega a nosotros— comienza de la manera más lógica: con el acto penitencial, es decir, pidiéndole a Jesús perdón por nuestros pecados. Así preparamos nuestra alma para que esté bien limpia cuando vayamos a comulgar. Si hubiera algún pecado mortal sería necesario para poder recibir al Señor confesarlo antes en el sacramento de la penitencia.

Al comienzo de la Misa, en el acto penitencial, la Iglesia nos invita a prepararnos muy bien para la Comunión pidiendo perdón por nuestros pecados: —”Hermanos, para

celebrar dignamente estos sagrados misterios, reconozcamos nuestros pecados”. El Señor espera nuestro arrepentimiento: aquí hay que hacer un esfuerzo para recordar nuestros pecados y pedir perdón de corazón a Dios por lo que le hayamos podido ofender. "Dios nos ha creado sin nosotros, pero no ha querido salvarnos sin nosotros" (S. Agustín, serm. 169, 11, 13). La acogida de su misericordia exige de nosotros la confesión de nuestras faltas. "Si decimos: «no tenemos pecado», nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia" (1 Jn 1,8-9)^[31].

Aquí el sacerdote guarda silencio unos instantes, pero no para que pensemos que vamos a hacer después, lo que le vamos a pedir a nuestra madre, o el amigo al que vamos a llamar... Esos breves momentos son para pedir perdón de todo corazón a Jesús por nuestros pecados y así disponer el alma para que el Señor cuando venga la encuentre muy limpia y muy bien dispuesta. Es un silencio adecuado para examinar nuestra conciencia, para ver en la presencia de Dios qué faltas concretas tengo, y para pedirle perdón al Señor por ellas. Procuremos evitar aquí quedarnos en la generalidad de pensar que somos pecadores y que tenemos muchas cosas que desagradan a Dios. Requiere esfuerzo, pero agrada mucho más a Dios —pues manifiesta verdadero dolor y arrepentimiento— procurar pensar en algo concreto que —desde la última vez que nos confesamos— hemos hecho mal:

—“Señor perdóname por ese enfado que tuve ayer con mi madre”, “me arrepiento de haber derrochado el dinero de esa manera el otro día”, “Dios mío te pido perdón por haber perdido el tiempo ayer por la mañana...”.

Se trata de procurar en esos breves instantes pedir perdón a Dios por lo que pensemos que más le ha ofendido. Este arrepentimiento profundo y sincero de nuestros pecados veniales Dios lo valora mucho y lo premia limpiándonos el alma. Si los pecados son mortales también lo valora y da fuerzas para acudir cuanto antes al sacramento de la Penitencia.

3— El pecado y el dolor en el acto penitencial

¿Qué es el pecado? El pecado es toda desobediencia voluntaria a la ley de Dios. El Catecismo lo define como una ofensa del hombre a Dios. “El pecado es una falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo, a causa de un apego perverso a ciertos bienes. Hiere la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana. Ha sido definido como «una palabra, un acto o un deseo contrarios a la ley eterna» (San Agustín, Faust. 22, 27; S. Tomás de A., s. th., 1-2, 71, 6)^[32]”.

El pecado es el obstáculo que ponemos entre Dios y nosotros. Por el pecado se introduce el mal en el mundo, debido a que el hombre libremente le da la espalda a Dios. Es el principal mal contra el que hemos de luchar. Para librarnos del pecado murió Cristo

en la Cruz.

En la Misa se actualiza el sacrificio de la Cruz, se realiza ese mismo sacrificio, y Jesús se ofrece para salvarnos del pecado. Se entiende que el comienzo de la Misa sea un momento muy bueno para pedir perdón al Señor por nuestros pecados y por los pecados de todos los hombres. “En la Pasión, la misericordia de Cristo vence al pecado. En ella, es donde éste manifiesta mejor su violencia y su multiplicidad: incredulidad, rechazo y burlas por parte de los jefes y del pueblo, debilidad de Pilato y crueldad de los soldados, traición de Judas tan dura a Jesús, negaciones de Pedro y abandono de los discípulos. Sin embargo, en la hora misma de las tinieblas y del príncipe de este mundo (cf Jn 14, 30), el sacrificio de Cristo se convierte secretamente en la fuente de la que brotará inagotable el perdón de nuestros pecados”^[33].

¿Que es el dolor de los pecados? El dolor de los pecados es un sentimiento o pesar sobrenatural por haber ofendido a Dios. Lo más importante del acto penitencial es el dolor de los pecados que cada uno tenga, es decir, el aborrecimiento del pecado, el pesar que nos debe causar advertir que hemos ofendido a nuestro Dios.

Antes de rezar el “Yo confieso” hemos reconocido y pedido perdón interiormente por nuestros pecados aprovechando el breve silencio que se guarda. Ahora, en esta oración, es el momento de pedir perdón todos juntos: por todo lo que hayamos hecho mal o por lo que teníamos que haber hecho y por dejadez, comodidad o egoísmo dejamos de hacer. Cuánto nos ayudará fijarnos en cada una de esas palabras que rezamos en voz alta: “he pecado mucho de pensamiento, de palabra, de obra y de omisión”, y nos golpeamos el pecho pidiendo perdón: “por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa”.

El Catecismo de la Iglesia Católica explica brevemente cada uno de estos cuatro tipos de pecados. De pensamiento: contra Dios, rechazándole interiormente o dudando de Él, y contra los demás, por posibles rencillas, envidias, críticas internas... Los pecados de palabra: contra Dios y contra los demás por discordias, iras, críticas externas... Los pecados de obra: actos que realizamos y que desagradan a Dios. Pecado de omisión es todo aquello que podíamos haber hecho y — por dejadez, pereza, egoísmo, etc....— hemos dejado de hacer. “Se pueden distinguir los pecados según su objeto, como en todo acto humano, o según las virtudes a las que se oponen, por exceso o por defecto, o según los mandamientos que quebrantan. Se los puede agrupar también según que se refieran a Dios, al prójimo o a sí mismo; se los puede dividir en pecados espirituales y carnales, o también en pecados de pensamiento, palabra, acción u omisión. La raíz del pecado está en el corazón del hombre, en su libre voluntad, según la enseñanza del Señor: «De dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias. Esto es lo que hace impuro al hombre» (Mt 15,19-20). En el corazón reside también la caridad, principio de las obras buenas y puras, a la que hiere el pecado”^[34].

De este pedir perdón se seguirá un gran bien para nuestras almas. Con el arrepentimiento haremos desaparecer los obstáculos que se oponen a la aplicación de los méritos de la Pasión y Muerte de Jesucristo. Son precisamente esos méritos de Jesús los que se nos ofrecen en la Santa Misa. Hemos de procurar pedir perdón a Dios de todo corazón aborreciendo hasta la más pequeña ofensa, hasta la mínima falta de amor de Dios que hayamos cometido. El dolor de los pecados de una persona se manifiesta en la decisión firme que tiene su voluntad para detestarlos, dándose cuenta del amor que Él le ha dado primero. Por eso le seguimos diciendo con gritos que salen del corazón para implorar la compasión de Dios sobre los hombres: “¡Señor, ten piedad! ¡Cristo, ten piedad! ¡Señor, ten piedad!

Este fue el grito del ciego Bartimeo. Quería que Jesús lo curara, y cuándo oyó que pasaba dijo elevando la voz todo lo que pudo: “¡Jesús, hijo de David, ten piedad de mí!” Muchos le decían que se callase pero él seguía gritando más fuerte. Y Jesús, que le había oído desde el principio le llamó y le curó diciéndole: “Anda, tu fe te ha salvado”(Mc. 10, 46-52). Aprovechemos el acto penitencial de la Misa para pedir con mucha fe a Jesús que nos limpie de nuestros pecados, de manera que podamos recibirle en nuestra casa muy bien preparados, con el alma transparente.

4— Dar gloria a Dios

Toda la creación da gloria a Dios con su sola existencia. Cada hombre, creado libre, si quiere puede dar mucha más gloria a Dios que todo el universo, con sus planetas y sus estrellas, que todo lo que hay en la tierra con sus montañas, sus ríos, sus animales y sus plantas. “La gloria de Dios consiste en que se realice esta manifestación y esta comunicación de su bondad para las cuales el mundo ha sido creado. Hacer de nosotros «hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, *para alabanza de la gloria* de su gracia» (Ef 1,5-6): «Porque la gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios: si ya la revelación de Dios por la creación procuró la vida a todos los seres que viven en la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por el Verbo procurará la vida a los que ven a Dios».[San Ireneo de Lyon, haer. 4, 20,7]. El fin último de la creación es que Dios, "Creador de todos los seres, sea por fin «todo en todas las cosas» (1 Cor 15,28), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad” (AG 2)^[35]”.

Dios nace en Belén y muchos hombres no se dan cuenta. Muchas personas hoy tampoco se han enterado, y en vez de adorar y dar gloria a Dios van a lo suyo y se olvidan de su Creador, de su Salvador, del que más les quiere. Y son los ángeles quienes alaban a Dios y le glorifican sin cesar. Cuando Jesús nace un ángel anuncia a los hombres que Dios se ha hecho hombre y ha venido al mundo. Se lee en el evangelio: “Al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios diciendo: — Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” (Lc 2, 13-14). Es el canto que entonaron los ángeles aquella noche. Con este mismo himno manifestamos los domingos en la Santa Misa esa misma adoración a Dios, Creador del

cielo y la tierra, y por eso le bendecimos, le adoramos, le glorificamos...

Después del acto penitencial, en el que nos hemos esforzado por purificar nuestra alma pidiéndole perdón a Dios por nuestros pecados, ahora nos fijaremos en las palabras del “gloria”. Y lo hacemos porque queremos vivir muy bien otro de los cuatro fines de la Misa que hemos visto al principio: adorar a Dios. Le diremos a Jesús que es Rey del universo, Rey celestial, que es Todopoderoso, que sólo Él es Santo. Le pediremos que no nos apartemos nunca de El, que nos acerquemos cada vez más a su Divina Majestad para que nos quite nuestros pecados y nos conduzca a la vida eterna.

Queremos rezar el “gloria” con todo el corazón, porque sólo deseamos que toda nuestra vida sea un continuo glorificar a Dios: con nuestro trabajo, en nuestra familia, con nuestras amistades...; todo nos gustaría hacerlo para la gloria de Dios. Había un famoso torero que quería mucho a Dios. Todo lo que hacía procuraba ofrecérselo. Un día realizó una corrida memorable. Le cogieron a hombros y —ante la aclamación de toda la plaza— lo sacaron por la puerta grande. Cuando salían de la plaza alguien que estaba muy cerca oyó que iba repitiendo por lo bajo: “Señor, todo para tí y para tu gloria”.

5— Oración colecta

La oración colecta, así como las demás oraciones breves de la Misa vienen recogidas de una tradición venerable en la Iglesia. Algunas son compendios actuales de oraciones antiguas y contienen el riquísimo depósito de nuestra fe. De estas oraciones se han alimentado tantos cristianos, y de ellas nos podemos beneficiar cuando las hacemos nuestras al participar en la liturgia.

Durante los siglos de la alta edad media la liturgia romana utilizaba varios libros para las celebraciones eucarísticas. Todo el material que contenían esos libros se resumió en un solo volumen. Así, en el medioevo apareció el Misal, que contenía toda la celebración eucarística, a diferencia de épocas anteriores en las que había varios libros: uno para las oraciones específicas, otro para las antífonas y otro para las lecturas. En este Misal ya se encontraban el ordinario de la Misa, las lecturas, antífonas y rúbricas, así como las antífonas, oraciones principales, prefacio y plegaria eucarística.

En la época del Papa Pio V se vio la necesidad de clarificar las oraciones de los diversos Misales que existían en ese momento, y se estableció un texto fijo, el llamado “Misal Romano”. Con el Concilio Vaticano II se han introducido nuevas oraciones. Por un lado se ha enriquecido la liturgia recogida en el Misal de Trento recuperando antiguos documentos litúrgicos, no sólo de la Iglesia romana, sino de otras tradiciones. Y también se han incorporado otras oraciones de reciente composición, que además transmiten el espíritu del Concilio Vaticano II.

Las oraciones principales que ahora comenzamos a explicar —colecta, de las ofrendas y postcomunió— se sitúan al final de las tres procesiones fundamentales de la Santa Misa: “La procesión de entrada concluye con la oración colecta; la procesión de los

dones finaliza con la oración sobre los dones y la procesión para la comunión termina con la oración para después de la comunión”^[36].

Después de introducir brevemente las oraciones breves de la Misa en este apartado nos detenemos en la oración colecta. La tradición de esta oración es grande: la mayor parte de las oraciones colecta proceden de los Sacramentarios de los siglos VI y VII. Algunas oraciones colecta fueron redactadas durante los años de la reforma litúrgica que siguió al Concilio Vaticano II, pero siempre sirviéndose de oraciones antiguas. Solo unas pocas han sido elaboradas por los peritos, y en ellas queda bien patente el espíritu del reciente Concilio.

El sacerdote después de rezar el gloria, si es domingo o fiesta, o sino después del “Señor ten piedad” exhorta a los fieles a rezar con la fórmula “oremos”. Guarda un momento de silencio y después —en nombre de todos los presentes y de toda la Iglesia— reza esta oración que va dirigida a Dios Padre a través de Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo. Es una ocasión más que se nos presenta para acudir a las tres personas de la Trinidad Beatísima.

Es una oración solemne por varios motivos: por su tradición en la Iglesia, por el momento de la Misa en que se dice —dando paso a las lecturas—, y por la solemnidad que reviste el final de la oración con su larga conclusión: “Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo que contigo vive y reina...”. Esto muestra la importancia y centralidad de la oración colecta.

En esta oración se expresa la índole de la celebración: se hace referencia a la fiesta que se celebra ese día, se acude a la Santísima Trinidad para que nos ayude a vivir con intensidad una determinada época litúrgica, o si se celebra la Misa en honor de un santo se le pide a Dios por la intercesión de ese santo las virtudes que él mismo vivió, etc.

Profundicemos en el sentido de la oración colecta durante la Misa y en el significado preciso de la palabra que designa a esta oración: “Esta plegaria se denomina así, «colecta», porque proviene del verbo latino *colligere*, que significa «recoger». Este verbo manifiesta la naturaleza de esta oración. Al momento de la invitación «Oremos», cada uno de los fieles expresa en la intimidad del corazón sus intenciones a Dios Padre; la Iglesia, el Papa, el Obispo, la unidad de los cristianos, intenciones particulares, esta persona y aquélla, esta intención y la otra, este problema... De ahí el instante de silencio que sigue a la invitación del sacerdote «Oremos». Un instante de silencio que convendría vivir intensamente. Los documentos litúrgicos dicen sobre él: «Silencio para hacerse conscientes (los fieles) de estar en la presencia de Dios y formular interiormente sus súplicas» (“Institución general del Misal Romano”, nº 24). De hecho, viene a ser algo similar a lo que respondía el antiguo *memento* de vivos del Canon Romano. Una vez transcurrido ese espacio de silencio sagrado, cuando el celebrante comienza la oración colecta, ¿qué hace? Abre sus manos porque se dirige a Dios Padre y pronuncia esa oración «recogiendo» todas esas intenciones, aunándolas a las suyas propias y

proponiéndolas a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo”^[37].

Se trata de una oración corta y muy rica. Por eso para captar plenamente su significado cuando se reza durante la Eucaristía hay que prestar mucha atención. Vamos a analizar la estructura de la oración colecta de la Misa del “Cuerpo y la Sangre de Cristo”. Las distintas oraciones colecta se pueden estructurar como vamos a exponer a continuación o de otros modos parecidos:

OREMOS

— Suele comenzar con una invocación: “Oh Dios, que en este sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu pasión...”.

— Normalmente, después de la invocación hay una o dos peticiones. En este caso solo hay dos: “...te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención”.

— Finalmente se dice la fórmula solemne: “Tu que vives y reinas con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, y eres Dios, por los siglos de los siglos. Amén...”.

Esta fórmula solemne que se presenta al final de la colecta nos da la oportunidad de volver a acudir a las tres personas de la Santísima Trinidad. “La Trinidad entera actúa en el sacrificio del altar. Por eso me gusta tanto repetir en la colecta, en la secreta y en la postcomunión aquellas palabras finales: Por Jesucristo, Señor Nuestro, Hijo tuyo —nos dirigimos al Padre—, que vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén”^[38].

Capítulo V. 1ª parte: Liturgia de la Palabra

En la liturgia de la Palabra Dios nos habla. Nos entrega el don de su Palabra. La Palabra de Dios es el Verbo, Jesucristo. Dios va a hablar a su pueblo, y su pueblo —que somos nosotros— se dispone a oír lo que Dios le quiere decir. Es necesario que nos dispongamos a oír esa Palabra que viene del mismo Dios con suma reverencia. “En la celebración litúrgica, la importancia de la Sagrada Escritura es sumamente grande. Pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía, y los salmos que se cantan, las preces, oraciones e himnos litúrgicos están penetrados de su espíritu, y de ella reciben su significado las acciones y los signos” ^[39].

La Palabra comienza con la revelación de Dios a su pueblo Israel a lo largo de los siglos, preparándole para acoger al Verbo. Llegado el momento, el Verbo de Dios se hizo carne, la Palabra de Dios comenzó a hablar con voz de hombre, la voz de Jesucristo, el Hijo único de Dios.

Un buen resumen de lo que es la liturgia de la Palabra, de cuál es su contenido y de cómo ponerla en práctica se nos presenta en un punto del Catecismo: “*La liturgia de la Palabra* comprende «los escritos de los profetas», es decir, el Antiguo Testamento, y «las memorias de los apóstoles», es decir, sus cartas y los Evangelios; después la homilía que exhorta a acoger esta palabra como lo que es verdaderamente, Palabra de Dios (cf 1 Ts 2,13), y a ponerla en práctica; vienen luego las intercesiones por todos los hombres, según la palabra del apóstol: «Ante todo, recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los constituidos en autoridad» (1 Tm 2,1-2)” ^[40].

1— Primera lectura

Las lecturas de la Misa están tomadas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Las del Antiguo Testamento nos permiten conocer de qué modo Dios fue preparando al pueblo judío para su venida, y cómo ha sido su providencia amorosa para mantener firme la fe y para preservar limpia la moral del pueblo que había elegido.

Es muy necesario para un cristiano caer en la cuenta de la importancia que tiene para su vida la Palabra de Dios. Quizá —como ejemplo gráfico— pueda servir el siguiente hecho que se narra en el Antiguo Testamento, en el libro de “Esdras”. El pueblo de Israel, después de muchos años fuera de su tierra, exiliado y sometido a la esclavitud, vuelve a Jerusalén, la patria que Dios les había prometido. El templo de Jerusalén está destruido, y se disponen a reconstruirlo entre todos para la gloria de Dios. Entre las ruinas del templo descubren con gran alegría los rollos de la Sagrada Escritura. El escriba Esdrás invita a los judíos a la solemne proclamación de los libros reencontrados del Antiguo Testamento.

Explica la Biblia cómo los judíos prepararon lo mejor que pudieron entre las ruinas un púlpito para que el escriba leyera la palabra de Dios. Cuando anunciaron la

proclamación, todos se levantaron, extendieron las manos y alabaron a Dios. Después se sentaron en el suelo y escucharon durante mucho tiempo, maravillados de poder oír la palabra de Dios. Nunca habían tenido oportunidad de oírla por estar en el exilio, aunque se la habían contado sus mayores. Ese día pudieron escuchar la palabra de Dios con sus propios oídos. “Y leyó aquel libro, con voz clara, en la plaza situada delante de la puerta de las Aguas, desde la mañana hasta el medio día, en presencia de los hombres y de las mujeres y de los sabios; y todo el pueblo tenía sus oídos atentos a la lectura del libro” (II Esdrás 8, 3). Revivieron la historia de Israel y las maravillas de la salvación prometida por Dios. Y no se saciaron de escuchar las bondades de Dios.

Los domingos, los días de fiesta y muchos otros días de la semana se lee en Misa el Antiguo Testamento. Su lectura es reemplazada por una lectura de los Hechos de los Apóstoles o del Apocalipsis durante el tiempo pascual. Es cierto que muchas veces cuesta entender el significado de esas palabras y el contenido que quieren transmitir, pero tenemos que procurar entender cada vez más, profundizar en el significado de la lectura sagrada. Nos servirá de ayuda saber que los textos de la primera lectura quieren llevarnos a lo que escucharemos a continuación en la lectura del Evangelio, pues muchas veces sólo se tiene una comprensión completa del Antiguo Testamento cuando se estudia a la luz del Nuevo Testamento, que es la plenitud de la Revelación. Siempre tenemos que acudir con la voluntad de penetrar en el sentido y significado de las palabras de la primera lectura a la luz del Evangelio, y también con el deseo de profundizar ayudados por las explicaciones que se dan en la homilía sobre la Palabra de Dios. Si acudimos con este empeño veremos como poco a poco la lectura del Antiguo Testamento nos ayuda a comprender mejor la palabra de Dios, a conocer mejor a Jesús y a quererle más.

2— Salmo responsorial

Los salmos son oraciones oficiales de la Iglesia, y tienen una gran riqueza. Forman parte del Antiguo Testamento. Se trata de un conjunto de oraciones inspiradas por Dios a los profetas que nos enseñan a alabarle, a darle gracias, a pedirle perdón y a pedirle muchas cosas. Cumplen perfectamente, por tanto, los fines de la Misa, y nos enseñan a dirigirnos a Dios utilizando unas palabras que le son especialmente gratas.

Además con el salmo responsorial la Iglesia nos ayuda a concretar la respuesta que podemos dar a esa primera lectura que acabamos de oír. Por ejemplo, el miércoles de la decimoquinta semana del tiempo ordinario se narra la aparición a Moisés de la zarza que ardía sin consumirse, y allí es donde Dios le anuncia la misión de liberar y salvar al pueblo oprimido. El salmo responsorial que se reza a continuación alaba al Señor diciendo: “El Señor es compasivo y misericordioso”(Salmo 102).

“Y ¿por qué la respuesta a la primera lectura tiene que ser un salmo? ¿Por qué no cabe otra respuesta que la sálmica? En la resolución de esta cuestión se halla la clave necesaria para inspirarnos un gran afecto por este Libro inspirado que se compone de 150 poemas y se llama Salterio. La Iglesia propone los salmos porque desea responder a Dios con palabras lo menos humanas y lo más divinas posible y entonces, no es posible

encontrar otra respuesta más idónea que un salmo. Los salmos son como la mansión de la Biblia donde convergen todas las luces del Antiguo Testamento para fundirse en el entusiasmo del amor y de la acción de gracias” [\[41\]](#).

Es aleccionador prestar atención a la relación entre la lectura y la respuesta que se da con el salmo. Comprendemos que no basta con repetir como autómatas las palabras que nos propone el sacerdote. Esto no nos ocurrirá si ponemos atención y hacemos nuestra esa breve oración que se nos propone repetir, si procuramos que nos sirva para dirigirnos personalmente a Dios. Además, podemos utilizar ese fragmento del salmo como frase encendida para decírsela a Dios a lo largo de todo el día.

3— Palabra del Señor

Cuando se oye la palabra “Aleluya”, que quiere decir “alegrémonos”, nos ponemos de pie. Nos incorporamos no sólo con el cuerpo sino también con el alma, permanecemos con el alma atenta y el corazón levantado para oír las palabras de Jesucristo. El aleluya va acompañado de unos versos que suelen ser del mismo pasaje del Evangelio. “Alleluia” es la composición de dos palabras hebreas: “*Hallelu*” y “*Ya*”. La primera viene del verbo hebreo que significa “alabad”, y la segunda proviene de la palabra también hebrea “*Yahwéh*” que significa “Dios”. Por eso al decir “aleluya” decimos “alabad a Dios”. En este caso no se trata de un texto que hayamos de meditar sino de una aclamación a la Palabra de Dios que vamos a oír cuando el sacerdote lea el Evangelio. Es una palabra de gozo, de alegría, de exulte. Nuestro corazón se llena de júbilo y nuestro cuerpo también, y una manifestación es el ponernos de pie.

El sacerdote —antes de proclamar el Evangelio— se inclina ante el altar y dice en secreto: “Purifica mi corazón y mis labios, Dios todopoderoso, para que anuncie dignamente tu Evangelio”. Pronunciar la Palabra de Dios es algo extremadamente importante, y el que la pronuncia procura hacerse digno de tan gran honor.

Todavía, antes de que el sacerdote proclame el Evangelio y después de signarnos en la boca, en la frente y en el pecho, damos gloria a Dios diciendo “gloria a ti Señor”. Comienzan las palabras del Evangelio que oímos de pie en señal de reverencia, y también como manifestación de nuestros deseos de imitar a Jesucristo. Es el momento más importante de la Liturgia de la Palabra, porque en el Evangelio Jesús nos habla como hablaba con los discípulos y con todas las gentes que le seguían.

Pensemos en ese día tan especial, cuando Jesús llegó al templo de su pueblo a rezar. Estaba el lugar sagrado abarrotado de gente. Es su tierra y Jesús conoce a todos y todos le conocen porque ha sido su vecino durante treinta años. De la misma manera que otras veces cuando iba al templo se sentó con los demás, y cuando llegó el momento de la lectura del libro Sagrado se lo entregaron a El para que lo leyera. El Señor, desenrollándolo, encontró el pasaje del profeta Isaías donde anuncia claramente que el Mesías redimiría a su pueblo: “El Espíritu del Señor está sobre mi, porque me ha ungido. Me ha enviado para evangelizar a los pobres, para predicar a los cautivos la redención y devolver la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y promulgar un año de gracia del Señor” (Is 61,1-2). Después de leer estas palabras Jesús enrolló el libro, lo devolvió al ministro y se sentó. Todos estaban con los ojos y los oídos bien abiertos para ver que hacía y decía. Y Jesús dijo: “Hoy se ha cumplido esta escritura que acabáis de oír” (Cl 4,21).

Dios se ha hecho hombre y nos ha enseñado quién es El, quienes somos nosotros y cómo hemos de vivir si queremos ser felices. En un colegio, el sacerdote que llevaba las primeras comuniones, procuraba hablar un rato con los padres de los niños que se

estaban preparando para hacer la primera comunión. Un día llegó un padre que mientras saludaba al sacerdote le aclaraba:

— Mire yo no soy creyente, pero usted verá de qué quiere que hablemos.

Cuando entraron en la habitación, para remarcar más su falta de fe, le dijo al sacerdote:

— Para que se haga una idea de lo que pienso, le voy a contar cómo entiendo yo el mundo. Para mí el mundo es como una caja de cerillas que está encima de una mesa. En la caja hay muchas hormigas, pero como está cerrada y nunca han salido de ella no saben lo que hay fuera de la caja, ni fuera de la mesa, ni fuera de la habitación, ni fuera de la casa, porque ni lo han visto ni nunca nadie se lo ha contado. Las hormigas somos nosotros y la mesa, la habitación y la casa son el universo.

El sacerdote se quedó asombrado ante la explicación y se le ocurrió una idea:

— Oiga, pero ahora imagínese que de repente se abre la caja y aparece una hormiga, que viene de fuera de la caja. Llega y les cuenta a todas las hormigas lo que ha visto, lo que hay fuera de la caja y de la mesa, fuera de la habitación y de la casa.

El hombre se dio cuenta inmediatamente de que le hablaba de Jesucristo. Desde ese momento la conversación fue muy distinta.

Dios se ha hecho hombre, ha venido al mundo y nos ha dejado su palabra. ¡Qué fuerza tiene esta palabra! Nos acordamos de ese momento en el que Jesús estaba tan cansado que al poco de subir con sus discípulos a la barca se quedó dormido. Y se levantó un gran temporal, tan fuerte y recio que las olas se metían dentro de la barca. Los discípulos se asustaron mucho y le despertaron, pues pensaban que la barca se hundía. Entonces dice el Evangelio: —”Se levantó, increpó a los vientos y al mar y se produjo una gran calma. Admirados decían aquellos hombres: ¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar obedecen?”(Mt. 8,26-27). ¡Qué grande es el poder de la palabra de Dios! Procuremos oír o leer el Evangelio sabiendo que eso que escuchamos o que leemos es la misma palabra que resucitó a Lázaro, que calmó en un instante la tempestad. Esa palabra si la oímos con buenas disposiciones, si nos esforzamos en seguirla siempre, puede cambiar nuestra vida.

El que nos removerá para entender la palabra, el que pondrá inspiraciones divinas en nuestro corazón es el Espíritu Santo. Acudamos a Él para que nos dé luces y así podamos desentrañar el significado de esas palabras del Señor para nuestra vida. “El Espíritu Santo es quien da a los lectores y a los oyentes, según las disposiciones de sus corazones, la inteligencia espiritual de la Palabra de Dios. A través de las palabras, las acciones y los símbolos que constituyen la trama de una celebración, el Espíritu Santo pone a los fieles y a los ministros en relación viva con Cristo, Palabra e Imagen del Padre, a fin de que puedan incorporar a su vida el sentido de lo que oyen, contemplan y realizan en la celebración” [\[42\]](#) .

Cada vez que en Misa se van a leer las palabras del Señor nos ponemos de pie, en señal de respeto y de veneración, ante esa palabra que es nuestra salvación. Es la palabra de Dios hecho hombre. Jesús nos dice las cosas como se las decía a los discípulos, y nos habla lo mismo que hablaba con todas las gentes de su época, con la samaritana en el pozo, con Zaqueo, con su amigo Lázaro... Jesús quiere grabar en nuestras almas sus enseñanzas para que nunca las olvidemos, y siempre nos esforcemos por vivirlas. Cada lectura que hacemos del Evangelio es como una carta que Jesús nos escribe, en la que nos cuenta cosas, nos anima, nos da consejos... Lógicamente, cuando alguien nos escribe una carta —sobre todo si es amigo nuestro— lo educado es leerla y después contestar. La forma que tenemos de responder a esa carta que nos escribe Jesús es sacando un propósito, fijándonos en algo de lo que nos dice para que seamos mejores y luchando por vivir eso a lo largo del día. Ese propósito será el eco que la palabra de Dios ha producido en nuestra alma. Se refleja esa resonancia en lo que dice en secreto el sacerdote después de besar con unción el Evangelio: “Las palabras del Evangelio borren nuestros pecados”.

4— Homilía

La homilía es una parte importante en la Misa de los domingos y de los días de precepto, porque el ministro sagrado explica las lecturas y el Evangelio, y nos enseña a ponerlas en práctica en nuestra vida.

En primer lugar la homilía es una explicación de la palabra de Dios. Hemos visto como Dios nos habla a través de las lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento. El sacerdote en la homilía nos ayuda a entender esa palabra, que quizá no comprendemos muchas veces, y nos descubre así los profundos significados de lo que está recogido en las escrituras. Es la revelación de Dios para que el hombre le conozca y le pueda querer mejor.

El sacerdote hace lo que Jesús en el Evangelio, cuando —después de haber explicado su doctrina— veía que los discípulos no habían entendido. Muchas veces les hablaba en parábolas, aprovechando acontecimientos ordinarios de su época con los que todos estaban familiarizados: la parábola de los talentos, la de los invitados a las bodas, la del buen pastor o la de la cizaña. Después de que el Señor les contara la parábola de la cizaña, dice el Evangelio, que “tras despedir a la muchedumbre se fue a casa. Y se le acercaron los discípulos, diciendo:

— Explícanos la parábola de la cizaña del campo” (Mt. 13,36). Y Jesús se puso a enseñarles lo que significaba cada figura de la parábola que había contado. Eso es la homilía.

A veces la gente busca en la homilía pasárselo bien, que cuente el sacerdote historias entretenidas. Pero hemos de ir más bien a hacer oración, a desentrañar el sentido de la palabra de Dios y aplicarlo a nuestra vida. Cuánto aprovecha a una persona

el estar en la homilía con una actitud de oración, de acoger en el corazón lo que el sacerdote está diciendo para hablar con Jesús y de procurar ver si está incorporando ese aspecto concreto del evangelio a su vida. Si no acudimos con estas disposiciones a la homilía nos puede pasar como a ese niño que un día fue con su tía a Misa. Después de la oración de los fieles —en el presentación de las ofrendas— pasaron el cepillo y la tía le dio al sobrino cinco duros para que echara en la bolsa. Al acabar la Misa, cuando ya volvían a casa, la mujer hizo un comentario acerca de lo mala que había sido la homilía. A lo que el sobrino respondió:

— Por quince céntimos que esperabas.

La homilía es un momento para que intentemos profundizar en el sentido de la palabra de Dios, para contemplar, para descubrir qué nos quiere decir el Señor a través de su palabra. Por eso es lógico que —seguidamente— tratemos de concretarla sacando algún propósito para ser mejores en la vida diaria. Es el deseo del cristiano —la actitud positiva— de responder a Dios que le habla.

5— Sí, creo

Cuando un niño recibe el bautismo, los padrinos en su nombre realizan las promesas de renunciar a Satanás y hacen un acto de fe en Dios y en la Iglesia. También en lugar del niño —que todavía no puede hablar ni tiene uso de razón— los padrinos responden a las preguntas que les hace el sacerdote como representante de la Iglesia:

—¿Creéis en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra?

—¿Creéis en Jesucristo su único Hijo, Nuestro Señor, que nació, padeció, murió, resucitó y subió a los cielos?

—¿Creéis en el Espíritu Santo, en la Iglesia Católica, en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados y en la resurrección de los muertos?

Los padrinos responden en nombre del niño diciendo: —Sí, creo.

Cuando el niño tiene uso de razón, en la Misa de su primera Comunión, responde él mismo a estas preguntas sobre las verdades fundamentales de la fe. Esto que manifestamos el día de nuestra primera Comunión y que agrada tanto a Jesús es lo que hacemos todos los domingos en Misa cuando decimos el Credo.

El Credo es la profesión de fe, son las verdades que los cristianos creemos y vivimos. Un escritor francés, André Frossard, cuenta su conversión al catolicismo en un libro. El libro lo tituló: “Dios existe: yo me lo encontré”. Poco después de que saliera tuvo lugar una presentación del libro en Bélgica, en Lovaina la Nueva. Era un día de verano y el salón de actos se llenó de gente, muchos de ellos jóvenes. Comenzó la presentación. Curiosamente en esta ocasión nadie iba a presentar al autor —como es

habitual— sino que decidió presentarse él mismo. Estaba todo el público en silencio, atento a las palabras que empezaba a pronunciar Frossard. Comenzó hablando con voz fuerte y muy pausada:

— Me llamo André Frossard..., creo en Dios..., Padre Todopoderoso..., Creador del cielo y de la tierra... Creo en Jesucristo...

Y así, muy despacio, paladeando cada palabra, ante el asombro del público rezó el credo. De esta forma fue presentándose a sí mismo como un hombre profundamente creyente. Su carta de identidad era el credo. Su fe no era una fe “de boquilla” sino que procuraba que informara toda su existencia, que fuera una fe sentida y vivida. Hemos de procurar al rezar el credo el domingo, hacer un acto vivo de todas y cada una de las verdades de nuestra fe en él expresadas.

Según la tradición el credo, también llamado “símbolo de los Apóstoles”, fue compuesto por los mismos discípulos del Señor antes de dispersarse por todos los pueblos para predicar el Evangelio. Estaban así todos unidos en la fe repitiendo esa oración. Nosotros también podemos rezar el Credo en unión con todos los cristianos de mundo. Nos ayudará el decir con el corazón esas verdades pidiéndole a Dios que nos enseñe a vivir conforme a ellas. La oración acaba con las palabras: “Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la Resurrección de la carne, y la vida eterna. Amén”. Cuánto bien nos hará preguntarnos en ese momento en que se termina el Credo y comienza la oración de los fieles, si toda nuestra vida está enfocada hacia la vida eterna, si hay cuerdas que nos atan al mundo y que debemos soltar cuanto antes para no mirar más que a nuestra patria definitiva. Decía un santo: “Lo que no es eternidad ganada es tiempo perdido”.

6— Oración de los fieles

Ahora vamos a ejercitar uno de los cuatro fines de la Misa: el de petición. Como los niños pequeños cuando necesitan algo lo piden con insistencia a sus padres, así quiere nuestro Padre Dios que acudamos a Él. La oración de los fieles se llama también “oración universal de los fieles”, porque en ella el Pueblo de Dios —presente en el Santo sacrificio del altar— ruega por todos los hombres y por sus necesidades materiales y espirituales.

Seguimos con la dinámica de diálogo que es la Liturgia de la Palabra: comienza hablando Dios en la primera lectura, y el pueblo responde con el salmo responsorial; Dios habla luego en la proclamación del Evangelio, y el Pueblo responde con la oración de los fieles.

Se trata, por tanto, de una oración de intercesión. Unidos a la oración de Jesucristo, todos los miembros de la Iglesia elevamos nuestras peticiones a Dios Padre. “Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios: por ser

criaturas, no somos ni nuestro propio origen, ni dueños de nuestras adversidades, ni nuestro fin último; pero también, por ser pecadores, sabemos, como cristianos, que nos apartamos de nuestro Padre. La petición ya es un retorno hacia El” [\[43\]](#).

En las familias normales cuando los hijos crecen se van a estudiar o trabajar a distintos sitios, y la familia se dispersa. Los miembros de la familia siguen comunicándose por medio de cartas, por teléfono, o a través del correo electrónico. De vez en cuando, con ocasión de una fiesta o un acontecimiento familiar, se reúnen todos de nuevo. Si hay alguno que no puede asistir a la reunión familiar se le recuerda especialmente, y así se procura que al menos esté presente en el recuerdo de todos.

La Iglesia es una gran familia, la familia de los hijos de Dios, y está dispersa por todo el mundo. En casi todos los países y ciudades hay mujeres y hombres que tienen fe en la única Iglesia de Jesucristo. Una de las notas características de la Iglesia es su catolicidad, es decir, que es universal, para todos los hombres y mujeres de todos los tiempos. En la Misa —que es una fiesta de nuestra familia, y por eso hablamos de la celebración de la Eucaristía— nos encontramos todos reunidos. La oración de los fieles es signo de nuestra común fraternidad. Pedimos todos juntos por las necesidades de nuestra familia: por el santo Padre, por los Pastores de la Iglesia, por los más pobres y desvalidos. Nos unimos también a la Iglesia purgante, y pedimos por las almas del purgatorio, que tanto agradecen nuestras oraciones.

La Misa tiene un valor infinito y es el mejor momento para pedirle cosas a Dios. Además se las imploramos todos juntos, en unión con todos los miembros de la Iglesia. Y Jesucristo ha dicho: “Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que quieran pedir, mi Padre que está en los cielos se la concederá. Pues donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 19-20). Si no vamos a Misa el domingo cuándo le vamos a pedir a Dios por esas necesidades tan importantes para la Iglesia y para el mundo: por los que pasan hambre, por los que sufren, por los que no tienen techo, por la paz en el mundo, por el amor y la igualdad entre todos los hombres. Cuidemos y aprovechemos muy bien la oración de los fieles para suplicarle a Dios que nos conceda lo que con tanta fe le pedimos.

Capítulo VI. 2ª parte: Liturgia de la Eucaristía

En esta parte de la Misa es el mismo Cristo con su Cuerpo glorioso quien va a estar con nosotros sobre el altar. No le veremos con nuestros propios ojos, como vemos a las demás personas, pero va a estar ahí, realmente presente bajo las especies sacramentales, y le podremos descubrir con los ojos de la fe. El Señor —pensando en nosotros— le dijo a Tomás estas palabras: “Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin haber visto hayan creído” (Jn 20, 29).

Siguiendo el mandato del Señor en la última Cena los sacerdotes renuevan su sacrificio que sigue siendo salvador del género humano. “Jesús había anunciado este poder de atracción que iba a ejercitar sobre todos los hombres: «cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12, 32). Cuando resuenan en la celebración eucarística las palabras «¡Haced esto en conmemoración mía!», se renueva esta atracción universal que proviene del «yo» de Cristo. El Salvador ha sido elevado de la tierra primero sobre la Cruz y después en la gloria a través de la Ascensión. La elevación dolorosa sobre la Cruz y después aquella gloriosa en la gloria celeste son conmemoradas en la Eucaristía, con el fin de asegurar la irradiación más amplia del poder del Salvador, que viene a reunir a la humanidad en torno a su propia persona”^[44].

La liturgia de la Eucaristía tiene tres partes:

— Preparación: en el ofertorio se prepara el pan y el vino que se van a convertir en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

— Plegaria Eucarística: conjunto de oraciones que rodea y acompaña a la consagración.

— Comunión: es el momento en que los fieles reciben el Cuerpo de Jesucristo.

I — Presentarse en ofrenda con Jesús

El motivo por el que Dios se ha quedado con nosotros es por puro amor. Se hizo hombre por amor, murió en la Cruz por amor, y se ha quedado en la Eucaristía dándonos así una prueba más asombrosa todavía de su inmenso amor por nosotros. “Humildad de Jesús: en Belén, en Nazaret, en el Calvario... –Pero más humillación y más anonadamiento en la Hostia Santísima: más que en el establo, y que en Nazaret y que en la Cruz. Por eso, ¡qué obligado estoy a amar la Misa! (“Nuestra” Misa, Jesús...) ^[45]”.

El Señor quiere que correspondamos con amor a ese amor suyo primero. Amor es entrega, darse a la persona querida. La Misa no puede consistir para nosotros sólo en una esforzada contemplación de la misericordia y del amor de Dios, sino que ha de ser una unión de amor y, por consiguiente, un deseo de ofrecernos con Él en sacrificio. Unirnos a su entrega, presentarnos en ofrenda con Él. Solamente si buscamos hacer esto nos identificaremos con Jesús y viviremos el sacrificio del altar en primera persona. Entonces nos uniremos con Él ofreciendo nuestro cuerpo y nuestra alma, nuestro trabajo y nuestro descanso, nuestras penas y nuestras alegrías, toda nuestra vida.

1— Preparación y presentación del pan y el vino.

El pan, el vino y el agua: más sencillez imposible. Esto mismo utilizó Jesús el Jueves Santo para instituir la Eucaristía, ¿Y porqué eligió precisamente estas dos sustancias, la del pan y la del vino para la Eucaristía? El pan procede del trigo, y el vino de la uva; estas dos realidades forman parte de nuestra tierra y de nuestra vida. Para que haya campos de trigo o para que existan viñedos se necesitan unas condiciones: la luz y el calor del sol, el agua que proviene de nubes y cielos, los hombres que trabajan para que el pan y el vino sean una realidad. Por eso decimos —en la presentación de las ofrendas— del pan y del vino que son fruto de la tierra y del trabajo del hombre.

“*La presentación de las ofrendas* (el ofertorio): entonces se lleva al altar, a veces en procesión, el pan y el vino que serán ofrecidos por el sacerdote en nombre de Cristo en el sacrificio eucarístico en el que se convertirán en su Cuerpo y en su Sangre. Es la acción misma de Cristo en la última Cena, «tomando pan y una copa». «Sólo la Iglesia presenta esta oblación, pura, al Creador, ofreciéndole con acción de gracias lo que proviene de su creación» (S. Ireneo, haer 4, 18, 4; cf Ml 1, 11). La presentación de las ofrendas en el altar hace suyo el gesto de Melquisedec y pone los dones del Creador en las manos de Cristo. Él es quien, en su sacrificio, lleva a la perfección todos los intentos humanos de ofrecer sacrificios” ^[46].

En estos momentos iniciales de la liturgia de la Eucaristía, mientras el sacerdote prepara el pan y el vino que se van a presentar, podemos ofrecernos a Dios. No es un momento para descansar sentados de todo lo que hemos oído hasta ahora, sino para presentar a Dios nuestra vida y todo lo nuestro junto con el pan y el vino que están en el

altar. “Quienes toman parte en la Eucaristía están, por el mismo hecho, comprometidos en una ofrenda personal unida a Cristo. El espíritu de ofrenda, que caracterizó la vida terrena de Jesús y alcanzó su pleno desarrollo en el sacrificio, debe inspirar la vida de los cristianos. Mientras que los aspectos dolorosos de la vida humana podrían suscitar la tentación de ceder a un espíritu de lamentación o de rechazo, la Eucaristía suscita, en quienes participan en ella, un espíritu de ofrenda generosa”^[47].

Por eso la presentación de las ofrendas es una buena oportunidad para renovar lo que intentamos hacer nada más despertarnos: ofrecer nuestras obras y todo lo que vamos a realizar durante el día a Dios. Quizá rezamos esas oraciones tan bonitas a la Virgen: “Oh Señora mía, oh Madre mía...”, o el “Bendita sea tu pureza...”, o la cualquier otra plegaria que acostumbremos a decir para ofrecer nuestras obras. Decir esa oración aprovechando uno de los silencios de la presentación de las ofrendas nos unirá al sacrificio de Jesucristo —que es la Misa— ofreciéndonos con Él.

También hay otro silencio después de presentar el pan —mientras se prepara el vino— que nos puede servir para entregarle a Dios cosas más concretas. El beato Josemaría aconsejaba: “El sacrificio del Calvario es una muestra infinita de la generosidad de Cristo. Nosotros —cada uno— somos siempre muy interesados; pero a Dios Nuestro Señor no le importa que en la Santa Misa, pongamos delante de El todas nuestras necesidades. ¿Quién no tiene cosas que pedir? Señor, esa enfermedad..., Señor, esta tristeza..., Señor aquella humillación que no se soportar por tu amor... Queremos el bien, la felicidad y la alegría de las personas de nuestra casa; nos oprime el corazón los que padecen hambre y sed, los que están solos, los que necesitan ayuda. Pero la gran miseria que nos hace sufrir, la gran necesidad a la que queremos poner remedio es el pecado, el alejamiento de Dios, el riesgo de que las almas se pierdan para toda la eternidad. Llevar a los hombres a la gloria eterna en el amor a Dios: esa es nuestra aspiración fundamental al celebrar la Misa, como fue la de Cristo al entregar su vida en el Calvario”. (Homilía “Sacerdote para la eternidad”).

A principio de los años cincuenta fue un sacerdote joven a un pueblecito que se llama Pancrudo, y que está en la provincia de Teruel. Era ese un invierno muy frío, nevaba mucho, las casas sólo tenían el fuego de la chimenea. Por las noches bajaba todavía más la temperatura y hacía muchos grados bajo cero. Un día el sacristán del pueblo se puso enfermo, y el sacerdote fue a verle. Entró en su casa que estaba toda oscura, y se encontró al pobre hombre sentado en una silla y liado en una manta tiritando.

El párroco estuvo hablando con él, y le preguntó si quería confesarse. El hombre contestó que volviera al día siguiente. Regresó de nuevo al otro día como había quedado y, después de hablar un rato, le volvió a preguntar lo mismo. Esta vez el hombre se echó a llorar desconsoladamente, como un niño. Mostrando las manos sucias, llenas de callos decía:

— Yo no tengo nada que presentarle al Señor.

El sacerdote se le quedó mirando unos segundos y preguntó:

—¿Usted ha tocado las campanas de la Iglesia alguna vez?

Aquel hombre levantó la cabeza y con gran seguridad dijo:

— Muchas veces, miles de veces.

El sacerdote siguió preguntando:

—¿Y en alguna ocasión ha acompañado al Santísimo cuando se llevaba la Comunión a alguien?

— Siempre que he podido lo he hecho.

—¿Usted ha ayudado a Misa?

— También muchas veces, contestó el sacristán.

El sacerdote concluyó:

— Muy bien, pues mire, todo eso lo ha hecho por Dios, y todo eso se lo puede presentar a Dios.

El sacristán oyendo estas palabras se emocionó y lloraba todavía más. Se confesó y murió al día siguiente muy contento.

Es bueno que pensemos por un momento si nosotros tenemos cosas tan buenas que ofrecerle al Señor. Considerarlo en el ofertorio nos llevará a sacar propósitos para procurar tener durante el día más detalles con el Señor, para que en la próxima Misa tengamos en nuestras manos más cosas que ofrecerle.

Las cosas que se ofrecen a Dios para celebrar el sacrificio del altar son pequeñas. ¿Qué valor tienen en sí mismas unas cuantas gotas de vino? Si se trata de un vino muy bien cuidado —preparado artesanalmente y con especial esmero— puede ser algo muy bueno, pero al fin y al cabo sólo es un poco de vino. Y aun más, ¿qué valor puede tener una gota de agua? Casi no sirve para nada, ni es suficiente para limpiar ni lavar nada, y ni siquiera es capaz de calmar a una persona sedienta. Tampoco sirve para cocinar, ya que es tan pequeña cantidad que no se puede utilizar como ingrediente en ninguna comida. Así de minúscula es la persona humana sin Dios. Es como una gota aislada. Poco puede hacer en el mundo, su eficacia es limitadísima, sus posibilidades casi nulas. Oí contar de un poeta un cuento aleccionador y muy bonito, que expresa esta misma idea.

Está amaneciendo. Se distinguen montañas a lo lejos. Intuimos que el valle es precioso. Según se hace más claro el día va haciendo su aparición la primavera, y se empiezan a ver nuevos colores, distintos tonos de verde. El color vivo de las flores se comienza a vislumbrar en el valle. Todavía no ha salido el sol. Hay un prado verde, con briznas de hierba alta, lisa. En todas las hierbecillas hay gotitas de agua pequeñas, brillantes: es el rocío de la mañana. Pero hay una brizna de hierba que tiene una gota de agua más gorda. Todas las gotas se miran entre sí y miran al valle. Miran a la de la gota gorda, más fea, menos delicada que ellas, y se complacen de sí mismas.

Poco a poco ha ido saliendo el sol, y han empezado a desaparecer paulatinamente todas las gotas pequeñas, hasta que sólo ha quedado la gota gorda. Esta gota se ha quedado pensativa:

— Todas las gotas pequeñas eran brillantes como yo, pequeñas como yo soy ahora, preciosas como yo, y tenían agua con poder de vivificar como yo. ¿Qué haré para no desaparecer como esas gotas que estaban tan orgullosas de su belleza y desaparecieron sin dejar rastro?

Estaba pensando estas cosas la gota de rocío cuando se fijó en que muy cerca pasaba un río caudaloso, que iba fertilizando todo el campo. Y se dijo:

—¡Ya sé lo que haré! Me zambulliré en el río y perderé mi ser de gota, pasaré a ser un río, perderé mi brillo particular, mi goteidad. Formaré parte de ese río caudaloso que vivifica los valles, que hace que salgan en el valle frutos sabrosísimos, y que acabará en el mar, en el océano.

Y la gota se zambulló en el río y tuvo una eficacia increíble junto con millones de gotas que hicieron lo mismo.

Humanamente es bonito, es el granito de arena que todos podemos poner. Pero aquí —en el altar cuando se celebra la Eucaristía— entra un poder mucho mayor: la fuerza transformadora de Dios. Si una gota juntándose con otras miles de gotas puede llegar a tener una eficacia tan grande, ¿qué será si esa gota se echa en un cáliz donde hay vino, y se transforma en un vino que poco después se va a convertir en la sangre de nuestro Señor Jesucristo? Uno de los significados que tiene la gota derramada sobre el vino es precisamente este: así como esas gotas quedan transformadas en vino, así nosotros tenemos que quedar también transformados por Cristo. En esto consiste la vida cristiana: “No soy yo el que vivo sino que Cristo vive en mí” (Gal 2, 20).

Cuando procuramos ofrecer a Dios nuestras acciones diarias y las hacemos por Él y con Él, entonces Él mismo —que es Dios y que lo puede todo— coge esas pobres obras nuestras y las hace divinas. Les da valor de eternidad y las convierte en salvación para todo el mundo. Esto es algo que nosotros jamás hubiéramos podido hacer, pero Dios —que se ha hecho hombre, ha muerto en la Cruz y ha resucitado para rescatarnos del pecado y dar eficacia a nuestra vida— puede transformar nuestras acciones divinizarlas, siempre y cuando las hagamos juntamente con Él. Este es precisamente el sentido de las palabras que el sacerdote dice en ese momento. Mientras echa la gotita de agua en el cáliz —que ya contiene el vino— dice en secreto: “el agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana”.

La gota de agua que se vierte en el cáliz también significa la muerte de Cristo en la Cruz, el anonadamiento total que le lleva a morir con la muerte más cruel y a dar hasta la última gota de su sangre por amor, “Uno de los soldados le abrió el costado con la lanza, y al instante brotó sangre y agua” (Jn 19,34). Lo más probable es que el agua que salió del costado de Cristo fuera el líquido pleural acumulado como consecuencia de los

tormentos. Jesucristo se entregó totalmente, hasta el final, dándolo todo para salvarnos y manifestarnos su infinito amor.

Después de presentar el vino se purifica de nuevo el sacerdote, y los fieles también pueden aprovechar para hacerlo interiormente. El lavabo que hace el ministro sagrado después de presentar el pan y el vino es una nueva oportunidad para pedirle a Dios que nos limpie de toda mancha de pecado, a medida que se acerca el momento de la Consagración. El sacerdote mientras se lava los dedos pide a Dios en voz baja: “Lava del todo mi delito, Señor, limpia mi pecado”.

Después de mucho prepararse y de muchas purificaciones a lo largo de la Misa — con las oraciones que puede decir al revestirse, con el acto penitencial, con las oraciones secretas que sigue diciendo— el sacerdote vuelve a procurar limpiarse interiormente todavía más. Cuando hay amor los detalles más nimios nunca parecen exageración. Como una novia que, días antes de la boda, va a la modista, se prueba el vestido, ve que hay que quitar todavía un pliegue, y retoca los últimos detalles para que esté todo a punto. Así, el sacerdote, en un detalle más de delicadeza con el Señor, según se acerca el momento de la Consagración tiene necesidad de purificarse de nuevo.

Queremos que el sacrificio sea agradable a Dios y por eso el ministro sagrado inmediatamente después del lavabo dice: “Orad, hermanos, para que este sacrificio, mío y vuestro, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso”. “Orad, hermanos, aunque seáis pocos los que os encontráis reunidos; aunque sólo se halle materialmente presente nada más un cristiano, y aunque estuviese solo el celebrante porque cualquier Misa es el holocausto universal, rescate de todas las tribus y lenguas y pueblos y naciones”^[48]. Y el pueblo, participando del sacrificio y uniéndose al sacerdote —que es quien sacramentalmente lo celebra porque en la Misa es Cristo— responde a esta invitación para orar diciendo las palabras: “El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa iglesia”.

2— Oración sobre las ofrendas

Se trata de una plegaria corta, pronunciada por el sacerdote después de la presentación de las ofrendas sobre el altar. Con esta breve oración no comienza la plegaria Eucarística, sino que concluye la presentación de las ofrendas.

Cuando llegamos a este momento de la celebración ya llevamos un rato en la Misa y el demonio nos puede sugerir distracciones. Es fácil que aquí nos despistemos y se nos pase fijarnos en el contenido de la oración de las ofrendas. El santo cura de Ars ya nos prevenía de este peligro: “Cuantas almas saldrían del pecado, si tuviesen la suerte de oír la Santa Misa en buenas disposiciones! No nos extrañe, pues, que el demonio procure en ese tiempo sugerirnos tantos pensamientos ajenos a la devoción”^[49].

La oración sobre las ofrendas es una oración breve que nos ayuda a despertar el fervor y el recogimiento, tan necesarios para unirnos al sacrificio de Cristo. El Señor muy

pronto se va a hacer presente en el altar, y con esta oración le pedimos dos cosas: que nos dé un corazón de carne, capaz de quererle no sólo de palabra, sino con obras concretas que manifiesten nuestro amor; por otro lado, en esta breve oración le pedimos que se digne aceptar las ofrendas que le hemos presentado.

“Como norma general, todas las oraciones sobre las ofrendas se redactan en plural, como oración de la entera asamblea, y todas ellas van dirigidas a Dios Padre, como corresponde a la oración eclesial. De ahí que la asamblea esté ya en ese momento de pie. ¿Qué se pide a Dios en la oración sobre las ofrendas? Aunque las formas literarias de expresión sean diversas, sí existen unas cuantas líneas de fuerza comunes que podrían resumirse en las siguientes:

- ofrecemos a Dios los dones del pan y del vino.
- los dones son ofrecidos para que se conviertan en sacrificio de Cristo.
- los Misterios de nuestra Redención sirven de recomendación ante Dios de nuestras ofrendas.
- se pide una buena disposición del alma para poder ofrecer dignamente el sacrificio.
- a veces, se pone de relieve la cantidad considerable de ofrendas que se han conseguido reunir” [\[50\]](#).

Ponemos un ejemplo de oración de las ofrendas donde pedimos, presentamos, damos gracias y volvemos a pedir. Esta oración se reza en la “Misa para después de la cosecha”:

- Pedimos: “Santifica, Señor, estos dones que ha dado la tierra fecunda”.
- Presentamos: “y ahora te presentamos”.
- Damos gracias: “en acción de gracias”.
- Volvemos a pedir: “y tú que nos otorgas en abundancia los frutos de la tierra haz que nuestras almas sean tierra fértil con la gracia del cielo. Por Jesucristo nuestro Señor”.

Es más fácil descubrir la riqueza de esta oración después de haberla analizado con algo de detenimiento —como acabamos de hacer—, pero para captar su contenido durante la Misa es necesario prestar mucha atención a lo que se pide a Dios, y procurar decirlo por dentro y hacerlo propio mientras se oye.

II — Entrada solemne a la habitación del gran Rey.

Entramos ya en la estancia más importante del palacio. Hemos llegado al que tiene que ser el momento más solemne de la celebración: la entrada en la plegaria eucarística. Por eso hay una puerta solemne para entrar en la estancia real que es el prefacio. Dentro de esta habitación, de esta plegaria, se encuentra el arca sagrada con todas sus riquezas, el tesoro de la consagración. Es un ropaje adecuado que prepara y dispone para el momento sublime, para el gran milagro al que vamos a asistir.

1— El prefacio

El prefacio es la oración que precede al canon. Es una oración de acción de gracias, de elevar al cielo nuestro agradecimiento por todo lo que nos ha dado y lo que nos va a dar en esa Misa. Y por eso el celebrante nos lleva a levantar el corazón, y contestamos: “Lo tenemos levantado hacia el Señor”. Y después al invitarnos a dar gracias al Señor, nuestro Dios, aseguramos que es de justicia hacerlo por todo lo recibido de Él, y por tanto, es necesario que lo hagamos.

La palabra “prefacio” proviene del término latino “*prae-fatio*”. “*Prae*” significa “antes” y “*fatio*” es del verbo “*for*”, que significa “hablar, decir”. El prefacio, por tanto, es lo que se dice antes del Canon.

Las partes de que consta el prefacio son: el protocolo inicial, el cuerpo, el protocolo final y el “Santo”. Vamos a poner un ejemplo de prefacio dividiéndolo en estas partes para que se vea más gráficamente. Hemos escogido el prefacio de la Santísima Trinidad, sin duda alguna uno de los más ricos y bellos que posee la Iglesia.

—PROTOCOLO INICIAL

“En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno”.

—CUERPO

“Que con tu único Hijo y el Espíritu Santo eres un solo Dios, un solo Señor; no una sola Persona, sino tres personas en una sola naturaleza.

Y lo que creemos de tu gloria, porque tú lo revelaste, lo afirmamos también de tu Hijo, y también del Espíritu Santo, sin diferencia ni distinción.

De modo que, al proclamar nuestra fe en la verdadera y eterna Divinidad, adoramos tres Personas distintas, de única naturaleza e iguales en su dignidad”.

—PROTOCOLO FINAL

“A quien alaban los ángeles y los arcángeles y todos los coros celestiales, que no cesan de aclamarte con una sola voz.”

—SANTO

“Santo, Santo, Santo es el Señor; Dios del Universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo”.

“El prefacio es un poema, un canto lleno de alegría y de reconocimiento, el canto de las criaturas que reconocen su Salvación. Eso sí, es una acción de gracias particularmente solemne: los términos que se emplean hacen del prefacio un texto de gran envergadura estilística y la melodía que le acompaña contribuye grandemente a la sonoridad que colma de majestad toda la pieza” [\[51\]](#).

Es muy propio del prefacio el que sea cantado, pues es una acción de gracias solemne. Nos desborda de tal manera por la magnitud de los regalos y dones que Dios nos ha otorgado, que las palabras —aun siendo poéticas— quedan pobres, y como mejor se expresan es en el canto, el canto de las criaturas a su Creador que culmina con el Santo, Santo, Santo, tres veces Santo. Lo cantamos siempre unidos a los ángeles, a los arcángeles y a todos los coros celestiales unidos todos en común alegría. “en el *prefacio*, la Iglesia da gracias al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, por todas sus obras, por la creación, la redención y la santificación. Toda la asamblea se une entonces a la alabanza incesante que la Iglesia celestial, los ángeles y todos los santos, cantan al Dios tres veces santo [\[52\]](#)”.

En este momento toda la Iglesia adora: la Iglesia triunfante, con todos los ángeles y santos del cielo; la Iglesia purgante, con todas las almas del purgatorio dando gloria a Dios; y la Iglesia militante, los reunidos en ese lugar santo en unión con el Romano Pontífice y con todos los cristianos. Cada Misa, aunque la celebrara sólo el sacerdote acompañado de un niño que le ayuda y que está completamente distraído, es una adoración de toda la Iglesia, la del cielo, la del purgatorio y la de la tierra, a la infinita Majestad de Dios. Por eso el “Santo, Santo, Santo es el Señor” hemos de decirlo al unísono con toda la iglesia, y así ha de resonar en nuestros corazones.

2— ¿Que es la plegaria Eucarística?

Esta es la parte más importante de la Misa, porque aquí va a tener lugar el maravilloso milagro de la Consagración. Toda la plegaria eucarística es una oración que rodea el momento impresionante y único de la consagración. “Con la plegaria eucarística, oración de acción de gracias y de consagración llegamos al corazón y a la cumbre de la celebración” [\[53\]](#).

Es una plegaria de acción de gracias a Dios por la obra de la Salvación, realizada por Cristo con su pasión, muerte y Resurrección. Por eso en esta oración el sacerdote invita al pueblo a elevar el corazón a Dios en una continua acción de gracias. Las

palabras que el sacerdote dice después de la consagración se dirigen a Dios Padre para ofrecerle a la Víctima, su Hijo, ya presente en el altar. Desde ese momento ya está Jesús con nosotros, se hace presente la obra de la Redención. Pero queda algo que depende de nosotros: no permitir que su Sangre se haya derramado inútilmente. Cuando no correspondo a las gracias que Dios me da, esos beneficios se hacen inútiles para mí.

Ahora, en este momento, tenemos que unirnos a Jesús en la Cruz, a través de las palabras que dice el sacerdote. Recuerda los principales misterios de la vida del Señor: su pasión y muerte, su Resurrección gloriosa, la Ascensión a los cielos. Aquí está ahora el infinito tesoro de la Redención que Cristo nos ganó con el sacrificio de su vida.

Hasta el Concilio Vaticano II en la liturgia Romana se utilizaba solo una plegaria eucarística, que se sigue llamando “Canon Romano” y que hoy constituye la plegaria eucarística I. En el concilio se vio la necesidad de aprobar otras plegarias eucarísticas para que pudieran utilizarse también en la Misa. Así, Pablo VI aprobó tres más —que actualmente utilizamos— y algunas otras como prueba.

Antes de exponer la composición de la plegaria eucarística, hemos de dejar claro que no está dividida en partes. Es una oración continuada que comienza con el prefacio y termina con el “Amén” solemne del pueblo.

Para profundizar en el contenido de las distintas plegarias eucarísticas, y antes de entrar en su estudio concreto, vamos a explicar los puntos del Catecismo de la Iglesia Católica que se refieren a estos contenidos. No hay que asustarse ante las palabras técnicas que se usan como “epiclesis”, “anámnesis” o “doxología”, sino que hemos de procurar ir al fondo de lo que estos términos significan para comprender mejor las ideas que subyacen en ellos.

El esquema global de la plegaria eucarística es el siguiente:

- Prefacio.
- Invocación sobre las ofrendas (*Epiclesis*).
- Consagración.
- Actualización de los misterios de Cristo (*Anamnesis*)
- Invocación sobre el pueblo (*Epiclesis* de comunión)
- Intercesiones o peticiones.
- Fórmula de alabanza a la Trinidad Beatísima (Doxología)

A continuación nos vamos a detener explicando el contenido de este esquema. Excluimos el prefacio —que ya lo hemos analizado—, la consagración, y la doxología. La consagración la veremos detenidamente cuando lleguemos a su momento, y la doxología en el estudio de la oración doxológica final con la que termina la plegaria eucarística.

- Invocación sobre las ofrendas (*Epiclesis*). “En la *epiclesis*, la Iglesia pide al

Padre que envíe su Espíritu Santo (o el poder de su bendición) sobre el pan y el vino, para que se conviertan, por su poder, en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, y que quienes toman parte en la Eucaristía sean un solo cuerpo y un solo espíritu”^[54]. *Epiclesis* proviene de la palabra griega “*epi*”, que significa “sobre”, y “*clesis*” que significa “invocación”. La *epiclesis*, por tanto, será “la invocación sobre”: si es la *epiclesis* de consagración será la invocación sobre las ofrendas; si es la *epiclesis* de comunión será la invocación sobre la asamblea.

En este momento nos fijamos en la invocación sobre las ofrendas: a quien invocamos o llamamos es al Espíritu Santo. Igual que el Espíritu Santo cubrió con su sombra a la Virgen María y vino Jesús al mundo (Cfr. Lc. 1, 35), así acudimos al mismo Espíritu Santo para que haga posible que Jesucristo esté con nosotros en el altar. De ahí la trascendencia de esta invocación para la Santa Misa.

Al terminar la invocación sobre las ofrendas, justo antes de la consagración, el sacerdote hace un gesto que consiste en juntar ambas manos sobre los dones. Este signo prefigura la venida del Espíritu Santo. El hecho de bajar los brazos paralelos sobre los dones se puede ver como una prefiguración del bajar de las alas de la paloma. Se manifiesta así que es el Espíritu Santo —tantas veces representado en forma de paloma— el que desciende.

— Actualización de los misterios de Cristo (*Anamnesis*): el catecismo de la Iglesia Católica explica esta palabra. “En la *anámnesis* que sigue, la Iglesia hace memoria de la pasión, de la resurrección y del retorno glorioso de Cristo Jesús; presenta al Padre la ofrenda de su Hijo que nos reconcilia con Él”^[55].

Después de la consagración el celebrante canta o recita: “Este es el sacramento de nuestra fe”, y la asamblea responde: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu Resurrección, ¡ven, Señor Jesús!” El pueblo confiesa la fe en Jesucristo que está ya en el altar, y las palabras que a continuación reza el sacerdote celebrante son la actualización de los misterios de Cristo (*Anamnesis*).

En estas palabras se expresa el núcleo de lo que es la Santa Misa. Aquí decimos una palabra muy importante: “memorial”. Esta palabra no significa solo recordar, hacer memoria de los misterios de vida, muerte, Resurrección y Ascensión de Cristo, sino que constatamos que estos misterios están “ahora”, aquí presentes. También la palabra “ahora” expresa con mucha claridad cuándo se realizan estos misterios, y está incluida en todas las plegarias eucarísticas menos en la primera o canon romano donde la palabra está implícita. Por eso, en este momento en que actualizamos los misterios de Cristo, procuraremos unirnos a Él y a su sacrificio redentor.

— Invocación sobre el pueblo (*Epiclesis* de comunión): la Iglesia pide al Padre que envíe al Espíritu Santo para que los que asisten —el pueblo, la asamblea— puedan tomar parte de la Eucaristía recibiendo a Jesucristo. Esta invocación es para la acción santificadora del Espíritu Santo sobre los fieles. De esta manera el Santificador, el

Paráclito, nos transforma y nos prepara para recibir al Señor en la Eucaristía.

Es necesario subrayar que todo lo que pedimos en este momento de la Misa nos lo comunica el Espíritu Santo. A través de su sacrificio Cristo nos obtiene los frutos del Espíritu Santo. Esta realidad queda muy gráficamente explicada en el libro “en el corazón de la liturgia”: “Sucedee como aquel que gana el primer premio en la lotería. Su décimo ha sido el afortunado, el comprador lo retiene entre las manos y se goza de su suerte, pero aún no cuenta con el premio en metálico. ¿De qué le serviría el décimo sin un Banco que le diera el dinero correspondiente al primer premio de la lotería en billetes? Algo parecido sucede con el Espíritu Santo. La Salvación nos la ha ganado nuestro Señor Jesucristo en la Cruz, pero ¿de qué nos serviría ser redimidos por Él —redención objetiva— si el Espíritu Santo no nos aplica a cada uno todos los frutos de esa Redención —redención subjetiva?”^[56].

— Intercesiones: “En las intercesiones, la Iglesia expresa que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia del cielo y de la tierra, de los vivos y de los difuntos, y en comunión con los pastores de la Iglesia, el Papa, el obispo de la diócesis, su presbiterio y sus diáconos y todos los obispos del mundo entero con sus Iglesias”^[57].

Después de la invocación sobre el pueblo, la plegaria eucarística prosigue con una serie de peticiones, o también llamadas “intercesiones”. Interceder es pedir a favor de otro. “La intercesión es una oración de petición que nos conforma muy de cerca con la oración de Jesús. Él es el único intercesor ante el Padre a favor de todos los hombres, de los pecadores en particular”^[58]. Cuando pedimos a Dios lo hacemos como Cristo — perfecto Hijo de Dios— intercede a Dios Padre. Y pedimos unidos a Cristo y a toda la Iglesia, de manera que nuestra intercesión es expresión de la comunión de los santos. Por eso puede decir el Catecismo: “La intercesión de los cristianos no conoce fronteras: «por todos los hombres, por todos los constituidos en autoridad» (1 Tim 2, 11), por los perseguidores, por la salvación de los que rechazan el Evangelio”^[59].

3— Plegarias eucarísticas que utilizamos en el rito Romano.

Desde el concilio Vaticano II tenemos cuatro plegarias eucarísticas que se pueden utilizar habitualmente en el rito Romano, y hay algunas otras aprobadas para diversas necesidades. Haremos aquí un breve análisis de cada una de las plegarias que ordinariamente utilizamos, para profundizar en la riqueza de su contenido, y para que — conociéndolas mejor— podamos vivir más intensamente la celebración de la Eucaristía.

—Plegaria Eucarística I

Es el también llamado “Canon Romano”. Ha sido la única plegaria eucarística que se utilizó durante muchos años en la Santa Misa en el rito litúrgico romano.

Esta plegaria comienza —como todas las plegarias eucarísticas— dirigiéndose a

Dios Padre. Aquí, en concreto, le llamamos “Padre misericordioso”, clementísimo. Por su gran misericordia Dios Padre nos ha enviado a su único Hijo para que se ofrezca en sacrificio por nosotros. Por eso comenzamos alabando a Dios por su gran misericordia, para después pedirle que acepte los dones, el sacrificio que le ofrecemos.

De esta plegaria queremos señalar una particularidad: es la única en la que antes de la consagración se elevan peticiones a Dios. Le pedimos por la Iglesia —que le conceda la paz y la unidad—, por el Papa, el obispo de nuestra diócesis, los demás obispos y por todos los fieles. Llegado a este punto el Misal aconseja: “Puede decir los nombres de aquellos por quienes tiene intención de orar, o bien junta las manos y ora por ellos unos momentos”. Este es un silencio, uno de los dos “acuérdates”, que se puede aprovechar para pedir por nuestros familiares, amigos, compañeros de trabajo, conocidos... El texto de la plegaria nos invita a rezar también por todos los que están con nosotros asistiendo al santo sacrificio. Para todos ellos pedimos lo mejor: “el perdón de sus pecados y la salvación que esperan”.

Posteriormente, acudiendo al misterio de la comunión de los santos veneramos su memoria: en primer lugar la de nuestra Madre, la Santísima Virgen María, la de nuestro padre y Señor san José, y después acudimos a los santos apóstoles, y a algunos santos cuidadosamente escogidos: los primeros papas, algunos presbíteros, mártires, un diácono...

Y ya, antes de llegar a la invocación sobre las ofrendas —que tiene lugar justo antes de la consagración— le pedimos por nosotros mismos cuatro cosas: acepta nuestra ofrenda (puede significar también: acéptanos a nosotros, siervos tuyos, como ofrenda), concédenos la paz durante nuestra vida, líbranos del infierno eterno, y concédenos llegar al cielo.

Después de esta oración comienza la consagración con la invocación sobre las ofrendas (*epiclesis* de consagración). El sacerdote extiende y baja las manos sobre los dones, y pronuncia las palabras pidiendo a Dios Padre: “bendice y santifica esta ofrenda, haciéndola perfecta, espiritual y digna de ti, de manera que sea para nosotros Cuerpo y Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo nuestro Señor”. Aquí está implícita la acción del Espíritu Santo que es la que hará posible que Cristo venga al altar. Después de la consagración se actualizan los misterios de Cristo (*Anamnesis*). La Iglesia hace presente la muerte gloriosa de Jesucristo. La palabra clave es “memorial”. “Por ser memorial de la Pascua de Cristo, *la Eucaristía es también un sacrificio*. El carácter sacrificial de la Eucaristía se manifiesta en las palabras mismas de la institución: «Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros» y «Esta copa es la nueva Alianza en mi Sangre, que será derramada por vosotros» (Lc 22,19-20). En la Eucaristía, Cristo da el mismo cuerpo que por nosotros entregó en la Cruz, y la sangre misma que «derramó por muchos para remisión de los pecados» (Mt 26,28)”^[60]. El canon Romano subraya la dimensión sacrificial de la Santa Misa.

Ofrecemos a Dios “el sacrificio puro, inmaculado y santo”. Es lógico procurar

expresar con el corazón estas palabras mirando a la Hostia presente en el altar. Digámoslo despacio, con el corazón: pura, inmaculada y santa, pidiendo perdón a Dios por la cantidad de veces que se le ofende aludiendo a esta palabra, que es el mismo Cristo entregado, inmolado por nosotros.

Pedimos después a Dios acepte este sacrificio como aceptó los dones de Abel, hijo de Adán y Eva, que ofrecía las mejores ovejas a Dios en sacrificio, las mejor cuidadas y alimentadas, las más rollizas. No podemos hacer como Caín, que ofrecía a Dios las legumbres peores, los tomates más pochos, y para él se reservaba lo mejor de la cosecha. Se menciona a continuación el sacrificio que Abraham se dispuso a realizar con Isaac, muy grato a Dios pues ofrecía a su propio hijo, el único que tenía. Aunque Dios no permitió que finalmente se consumase el sacrificio de Isaac, sí que quiso que con su Hijo único Jesucristo se llegara hasta el final. Por último, se recuerdan los sacrificios muy agradables a Dios del sumo sacerdote Melquisedec, pues representan los sacrificios puros y perfectos de la nueva alianza.

La siguiente oración es la invocación sobre el pueblo (*epiclesis* de Comunión). El sacerdote en este momento al rezarla se inclina para pedirle a Dios que acoja esta ofrenda y nos disponga a todos a participar de este altar para que “así seamos colmados de gracia y bendición”.

Continuamos luego con las intercesiones que ya habíamos comenzado antes de la consagración. Y llegamos al memento de difuntos, donde el ministro junta las manos y ora unos momentos por los difuntos por quienes tiene intención de orar. Es el segundo “acuérdate”. Silencio éste para pedir por nuestros familiares, amigos y conocidos fallecidos. También es muy necesario pedir por todas las almas del purgatorio para que alcancen cuanto antes la gloria eterna. “A ellos y a cuantos descansan en Cristo concédeles el lugar del consuelo, de la luz y de la paz”. El celebrante golpeándose el pecho pide también la misericordia del Señor para con todos nosotros, pobres pecadores, y finalmente pide de nuevo para que nos conceda gozar del cielo junto con los santos apóstoles y mártires que ya se encuentran gozando para siempre de la visión de Dios cara a cara.

— Plegaria Eucarística II

Esta plegaria Eucarística recoge una antigua plegaria de la Iglesia romana. Hace muchos siglos que los primeros cristianos vienen rezando estas oraciones, que cobran de este modo un sabor especial.

Es la más breve de las plegarias Eucarísticas, y por eso hay que procurar poner mucha atención para que nos se nos pase todo su rico contenido. La plegaria comienza pidiendo a Dios Padre que santifique los dones con el Espíritu Santo. Llamamos a Dios “fuente de toda santidad”. Dios es una fuente que siempre dispone de agua abundante, y esa agua es la gracia divina. El hombre puede acercarse a recoger la gracia a la fuente, que son los sacramentos de la Iglesia y la oración. Si el recipiente con el que se acerca a la fuente está algo sucio el agua de la fuente lo limpia. El hombre puede acudir a la fuente

para abastecerse de agua, para beber, para limpiar, y podrá ir las veces que quiera. Siempre encontrará agua limpia, fresca y pura. Si el hombre acude con varios cántaros a la fuente los podrá llenar todos. Y si aprovecha el cauce de la fuente para regar su campo la fuente sigue manando. Y si quiere regar todos los campos haciendo un acueducto, la fuente sigue dando agua sin parar y sigue regando y llega a cuantos la necesiten. También cuando los hombres se van a dormir la fuente sigue manando. Así es Dios, fuente de toda santidad, que nos envía la gracia vivificadora a través de su Espíritu Santo.

Después de la consagración recordamos el memorial de la muerte y resurrección de Cristo. “La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia que es su Cuerpo. En todas las plegarias eucarísticas encontramos, tras las palabras de la institución, una oración llamada *anamnesis* o memorial”^[61]. Así explica el libro del Jubileo la palabra “memorial”: “Diciendo: «Haced esto en conmemoración mía», Jesús no deseaba sólo que los hombres vivieran después de él acordándose de él. Quería hacer de la Eucaristía un memorial. (...) Transformando la comida pascual en comida eucarística, instituyó un memorial que reprodujera perpetuamente lo que aconteció en la última Cena. No era suficiente que el amor sublime que inspiró su pasión redentora quedara en el recuerdo de la humanidad. Este amor quería darse con una comida destinada a ser vivida en la vida de la Iglesia y que habría comportado una renovación incesante de la ofrenda redentora. Así quedaba garantizada la realidad objetiva del memorial”^[62].

Inmediatamente después en esta petición acudimos al Espíritu Santo para que venga sobre nosotros con las siguientes palabras: “Te pedimos humildemente que el Espíritu Santo congrege en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y de la Sangre de Cristo”.

Así termina ya la plegaria, con las peticiones de intercesión: por el Papa, los obispos y pastores de la Iglesia, por los fieles difuntos, y por todos nosotros. Y le rogamos que —gracias a su misericordia— podamos con la Virgen, los apóstoles y todos los santos merecer “por su Hijo Jesucristo, compartir la vida eterna y cantar tus alabanzas”.

— Plegaria Eucarística III

Es la más lineal de las plegarias Eucarísticas, y en ella se pide —de forma muy bien estructurada— por las necesidades de la Iglesia...

Comienza con un himno de alabanza a Dios Padre Creador y dador de vida por medio de su Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo. Le imploramos que Él, que es Todopoderoso, nos conceda a nosotros —pobres criaturas— la vida del espíritu, a través del sacrificio que tratamos de ofrecer sin cesar en su honor. “Un sacrificio sin mancha desde donde sale el sol hasta el ocaso”: pedimos que este sacrificio dure todos los días de nuestra vida y que sirva para la salvación de todo el mundo.

Antes de la consagración —como es habitual, con las manos juntas y extendidas

sobre los dones— tiene lugar la invocación, para que el Espíritu Santo prepare y transforme estas ofrendas. “Padre, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti”.

Una vez terminada la consagración seguimos con la estructura habitual: actualización de los misterios de Cristo, invocación sobre el pueblo y las peticiones o intercesiones antes de la formula trinitaria final. En esta plegaria eucarística nos vamos a fijar en frases cortas, para profundizar en ellas, interiorizarlas y hacerlas nuestras. Si cogemos cariño a frases concretas de la liturgia, cuando las digamos durante la Misa nuestro corazón vibrará, rezaremos mejor, y nos podrán servir de breve oración para repetir durante el día, manteniendo así vivo el sacrificio de la Misa toda la jornada.

—“Te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo”. La Misa hace presente el sacrificio del calvario, es el mismo Cristo quien ofrece a todos los hombres la riqueza superabundante de su Sacrificio redentor, realizado en el ara de la Cruz de una vez para siempre. Por eso lo normal es dar gracias y procurar permanecer todo el día en acción de gracias ^[63].

—“Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia”. Si paladeamos estas palabras con el corazón nuestra vista se dirigirá hacia el altar, pues ahí esta ya Jesús, la Víctima, el que nos da la fortaleza, nos da la vida, nos salva. Contemplando a Jesús sobre el altar comprenderemos que Él es la única víctima que hay en el mundo. Cuando se nos ocurra que somos víctimas por problemas grandes o dificultades que tengamos en la vida, este pensamiento —Jesús tú eres la única víctima, porque has muerto de la forma más cruel por nuestros pecados siendo completamente inocente— nos ayudará a ofrecer nuestros pequeños sufrimientos. Nosotros sí que padecemos con motivo, porque somos pecadores; y esos padecimientos, sufrimientos o humillaciones nos hacen mucho bien porque nos purifican, nos acercan a Dios si se los sabemos ofrecer.

— Queriendo esta purificación diremos con la liturgia: “que él nos transforme en ofrenda permanente”. ¡Que frase más explícita! Todo el día ofreciéndolo a Dios y ofreciéndonos a Dios nosotros mismos. ¡Que seamos como Cristo, sacrificio permanente, entrega generosa a los demás!

— Y, por último, las intercesiones: ¡Cuánto le agrada al Señor que le pidamos cosas! Vamos a pedirselas muchas veces con la sencillez y la humildad del niño necesitado. “Que esta Víctima de reconciliación traiga la paz y la salvación al mundo entero”: pedimos por la fe y la caridad de tu Iglesia, en primer lugar por nuestros pastores, pues si ellos son fieles nos llevarán al redil de Cristo que es donde está la salvación. Después pedimos por todos los fieles, por los que se encuentran dispersos por el mundo, y por nuestros hermanos difuntos, para que todos lleguemos un día a la plenitud eterna de tu gloria.

— Plegaria Eucarística IV

Esta preciosa plegaria ofrece un sumario completo de la historia de la salvación.

Tiene un prefacio fijo y debe recitarse siempre con ese mismo prefacio, pues en él se manifiesta la gloria de Dios, su existencia eterna y su poder creador, introduciendo así y dando sentido a la actuación de Dios en el mundo que se narra posteriormente en esta plegaria. Explica el prefacio de la plegaria Eucarística IV que Dios es el Ser por antonomasia, y que todos los demás seres son y existen por la infinita bondad del Creador.

Después de cantar el “Santo” —habiendo asentado estas bases— la liturgia prosigue con la historia de la salvación: la creación del hombre, el pecado, la alianza con el pueblo elegido y la plenitud de los tiempos que se cumple con la venida de Cristo. Dios que se hace hombre en las entrañas purísimas de María para salvarnos, liberarnos y consolarnos en nuestras aflicciones. Prosigue la oración con la muerte y resurrección, y con el envío del Espíritu Santo que nos llevará al reino prometido.

Después de la consagración, como siempre, el memorial. Esta plegaria eucarística se puede decir que es toda ella un memorial, pues desde el principio nos introduce en las grandezas y misterios de Dios. Y como un memorial no es sólo el recuerdo de hechos pasados, revivimos los acontecimientos salvíficos como algo que se sigue realizando aquí entre nosotros, como hechos que son realmente actuales y que están ahora presentes.

Posteriormente acudimos al Espíritu Santo, en la invocación sobre los fieles, para que nos asemeje a la Víctima, haciéndonos víctimas agradables a Dios, y así podamos unirnos al sacrificio en la Comunión y durante el resto de la jornada.

Con las intercesiones termina esta plegaria más larga. Es muy bonito como después de pedir por el Papa y los obispos, por los sacerdotes y diáconos, se pide también por los cristianos —el pueblo santo de Dios— y por todos los que, aun no siendo cristianos, buscan a Dios o tratan de vivir según la ley de Dios con un corazón sincero.

— Plegaria Eucarística V y plegarias de reconciliación I y II

La plegaria Eucarística V tiene prefacios e intercesiones propias, y se puede utilizar cuando se celebran Misas por necesidades diversas. Tiene tres modelos:

— La plegaria V/a se recomienda su uso para las Misas en petición por la Iglesia, por las vocaciones a la vida religiosa, por los laicos, para dar gracias a Dios, por la familia...

— La plegaria V/b se puede usar en las Misas por la evangelización de los pueblos, por los cristianos perseguidos, por los gobernantes, por el progreso de los pueblos, en el inicio del año civil...

— La plegaria V/c se puede emplear en los formularios de Misas por los enfermos, por los moribundos, en tiempos de hambre, por los prófugos o refugiados, por los cautivos, y en cualquier necesidad...

— La plegaria V/d , en las Misas por la Iglesia, por el Papa, por el obispo, por el Concilio o Sínodo, por los sacerdotes...

Las plegarias eucarísticas de reconciliación I y II pueden utilizarse en las Misas que precisamente introduzcan a los fieles en el misterio de la reconciliación: Misas por la paz, por el perdón de los pecados, en tiempo de guerra, sobre el misterio de la Cruz, de la Eucaristía, en tiempo de Cuaresma... Aunque también tienen prefacio propio estas plegarias pueden emplearse con otros prefacios que también se refieran a la conversión o a la penitencia.

III — El Arca Sagrada

Nos introducimos ya en el momento solemne y sagrado de la consagración. Vamos a abrir el cofre, el arca sagrada, que contiene el tesoro más precioso. En una ocasión se estaban preparando las cosas para un viaje del Papa a México. Había un sacerdote en una ciudad de ese país por la que el Papa iba a pasar que estaba preparando cuidadosamente la casa donde se iba a alojar el Romano Pontífice. Se esmeró en la preparación de una capilla para que el Papa pudiera rezar. Habilitó una buena habitación y consiguió todo lo necesario. Pensó que podía acudir a un buen amigo suyo muy adinerado para pedirle alguna ayuda. Este hombre accedió gustoso —aunque no era creyente—, y como poseía una valiosa colección de obras de arte le ofreció una de ellas para la capilla. Se trataba de un cuadro valiosísimo del famoso pintor Botticelli. Se puso el cuadro haciendo de retablo, y quedó francamente bien pues la obra era preciosa. El Papa llegó y se alojó en la casa. Le enseñaron la capilla y estuvo rezando con mucha intensidad unos minutos. Al terminar —cuando ya había salido— el sacerdote le preguntó si le había gustado la obra de arte. A lo que el papa contestó:

—En el sagrario está la más preciosa galería de arte.

1— Consagración

“Porque él mismo, la noche que iba a ser entregado, tomo pan y dando gracias te bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo...” (Plegaria Eucarística III). ¿Por qué Jesús en la última Cena, y desde entonces, cada vez que se celebra la Santa Misa, el ministro da gracias antes de consagrar y no después?

La acción de gracias era una actitud constante de Jesús hacia Dios Padre a lo largo de su vida, que se manifestó además externamente en muchas ocasiones a lo largo de los tres años de vida pública. En el milagro más grande e impresionante de su vida pública —la resurrección de su amigo Lázaro—, antes de realizarlo da gracias al Padre por haberle escuchado (Cfr. Jn 11, 41). “Nos asombra esta oración hecha antes de que acontezca el milagro. Se diría que la acción de gracias de Jesús tuviera la finalidad de provocar el milagro, como más tarde la acción de gracias de Jesús provocará los innumerables milagros que se realizarán gracias a la Eucaristía. El Evangelio de san Juan, tomando las palabras de Jesús, ha querido clarificar el sentido para responder a la dificultad que podían suscitar: ¿habría sido posible que Jesús no fuera escuchado en su oración al Padre? «Yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado» (Jn 11, 42). Precisamente porque está seguro de ser escuchado, Jesús pronuncia la acción de gracias antes de suscitar, con las palabras de la consagración, el milagro representado por la presencia de su Cuerpo y de su Sangre”^[64].

En este momento culminante se va a realizar el milagro de la transubstanciación. Jesús va a repetir por boca del sacerdote las mismas palabras que dijo en la última cena:

“Esto es mi Cuerpo. Esta es mi Sangre”. Y desde ese momento el pan deja de ser pan y el vino deja de ser vino para convertirse en el Cuerpo y la Sangre de nuestro señor Jesucristo. “En el *relato de la institución*, la fuerza de las palabras y de la acción de Cristo y el poder del Espíritu Santo hacen sacramentalmente presentes bajo las especies de pan y de vino su Cuerpo y su Sangre, su sacrificio ofrecido en la Cruz de una vez para siempre” ^[65].

Lo que hay sobre el altar después de la consagración no es un recuerdo más o menos bonito de lo que Jesús hizo en la última Cena, tampoco es como una fotografía de Jesús, ni un signo muy gráfico de lo que pasó el Jueves Santo o de lo que sucedió en el Calvario, sino que es el mismo Jesucristo, con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma y con su Divinidad. Las niñas que se preparaban para hacer la primera Comunión estaban en la capilla del colegio ensayando la ceremonia. El sacerdote aprovechó esa ocasión para formar a las niñas y, en un momento dado —para confirmar y afianzar su fe— les hizo una pregunta haciendo un poco de abogado del diablo. Cogió una pequeña forma sin consagrar en su mano y mostrándosela les dijo:

— Veis que tengo entre mis manos un trozo de pan. ¿Y vosotras creéis que después de la consagración en la Santa Misa, Jesucristo, que es Dios, baja al altar y se queda aquí escondido?

Las niñas respondían que sí con gran seguridad. Y el sacerdote insistía:

— Pero como es posible que todo un Dios, que existe desde siempre, que ha creado el universo entero, que ha hecho el cielo y la tierra, que ha creado al hombre... ¿No os parece increíble que se quede en un trocito de pan tan pequeño?. ¿Cómo va a estar Dios aquí? ¡No me lo puedo creer!

Una niña de las que estaban sentadas escuchando se puso de pie y dijo remarcando sus palabras mientras golpeaba el suelo con una pierna y apretaba los puños:

—¡Oiga, que Jesús está aquí de verdad, de verdad, de verdad!

El término más apropiado para definir este cambio verdadero de una sustancia a otra es el de “transubstanciación”, porque se opera el cambio de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo y de toda la sustancia del vino en la sustancia de la sangre de Cristo ^[66]. “Ante todo, la doctrina de la transubstanciación tiene su fundamento en las palabras de Jesús: «Esto (es) mi cuerpo», «Esto (es) mi sangre». En realidad estas palabras afirman simplemente la presencia del cuerpo y la presencia de la sangre, y ello presupone que el pan ha dejado lugar al cuerpo y el vino a la sangre. (...) Debemos concluir que lo que era primero el pan y el vino, en virtud de sus palabras se han convertido en cuerpo y sangre, aunque conservando la apariencia sensible del pan y del vino. En las palabras de la consagración está implícitamente pronunciada la transubstanciación, el cambio de la realidad del pan y del vino en la realidad del cuerpo y de la sangre” ^[67].

Ya tenemos en el altar a Jesús que se ofrece a Dios por nuestra salvación. Ahí tenemos todas las gracias que Él nos ganó con su sacrificio, todo cuanto necesita el hombre para ser santo. Por eso, un cristiano de fe, ¡qué actitud interior, que disposiciones ha de tener en esos momentos, al creer y darse cuenta que está delante del amor infinito de Dios, de Jesucristo mismo que se ofrece en ese momento a Dios Padre en sacrificio por amor a mí!

El santo abad Nilo nos refiere que su maestro s. Juan Crisóstomo le dijo un día confidencialmente que, durante la Santa Misa, desde el momento de la consagración, veía a una multitud de ángeles bajando del cielo para adorar a Jesús sobre el altar, mientras muchos de ellos recorrían la iglesia para inspirar a los fieles el respeto y amor que debemos sentir por Jesucristo presente sobre el altar. “¡Momento precioso, momento feliz para nosotros, aquel en que Jesús está presente sobre nuestros altares! ¡Ay!, si los padres y las madres comprendiesen bien esto y supiesen aprovechar esta doctrina, sus hijos no serían tan miserables ni se alejarían tanto de los caminos que al cielo conducen.

¡Dios mío, cuántos pobres junto a un tan gran tesoro!” [\[68\]](#).

Quizás ahora —contemplando este admirable misterio— se nos puedan ocurrir algunas preguntas: cuando termina de pronunciar las palabras de la especie del pan, ¿está ahí Jesús con su Cuerpo y con su Sangre, o sólo con su Cuerpo?, y cuando termina de decir las palabras de la especie del vino, ¿está bajo la apariencia de vino su Sangre o también está ahí su Cuerpo? La respuesta es que Jesús se esconde bajo la especie del pan con su Cuerpo y con su Sangre, y que Jesús se esconde bajo la especie de vino con su Cuerpo y con su Sangre. Precisamente por eso, porque está todo El entero en las dos especies no hace falta que los fieles le reciban bajo las dos especies, basta para comulgar recibir la Eucaristía bajo la especie del pan. Aunque hay ocasiones especiales, como es el caso de un matrimonio, en que los que se casan pueden comulgar bajo las dos especies. “Gracias a la presencia sacramental de Cristo bajo cada una de las especies, la comunión bajo la sola especie de pan ya hace que se reciba todo el fruto de gracia propio de la Eucaristía” [\[69\]](#).

2— Elevación del Señor y adoración

Comienza la consagración y todos nos ponemos de rodillas, actitud de máxima adoración. “En la liturgia de la Misa expresamos nuestra fe en la presencia real de Cristo bajo las especies de pan y de vino, entre otras maneras, arrodillándonos o inclinándonos profundamente en señal de adoración al Señor” [\[70\]](#)”. Jesucristo se va a hacer presente por las palabras que dirá el sacerdote. Son las mismas palabras que utilizó Jesús en la última Cena, y después de pronunciarlas les dijo: “haced esto en conmemoración mía”.

El ministro dice las palabras de la consagración y Jesús viene al altar. ¿En qué momento exacto está Jesús en la Eucaristía?: ¿cuando dice las palabras, o cuando eleva la forma, o cuando hace la genuflexión...? La respuesta es que Jesús está en la Eucaristía

cuando el sacerdote acaba de decir las palabras de la consagración.

¿Qué puedo hacer cuando el sacerdote ha dicho las palabras? Lo mejor es adorar a Dios. Antes de la elevación se le puede saludar con mucho cariño y con mucha confianza diciéndole: — Hola Jesús, gracias por venir. También se le puede decir: — Bienvenido seas Jesús. Cada uno le dirá lo que desee.

La elevación del Cuerpo de Cristo se viene haciendo en la Iglesia desde hace muchos siglos. Había pocas Misas y asistía una gran cantidad de gente. Cuando se consagraba todo el mundo quería ver a Jesús, asomaban las cabezas, se incorporaban, y el celebrante para facilitarles ver a Jesús lo elevaba mostrándolo al pueblo para que adorase a Dios. Hoy se sigue haciendo. ¿Y que podemos decirle a Jesús mientras el sacerdote lo muestra? La Iglesia concede indulgencia parcial a quien rece en ese momento las palabras que dijo santo Tomás apóstol cuando el Señor le mostró las llagas de sus manos y de su costado abierto: — ¡Señor mío y Dios mío! Es un acto de fe precioso.

También cuando el sacerdote baja los brazos se le pueden seguir diciendo cosas a Jesús. Por ejemplo pedirle para que le queramos mucho: — Auméntame la fe, la esperanza y la caridad. Después de depositar con mucho cuidado a Jesús en la patena el celebrante hace una genuflexión pausada. Este también es un momento adecuado para adorar a Dios, y quizá pueden servir las palabras de esa oración tan bonita de santo Tomás de Aquino: — “Te adoro con devoción Dios escondido”. Esta oración la recomienda el Catecismo de la Iglesia Católica recogiéndola completa en el punto 1381.

En la consagración del vino se pueden decir las mismas cosas, o distintas si se desea. Lo importante es valorar lo que está pasando sobre el altar y poner amor. Por eso reafirmamos nuestra fe cuando el celebrante al terminar la consagración dice: “Este es el sacramento de nuestra fe”. Entonces todos respondemos con gozo: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. Ven Señor Jesús”. “La oscuridad de la fe, que mantiene a la Eucaristía en el campo del misterio, no impide, por tanto, el resurgir de la alegría. La exclamación “¡misterio de la fe!” resuena siempre como un grito de alegría: Alegría de la fe misma y alegría del misterio que es el de Cristo resucitado, de nuevo presente en medio de la humanidad”^[71].

3— Conclusión de la Plegaria Eucarística.

Por Cristo, con Él y en Él... Cristo es nuestro amor, es Dios que se entrega en sacrificio por nosotros. Por eso tenemos que procurar agradecérselo de veras demostrándole nuestro cariño: “Termina el canon con otra invocación a la Trinidad Santísima: *per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso...*, por Cristo, con Cristo y en Cristo, amor nuestro, a Ti, Padre Todopoderoso, en unidad del Espíritu Santo, te sea dado todo honor y gloria por los siglos de los siglos”^[72].

Esta es la fórmula de alabanza a la Santísima Trinidad, también llamada

“doxología”: se trata de la formula solemne con la que termina la plegaria Eucarística. En esta oración se resume y condensa el fin de adoración y alabanza a la Trinidad Beatísima.

El ministro de Jesucristo levanta los dones con el Cuerpo y la Sangre del Señor. No los presenta sino que los eleva para alabanza de Cristo ofrecido a Dios Padre por el Espíritu Santo. Nos ayudará esta oración a darnos cuenta del misterio que tenemos en las manos. “En el Santo sacrificio del altar, el sacerdote toma el Cuerpo de nuestro Dios y el Cáliz con su Sangre, y los levanta sobre todas las cosas de la tierra, diciendo: ”Per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso” —¡por mi amor!, ¡con mi amor!, ¡en mi amor! Únete a ese gesto. Más: incorpora esa realidad a tu vida”^[73].

¿Cuál es la respuesta del pueblo? Los fieles responden “amen” a las palabras del sacerdote. “Alguien podría pensar que, concluida la plegaria eucarística, es bien exigua la intervención que se permite a la asamblea: un simple «Amén». Yo diría que no es poca cosa decir «Amén» a Jesucristo. No podemos olvidar la sacramentalidad de toda oración litúrgica y menos aún el corazón de la oración litúrgica, que es la plegaria eucarística. En todo caso nos encontramos ante el «Amén» más importante de toda la Misa”^[74].

Esa respuesta supone, por tanto, un gran honor. Es poder decir al mismo Cristo que se nos muestra: “amén, “así sea”, queremos que todo el honor y toda la gloria sean para Cristo y lo manifestamos con esa afirmación vibrante. “Si vosotros mismos sois Cuerpo y miembros de Cristo, sois el sacramento que es puesto sobre la mesa del Señor, y recibís este sacramento vuestro. Respondéis «amén» (es decir, «sí», «es verdad») a lo que recibís, con lo que, respondiendo, lo reafirmáis. Oyes decir «el Cuerpo de Cristo», y respondes «amén». Por lo tanto, sé tú verdadero miembro de Cristo para que tu «amén» sea también verdadero”. [San Agustín, serm. 272]^[75].

IV — El rito de la Comunión

El Cardenal Newman, antes de su conversión, fue pastor de alto rango de la Iglesia anglicana. Sus rentas anuales alcanzaban una cifra de libras bastante considerable. Durante muchos años estudió la religión católica y finalmente se convirtió. Newman aseguraba que no pudo resistir la fuerte atracción del Santísimo Sacramento, la fuerza del amor de Cristo en la Eucaristía. Cuenta cómo justo antes de su conversión, un amigo suyo quiso convencerle de que no diera ese paso de dejar la Iglesia anglicana por la Iglesia católica, y le argumentaba:

— Piensa lo que haces. Si te haces católico, pierdes las rentas de ... —y dijo la cifra de libras anuales.

Newman le contestó:

—¿Y que es eso comparado con una sola comunión?

Si durante la Santa Misa hemos de luchar contra la dispersión, con el cuerpo y el alma metidos en Dios, con los sentidos y las potencias lo más recogidos que podamos, cuando llega el momento de recibir al Señor hemos de procurar fomentar que exista tensión interior para llegar lo mejor preparados a esa fusión con Cristo que es la Comunión. No olvidemos que la Comunión es una invitación, y de la misma manera que nos prepararíamos para un banquete al que nos invitara un personaje importante, con mucho más cuidado debemos disponernos siendo Dios quien nos invita y el mismo Cristo a quien vamos a recibir.

Nos preparamos rezando la oración que Cristo nos enseñó, teniendo una actitud de pedir perdón y de perdonar a nuestro prójimo, pues así nos unimos más al Señor y nos disponemos mejor para recibirle.

1— Padrenuestro

El Padre nuestro es la única oración compuesta por Dios. Jesucristo nos la dejó como regalo para que la repitiéramos muchas veces, y le sacáramos partido. Vamos a hacer unas breves consideraciones de esta oración para que nos demos cuenta de su inmensa riqueza y para que procuremos rezarla cada vez mejor.

—“Padre nuestro”: estas palabras no las tiene que rezar solo el sacerdote, sino que las debemos procurar decir todos. Por eso hay que estar atentos a las palabras introductorias del sacerdote para empezar todos a la vez.

Gerson, famoso teólogo francés del siglo XV, a sus noventa años, poco antes de morir decía que después de muchos años tratando con Dios, después de mucho tiempo haciendo oración, se había dado cuenta que la mejor manera de acudir a Dios es tratarle como Padre amantísimo, sabiéndose hijo muy querido suyo. Al comenzar esta oración expresamos una relación muy especial con Dios. Nos dirigimos a Él como Padre. Él es nuestro Padre bueno que está siempre pendiente de sus hijos. Además es nuestro. La

palabra “nuestro” indica posesión, y también indica que es un solo Dios, que es nuestro Padre, y por tanto, la comunión con Él nos debe llevar a llamar a los demás hermanos.

—“que estás en el cielo”: tenemos que vivir en la tierra mirando al cielo, que es el lugar que Dios nos tiene preparado. Nuestra patria definitiva no es la región de la que cada uno de nosotros procede, ni nuestra ciudad o nuestro pueblo donde hemos nacido o donde siempre hemos vivido y donde hemos echado raíces, sino que nuestra verdadera patria —donde vamos a vivir para siempre si amamos a Dios— es el cielo. Por eso tenemos que vivir mirando al cielo, dando a todas nuestras acciones un sentido trascendente. Estas palabras del Padrenuestro nos recuerdan esta realidad que tantas veces olvidamos. Muchas veces vivimos como si lo de esta tierra no se fuera a terminar nunca, y convertimos los bienes de la tierra en fines, cuando en realidad no son otra cosa que medios para ganarnos el cielo.

También cuando el hombre posee a Dios en la tierra se puede decir que está en el cielo. La persona que está en gracia de Dios tiene a la Santísima Trinidad habitando en su alma. Cuando recibimos la Sagrada Comunión tenemos a Jesús realmente presente dentro de nosotros, y por eso la Eucaristía se llama prenda de vida eterna. Lo más importante del cielo es estar con el Señor, y eso ya lo podemos hacer en la tierra.

“Después de habernos puesto en presencia de Dios nuestro Padre para adorarle, amarle y bendecirle, el Espíritu filial hace surgir de nuestros corazones siete peticiones, siete bendiciones. Las tres primeras más teológicas, nos atraen hacia la Gloria del Padre; las cuatro Últimas, como caminos hacia Él, ofrecen nuestra miseria a su Gracia (...)”^[76]. Vamos a ver estas siete cosas que le pedimos a Dios en el Padrenuestro:

—“santificado sea tu nombre”: tenemos que vivir dando gloria a Dios, procurando que todos los hombres den gloria al Creador. Es de justicia que así sea. Para conseguirlo hay que vivir pendientes de El no solo el domingo en la Iglesia, sino en el trabajo, con los amigos, en el deporte, en toda actividad que realicemos siempre pensando en si estamos dando gloria a Dios. Así lo expresa el Catecismo citando a San Pedro Crisólogo: “Se trata del Nombre que da la salvación al mundo perdido, pero nosotros pedimos que este Nombre de Dios sea santificado en nosotros *por nuestra vida*. Porque si nosotros vivimos bien, el nombre divino es bendecido; pero si vivimos mal, es blasfemado, según las palabras del apóstol: «el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones» (Rm 2,24; Ez 36, 20-22). Por tanto, rogamos para merecer tener en nuestras almas tanta santidad como santo es el nombre de nuestro Dios”. [San Pedro Crisólogo, serm. 71]^[77].

Por tantas blasfemias que se dicen, nosotros vamos a alabar a Dios, a darle gloria, a decir su santo nombre muchas veces.

—“venga a nosotros tu Reino”: el Hijo de Dios se encarnó, se hizo hombre para darnos la vida divina, para librarnos de la esclavitud del pecado, y una vez en la tierra instaurar su Reino. Su reinado es la paz, el amor, la vida eterna, y ha venido para reinar

en nuestras almas. Por eso, cuando le pedimos al rezar esta oración “venga a nosotros tu Reino” le estamos diciendo: — Líbranos del poder del demonio, del pecado y de la muerte, reina tú en nuestras almas, que tengamos tu paz, que tengamos tu amor, que vivamos para siempre contigo.

“En la Oración del Señor, se trata principalmente de la venida final del Reino de Dios por medio del retorno de Cristo (cf Tr 2, 13). Pero este deseo no distrae a la Iglesia de su misión en este mundo, más bien la compromete. Porque desde Pentecostés, la venida del Reino es obra del Espíritu del Señor «a fin de santificar todas las cosas llevando a plenitud su obra en el mundo» (MR Plegaria Eucarística IV)” [\[78\]](#).

—“hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”: hacer la voluntad de Dios es lo que libera al hombre, pues su deseo es que todos los hombres se salven. Hay que procurar decirle a Dios muchas veces estas palabras: “hágase tu voluntad”, no se haga lo que a mí me apetece, lo que me gustaría hacer, sino lo que tu quieras. Si tu voluntad es que sufra bienvenido sea ese dolor, si tu voluntad es que viva escondido, así sea.

Sólo nos debe ocupar descubrir cada día la voluntad de Dios y ponerla por obra. Y descubrimos cual es su voluntad rezando, escuchando a Dios en nuestro corazón, hablando con Él. Para conseguir esto tenemos que pararnos, mirar hacia dentro de nosotros mismos, y preguntarle a Dios si estamos dejándole actuar en nuestra vida, si estamos llenos de Dios o llenos de lo nuestro, si nuestro corazón está pendiente de los demás, de dar gloria a Dios, o se ha quedado pegado a cosas, a personas, a formas de vida que nos apartan de El. Es una buena oportunidad esta petición del Padrenuestro para decirle a Dios: — Señor, que en mi vida haga sólo y en todo tu voluntad y, para eso, aparta de mí lo que me separe de Ti.

—“danos hoy nuestro pan de cada día”: con esta petición no le estamos pidiendo a Dios sólo el alimento del cuerpo sino también el alimento del alma, que es la Eucaristía. Somos como unos niños que tienen hambre y van a pedirle pan a su padre. Nosotros hemos de tener hambre de Dios, deseamos fortaleza para nuestras almas, ayuda contra el maligno y las tentaciones del mundo. Pedimos a Dios ese alimento porque sabemos que ahí está nuestra fortaleza, porque sabemos que Jesús es el pan que da la vida al hombre.

En la tierra hay mucha hambre, muchas personas sin alimento para su cuerpo, pero hay muchas más personas que tienen hambre y sed de Dios, y lo peor es que no saben que lo que les falta es ese alimento. Los que lo recibimos tenemos que intentar hacerlo de la mejor manera, preparándonos cada vez con más esmero, procurando aprovechar al máximo la gracia del sacramento.

—“perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. El amor de Dios al hombre es un amor superior porque es misericordioso. La palabra “miseri-cor-dia” podemos desbrozarla en las palabras latinas de las que proviene, y veremos que significa “dar el corazón al miserable”. Qué fácil es amar al que te quiere, al que te corresponde, al que se preocupa de ti, pero querer al que te ha dado la espalda, al que te ha ofendido, eso es más difícil. Este es un amor superior. Es el amor de Dios

que nos quiere a pesar de nuestras miserias, y —como el padre de la parábola del hijo pródigo— está deseando perdonarnos, abrazarnos, llenarnos de su infinito amor.

“Ahora bien, lo temible es que este desbordamiento de misericordia no puede penetrar en nuestro corazón mientras no hayamos perdonado a los que nos han ofendido. El amor, como el Cuerpo de Cristo, es indivisible; no podemos amar a Dios a quien no vemos, si no amamos al hermano, a la hermana a quien vemos (cf 1 Jn 4, 20). Al negarse a perdonar a nuestros hermanos y hermanas, el corazón se cierra, su dureza lo hace impermeable al amor misericordioso del Padre; en la confesión del propio pecado, el corazón se abre a su gracia”^[79].

Los pecados de soberbia, de falta de caridad, de juicios críticos son los que más duelen al Señor, porque Él es quien nos ha de juzgar y nos ponemos en su lugar. En cambio, Dios nos juzgará como siempre con su gran misericordia. Hemos de luchar para no hablar nunca mal de nadie y, más aun, para perdonar a los demás, también a los que nos hacen daño, igual que el Señor nos ha perdonado a nosotros. Si no lo hacemos no podremos rezar el Padrenuestro, o si lo hacemos estaremos mintiendo con la boca y con el corazón.

—“no nos dejes caer en la tentación”: la vida del hombre es una lucha por ser libres, es decir, por amar. El principal mal que hay en el mundo es el pecado. Todos los demás “males” que no dependen de la libertad de los hombres son responsabilidad de Dios. Los llamamos males porque no los entendemos. Solo Dios sabe por qué los permite. Muchos dicen que se dan por casualidad, y hay una definición muy clarificadora de lo que es la “casualidad”: no es otra cosa que la medida de nuestra ignorancia. Di que no sabes porque ha pasado eso, pero no digas que es por casualidad.

Como el pecado es el principal mal contra el que hay que luchar tenemos que considerar cómo afrontamos las tentaciones que se nos presentan. Si pensamos que somos autosuficientes o, en cambio, nos esforzamos con humildad, sabiendo que en Dios siempre tendremos la gracia necesaria para vencer cualquier tentación, por fuerte que parezca. El Catecismo nos enseña que debemos distinguir entre “ser tentado” y “consentir en la tentación”, entre notar la tentación y pararse en ella, que es recrearse, quererla. Sentir la tentación no es pecado, pero cuando la queremos ahí ya entra la voluntad y pecamos^[80]. Por eso el que es humilde acude a la gracia de Dios, a los sacramentos, y le pide a Dios de corazón: “no nos dejes caer en la tentación”.

—“y líbranos del mal”: líbranos del mal, líbranos del Maligno, de las tentaciones del demonio, por quien el pecado y la muerte entraron en el mundo cuando tentó a nuestros primeros padres, y cuyo poder parece que cada vez cobra más fuerza. Líbranos, porque tú puedes aplastar su cabeza. Como decimos en el embolismo de la Misa, en las oraciones que se rezan después del Padrenuestro: “líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la

venida de nuestro Señor Jesucristo”.

2— La fracción del pan

Como hemos visto, después del Padrenuestro, el sacerdote dice unas oraciones en las que le pedimos cosas a Dios. Hemos de estar atentos para pedirle al Señor junto con el sacerdote por cada una de las cosas que se piden: primero que nos libre de cualquier mal y que nos conceda la paz: es decir que nos ayude a luchar contra el peor mal que hay en el mundo que es el pecado, y nos dé la paz que deseamos los hombres, que es sobre todo la paz interior. Después pedimos a nuestro Señor Jesucristo —que está sobre el altar— se digne atender nuestras peticiones, y que no se fije en nuestros pecados sino que actúe conforme a la fe de la Iglesia que Él fundó. Le rogamos finalmente para que nos mantenga a los miembros de la Iglesia siempre en paz y unidos.

Una vez que el sacerdote ha invitado al pueblo para que se de la paz, toma el pan consagrado, lo parte sobre la patena, y deja caer una parte del mismo en el cáliz mientras dice en secreto: “El Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, unidos en este cáliz, sean para nosotros alimento de vida eterna”. Y después dice el “Cordero de Dios...” Cuando se parte el pan, Cristo sigue presente en todas sus partes y en las partículas que se puedan desprender, por eso el ministro sagrado limpia y purifica muy bien después la patena y los vasos sagrados. “Cristo está todo entero presente en cada una de las especies y todo entero en cada una de sus partes, de modo que la fracción del pan no divide a Cristo (cfr. Cc. de Trento: DS 1641)”^[81].

Ahora el sacerdote reza en voz baja una oración preciosa. Las ideas de esta plegaria pueden servir también a los fieles para preparar la Comunión, aprovechando el breve momento de silencio que se produce mientras el ministro sagrado termina de rezarla. Dice así: “Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste con tu muerte la vida al mundo, líbrame, por la recepción de tu Cuerpo y de tu Sangre, de todas mis culpas y de todo mal. Concédeme cumplir siempre tus mandamientos y jamás permitas que me separe de ti”. O bien la Iglesia propone otra posible oración: “Señor Jesucristo, la comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre no sea para mí un motivo de juicio y condenación, sino que, por tu piedad, me aproveche para defensa de alma y cuerpo y como remedio saludable”.

Después de haber rezado en secreto esa oración el sacerdote hace la genuflexión, levanta a Jesús sacramentado en sus manos, y mostrándolo al pueblo dice las palabras: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor”. Y todos juntos respondemos unas palabras muy gratas a Dios: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para salvarme”. Estas palabras provienen de un pasaje del Evangelio. Un día que Jesús entraba en Cafarnaum, le abordó lleno de ansiedad un hombre que le rogaba: “Señor, mi criado yace parálítico en casa con dolores muy fuertes. Jesús le dijo: Yo iré y lo curaré. Pero el

centurión le respondió: Señor, no soy digno de que entres en mi casa, basta que lo mandes de palabra y mi criado quedará sano.(...) Al oírlo Jesús se admiró y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que en nadie de Israel he encontrado una fe tan grande”. (Mt 8, 6-10). Cuando contemplemos al Señor en las manos del sacerdote y digamos estas palabras tenemos que procurar decirlas con la fe del centurión. La casa a la que nos referimos es nuestro cuerpo que va a recibir en breves instantes a Jesús. Aunque estemos en gracia de Dios somos indignos de recibir tan gran regalo, de recibir a todo un Dios que se nos entrega, que se nos da como alimento del alma. Por eso hay que decirle con mucha fe: — Señor, no soy digno de recibirte, hazme tu digno, basta con una sola palabra tuya para que yo me salve. Que acoja con esa fe del centurión tus palabras, que son para nosotros vida eterna.

“*Ecce Agnus Dei... Domine, non sum dignus...* (Este es el Cordero de Dios... Señor, no soy digno”). Vamos a recibir al Señor. Para acoger en la tierra a personas constituidas en dignidad hay luces, música, trajes de gala. Para albergar a Cristo en nuestra alma, ¿cómo debemos prepararnos? ¿Hemos pensado alguna vez en cómo nos conduciríamos, si sólo se pudiera comulgar una vez en la vida?”^[82].

El sacerdote comulga, y antes de hacerlo mirando la forma consagrada que tiene en sus manos dice: “El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna. Después toma el cáliz y dice también en secreto: “La Sangre de Cristo me guarde para la vida eterna”.

3— La Comunión

Un punto del Catecismo para niños responde con mucha claridad a los motivos por los que Jesús quiere que nos alimentemos de su Cuerpo y de su Sangre. “—¿Para qué recibimos a Jesucristo en la Sagrada Comunión? Recibimos a Jesucristo en la Sagrada Comunión para que sea alimento de nuestras almas, nos aumente la gracia y nos dé la vida eterna”.

Se acerca el momento de la comunión, y ¿cuáles son las disposiciones para comulgar? Las disposiciones que debemos tener para comulgar son tres: estar en gracia de Dios, guardar el ayuno eucarístico y saber a quien recibimos.

— Estar en gracia de Dios significa tener el alma limpia de pecado mortal. “Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma entonces del pan y beba del cáliz. Pues «quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo» (1 Cor 11,27-29). Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar”^[83].

— Guardar el ayuno eucarístico consiste en no haber comido desde una hora antes de comulgar (el agua no rompe el ayuno). “Para prepararse convenientemente a recibir este sacramento, los fieles deben observar el ayuno prescrito por la Iglesia (cfr. CIC can. 919). Por la actitud corporal (gestos, vestido) se manifiesta el respeto, la solemnidad, el

gozo de ese momento en que Cristo se hace nuestro huesped”^[84].

— Y saber a quien recibimos es tener fe, o al menos querer tener fe y pedírsela con humildad a Dios. Son muy distintos los frutos que se reciben del sacramento cuando no se valora y se hace mecánicamente a cuando se prepara y se recibe con mucha fe. La diferencia es la gracia que se recibe y esta depende de nuestra capacidad y de las disposiciones que tenemos para recibir la gracia. Es muy distinto ir a por agua con un dedal, que ir a cogerla con un tanque de bomberos.

“En la *comuni3n*, precedida por la oraci3n del Se1or y de la fracci3n del pan, los fieles reciben «el pan del cielo» y «el c3liz de la salvaci3n», el Cuerpo y la Sangre de Cristo que se entreg3 «para la vida del mundo» (Jn. 6,51): Porque este pan y este vino han sido, seg1n la expresi3n antigua «eucaristizados», «llamamos a este alimento Eucaristía y nadie puede tomar parte en 3l si no cree en la verdad de lo que se ense1a entre nosotros, si no ha recibido el ba1o para el perd3n de los pecados y el nuevo nacimiento, y si no vive seg1n los preceptos de Cristo» (S. Justino, apol. 1, 66,1-2)”^[85].

¿Y c3mo debe ser esa presencia real de Cristo en el altar? ¿C3mo est3 Cristo en la Eucaristía? “En el santísimo sacramento de la Eucaristía est3n «*contenidos verdadera, real y substancialmente* el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Se1or Jesucristo, y, por consiguiente, *Cristo entero*» (Cc. de Trento: DS 1651). “Esta presencia se denomina «real», no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen «reales», sino por excelencia, porque es *substancial*, y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente”(MF 39) ”^[86]. El Se1or est3 realmente presente desde el momento de la Consagraci3n. No est3 físicamente presente, pues cuerpo físico es el que tenemos nosotros ahora en la tierra, con sus propiedades concretas, palpables.

Cuerpo físico era tambi3n el cuerpo que tenía el Se1or hasta su Resurrecci3n. Jes1s resucita con el mismo cuerpo que muri3 en la Cruz pero en un estado distinto. Los cuerpos gloriosos tienen propiedades diferentes a las de los cuerpos físicos. Ahora, el Se1or est3 en la Eucaristía realmente presente, pero con su cuerpo glorioso, tal y como se apareci3 a los discípulos despu3s de resucitar^[87].

La preparaci3n interior y exterior manifiesta la fe de los fieles. No es lo mismo recibir al Se1or con un traje elegante que con un chandal de ir por casa. Tampoco es lo mismo preparar la Comuni3n interiormente, con tiempo y con cari1o, que llegar a comulgar el domingo sin haberlo pensado antes, y s3lo porque en Misa ha llegado el momento de la Comuni3n y no tengo pecados mortales.

Contaba el santo cura de Ars, que tres chicas de un pueblo vecino iban a la Misa del pueblo de Ars el domingo. Se dirigían desde su pueblo en carromato y reían mucho comentando todo tipo de cosas. Al llegar el momento de la Comuni3n le toc3 el turno a la m3s activa de las tres, a la que m3s había reído y m3s alboroto había organizado, y el

cura de Ars pasó a la siguiente persona. Siguió dando la Comunión a los demás y cuando llegó de nuevo donde estaba ella se la volvió a saltar, y así hasta tres veces. Ella lloraba desconsoladamente. A la tercera vez le dijo:

— Para recibir al Señor hay que estar preparado. Haz un acto de adoración.

La chica lo hizo entre lloros, y cuando hubo terminado el sacerdote le dio la Comunión.

Cuando se acerca el momento de comulgar hay que prepararse con más intensidad porque estamos más cerca de fundirnos con Jesús. Una posibilidad es rezar el “Señor mío Jesucristo” para limpiar más el alma de pecados veniales y faltas que hayamos cometido. También hay una oración muy apropiada que sirve de preparación para recibir al Señor, y que se llama la Comunión espiritual: “Yo quisiera Señor recibirlos con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los santos”. “Con su habitual y genial ingenuidad enseñaba el santo cura de Ars que la comunión espiritual es semejante al soplo del fuelle sobre el rescoldo de unas cenizas que empiezan a apagarse”. “Cuando sintamos que el amor de Dios se enfría — decía— ¡pronto: una comunión espiritual!”^[88].

Capítulo VII. Conclusión

1— Estar con Jesús

La confianza de los niños en el trato con el Señor y su sencillez muchas veces impresionan y sirven para la propia vida interior. Leí en un libro de J. Ducay titulado “Voluntad fuerte” la siguiente anécdota. En cierta ocasión un niño hacía la primera Comunión, y sus padres le habían preparado para ayudarlo una lista de cosas para pedir a Jesús. Así no se le olvidaría ninguna. Pero cuándo llegó el gran día, con las prisas de la salida, se les olvidó la lista en casa. Tras haber comulgado los padres vieron cómo el niño se quedaba un buen rato con la carita entre las manos muy concentrado. Al salir los padres le preguntaron si se había acordado de pedirle todo a Jesús. El niño afirmó:

— Sí, lo dije todo

—Y luego...¿qué le decías?, le preguntó su madre. A lo que el niño contestó:

— Para que Jesús no se fuese le conté el cuento de caperucita.

La Comunión es estar con Jesús, más cerca de lo que jamás podríamos imaginar. Un sacerdote contaba con emoción en su predicación cómo al ir a dar la Comunión a un enfermo había metido la teca en el bolsillo de su traje. Y ahí llevaba a Jesús, muy cerca del corazón, pegado al corazón. Y les decía a los fieles que ellos debían emocionarse y llenarse de alegría pues podían tener a Jesús todavía más cerca. Al recibirle en la Comunión podían fusionarse con Él.

2— Oración final

Esta oración se llama “oración después de la Comunión”. En esta oración los fieles —guiados por las sabias palabras de la liturgia de la Iglesia— dan gracias por el don recibido. También en esta oración se pide a Dios para que la sagrada Comunión fructifique en nuestras almas y nos santifique.

Después de comulgar una de las cosas más importantes que hay que hacer es dar gracias. Cuando alguien nos hace un regalo siempre es lo primero que hacemos: agradecerse. Cuanto más grande sea el regalo más fervor y más intensidad ponemos en el agradecimiento. Los minutos que el Señor está con nosotros después de recibirle son preciosos. Y la liturgia, con esta oración, nos da ideas que sirvan de lanzadera para permanecer en acción de gracias y para aprovechar toda la gracia que recibimos con este sacramento, que es Cristo mismo.

Para ver el esquema de esta oración nos fijamos en la oración que se reza después de la Comunión en la “Misa para dar gracias a Dios”:

— “Señor, Dios nuestro, que robusteces a tus hijos con este pan de vida y los libras de las ataduras del pecado”: primero agradecemos y pedimos a la vez. Damos gracias a Dios por robustecernos y por librarnos de las ataduras del pecado, afirmamos que así lo está haciendo con nosotros gracias a la fuerza que nos confiere con estos sacramentos, y

pedimos que este robustecimiento y el vernos libres de las ataduras del pecado sean una realidad en nuestra vida. Sabemos podemos vencer si aprovechamos muy bien la inmensa gracia que se nos concede con esta Comunión.

— “haz que constantemente crezca nuestra esperanza de conseguir el premio de tu gloria”: después pedimos algo. Las peticiones de esta oración pueden ser muy diversas, pero hay una que se repite: que consigamos el premio de la vida eterna. Es lógico que pidamos esto al recibir al Señor en la Eucaristía, pues recibimos el pan del cielo, que es prenda de vida eterna.

3— Saludo y despedida

Con la Comunión, la participación personal en el sacrificio de Cristo ha llegado a su plenitud. Nuestro deseo ha de ser, después de habernos unido a Jesucristo, el que esta unión se prolongue durante el resto de la jornada, y que Jesús permanezca siempre con nosotros. Para que tengamos presente siempre a Dios el sacerdote nos dice: “El Señor esté con vosotros”.

Hemos asistido a la Santa Misa, que es una acción Trinitaria. Al comienzo de la celebración nos santiguábamos y ya comenzábamos un diálogo personal con las tres personas. Ahora, al final de la Eucaristía recibimos la bendición del ministro sagrado, que nos la da en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Y termina la Misa con la despedida: “Podéis ir en paz”. Todos responden: “Demos gracias a Dios”. Con estas palabras el Señor nos invita a salir a la calle, a nuestras casas, al mundo entero para llevar a Cristo, para que demos ejemplo de lo que significa ser cristiano y vivir como buenos hijos de Dios.

El significado de la palabra Misa viene del latín “*mitto*”, que significa enviar. “Santa Misa porque la liturgia en la que se realiza el misterio de salvación se termina con el envío de los fieles («*missio*») a fin de que cumplan la voluntad de Dios en su vida cotidiana”^[89]. El Señor, después de mostrarnos su sacrificio de amor, nos envía a los cinco puntos cardinales para que anunciemos su vida, su muerte y su Resurrección gloriosa.

Las fuerzas para llevar a cabo esta misión las sacamos de la Eucaristía, que es “fuente de energía superior”. “Las comidas procuran a las personas las fuerzas que necesitan para vivir y actuar. Jesús, instituyendo la comida eucarística, ha querido poner a disposición de los creyentes las fuerzas necesarias para el desarrollo de la entera vida cristiana. (...) El único remedio para esta fragilidad es el auxilio divino. La persona tiene necesidad de una energía superior, que le permita superar sus debilidades. Jesús ha querido comunicarnos esta energía de forma habitual a través de la Eucaristía. Y no la comunica sólo con una ayuda externa, ni con un simple impulso que mueva la voluntad, sino con una transformación de toda la persona”^[90]. La Eucaristía responde a toda situación de debilidad, es garantía de fortaleza.

La presencia de la Virgen en la Misa

¿Cómo podríamos tomar parte en el sacrificio sin recordar e invocar a la Madre del Soberano Sacerdote y de la Víctima? Nuestra Señora ha vivido unida muy íntimamente a su Hijo en la tierra. La Virgen María ha participado de todos los acontecimientos salvíficos de la vida de Jesús. Desde que se encarnó en sus purísimas entrañas hasta la muerte en la Cruz, su Resurrección y su Ascensión a los cielos, y también en la venida del Espíritu Santo. Ahí estaba la Virgen uniéndose a su Hijo, amando con Él, corredimiendo con Él, uniéndose al sufrimiento y a la entrega de su Hijo por todos los hombres. “La Iglesia ofrece el sacrificio eucarístico en comunión con la santísima Virgen María y haciendo memoria de ella, así como de todos los santos y santas. En la Eucaristía, la Iglesia, con María, está como al pie de la Cruz, unida a la ofrenda y a la intercesión de Cristo”^[91].

¿Cómo vamos a tomar parte en el sacrificio sin recordar e invocar a la Madre del Soberano Sacerdote y de la Víctima? Como estaba presente en el Calvario, está presente en la Misa, que es una prolongación del Calvario. “En la Cruz asistía a su Hijo ofreciéndose al Padre; en el altar, asiste a la iglesia que se ofrece a sí misma con su cabeza, cuyo sacrificio renueva. Ofrezcámonos a Jesús por medio de Nuestra Señora”^[92].

Aprovechemos los textos de la liturgia de la Iglesia para acudir a nuestra Madre durante el sacrificio del altar. Ya desde el comienzo de la Misa la invocamos. En el acto penitencial, después de golpearnos el pecho señalando tres veces nuestra culpa, acudimos a la intercesión de la Santísima Virgen María, la sin pecado concebida, y decimos: “por eso ruego a santa María, siempre Virgen”. Ella es la mejor aliada y la ayuda más eficaz para luchar y vencer contra el pecado. Acudamos a nuestra Madre, al comienzo de la Misa con esta confianza, y con la convicción de que con ella podemos.

En el credo también honramos a María llamándola “Madre de Dios”, porque manifestamos nuestra fe en que Jesucristo, la segunda persona de la Santísima Trinidad, se encarnó en ella por obra del Espíritu Santo. Dios se hizo hombre gracias a la cooperación de una criatura: la que fue su Madre. Por eso el título mayor para la Virgen es llamarla “Madre de Dios”.

En las plegarias eucarísticas siempre se acude a ella como Madre de Dios. En la primera de las plegarias “veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor”. Y en las otras tres plegarias eucarísticas la alabamos llamándola “Virgen María, Madre de Dios”.

La Virgen dolorosa, del mismo modo que estaba junto a la Cruz de su hijo siendo corredentora con su inmenso sufrimiento, sigue siéndolo en cada Misa porque es la renovación del sacrificio del Calvario.

Índice

Adentrarse en la Eucaristía (*Guía para conocer y enseñar los tesoros de la Misa*)

Introducción

Capítulo I. Explicaciones preliminares

1— ¿Qué es la Misa?	5
2— Un solo sacrificio	9
3— Regreso al pasado	11

Capítulo II. Valor del lugar y el tiempo en la celebración

1— El altar	16
2— Significado de las vestiduras sacerdotales	16
3— El año litúrgico	18
4— El día del Señor	20

Capítulo III— Situar-me en la Misa

1— Partes de la Misa	23
2— Entrar en un palacio	24
3— ¿Yo qué puedo hacer en Misa?	27

Capítulo IV. Inicio de la Misa

1— La Santísima Trinidad en la Misa	31
2— La tintorería	33
3— Pedir perdón en el acto penitencial	

35	
4— Dar gloria a	
Dios.....	36
5— Oración	
colecta.....	37
Capítulo V. 1ª parte: Liturgia de la Palabra	
1— Primera	
lectura.....	41
2— Salmo	
responsorial.....	42
3— Palabra del	
Señor.....	43
4—	
Homilía.....	
46	
5— Sí,	
creo.....	
46	
6— Oración de los	
fieles.....	48
Capítulo VI. 2ª parte: Liturgia de la Eucaristía	
I— Presentarnos en ofrenda con Jesús	
1— Preparación y presentación del pan y el vino.....	51
2— Oración sobre las	
ofrendas.....	55
II— Entrada solemne a la habitación del gran Rey	
1— El	
prefacio.....	
56	
2— ¿Que es la plegaria Eucarística?.....	
58	
3— Plegarias eucarísticas que usamos en el rito Romano.....	61
— Plegaria Eucarística	
I.....	61
— Plegaria Eucarística	
II.....	63
— Plegaria Eucarística	
III.....	64

— Plegaria Eucarística	
IV.....	65
— Plegaria Eucarística V y plegarias de reconciliación I y II.....	66
III— El Arca Sagrada	
1—	
Consagración.....	
67	
2— Elevación del Señor y adoración.....	
69	
3— Conclusión de la Plegaria Eucarística.....	
70	
IV— El rito de la Comunión	
1—	
Padrenuestro.....	
72	
2— La fracción del	
pan.....	75
3— La	
Comunión.....	76
Capítulo VII. Conclusión	
1— Estar con	
Jesús.....	80
2— Oración	
final.....	80
3— Saludo y	
despedida.....	81
La presencia de la Virgen en la Misa	
82	

[1] Carta apostólica “Novo milenio ineunte”, n° 4.

[2] COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, p. 17.

- [3] “El amor divino, para favorecer a los hombres y garantizarles el destino más alto, se ha hecho inventivo de forma insuperable en los gestos y en las palabras de Jesús, que ha instituido la Eucaristía durante la última Cena. Como nuestra sorpresa es grande, debemos hacer continuamente un esfuerzo para comprender mejor las intenciones de este amor”. *Ibidem*, p. 18.
- [4] COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, p. 128.
- [5] SANTO CURADE ARS. *Sermón sobre la Santa Misa*.
- [6] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1
- [7] *Ibidem*, nº 519.
- [8] *Ibidem*, nº 1366.
- [9] COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, p. 124.
- [10] S. JUAN CRISÓSTOMO, *Sobre el sacerdocio*, libro III, nº 4.
- [11] BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa* nº 86
- [12] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1328.
- [13] Cf. *Ibidem*, nº 1329-1332.
- [14] *Ibidem*, nº 457.
- [15] *Ibidem*, nº 614.
- [16] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1367.
- [17] COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, p. 117.
- [18] *Lv. 9, 6-24*. Hemos de explicar brevemente algunas palabras utilizadas. La sobreveste era una túnica de lino de color azul oscuro, de cuya orla pendían campanillas y granadas de oro. Era una prenda cerrada, sin mangas y de larga no pasaba de la rodilla. El “*efod*” era un humeral, paño ceñido por encima de los hombros hasta la cintura, también era de lino, y tenía figuras artísticas bordadas en oro. Se componía de dos piezas unidas en los hombros por dos piedras de onix, y en cada una estaban escritos los nombres de las seis tribus de Israel. El pectoral o racional era una placa rectangular colgada a la altura del pecho por dos cadenas de oro, que llevaba en el anverso doce piedras preciosas, dispuestas en cuatro filas, con los nombres de las doce tribus de Israel grabados en oro. En este pectoral estaban el *Urim* y el *tummim*, que eran unas varillas o unas piedras que significaban la luz y la perfección, y servían para consultar a Dios y averiguar la voluntad divina. Finalmente, el sumo Sacerdote cubría su cabeza con una tiara de lino blanco. Sobre ella había otra de púrpura, azul oscura, y en una lamina pequeña de oro situada a la altura de la frente estaba la inscripción; “Santo del Señor”.
- [19] SCHUSTER, IGNACIO – HOLZMMER, JUAN B. *Historia bíblica*, tomo primero (Antiguo Testamento), Editorial Litúrgica Española, Barcelona, p. 279.
- [20] SCHUSTER, IGNACIO – HOLZMMER, JUAN B. *Historia bíblica*, tomo primero (Antiguo Testamento), Editorial Litúrgica Española, Barcelona, p. 281.
- [21] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº1383.
- [22] *Ibidem*, nº 1068.
- [23] Constitución *Sacrosantum Concilium*, nº 102.

- [24] *Ibidem*, nº 102.
- [25] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1166.
- [26] *Carta apostólica “Novo milenio ineunte”*, nº 36.
- [27] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1346.
- [28] COMITÉ PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, p. 94.
- 2 “Cuando Jesús dice: «Esto (es) mi carne», afirma estar personalmente presente en el cuerpo dado en alimento. Es su «Yo soy» personal, su persona divina la que funda esta presencia de carne. Las palabras «mi carne» no se refieren a la persona del Padre, porque el Padre no se ha encarnado y no posee un ser carnal. En la unión más total que caracteriza a las personas divinas existe una diferencia que hace singular la acción del Padre: sólo el Hijo se ha encarnado. Aunque la Encarnación fue obra de las tres personas divina, la persona del Hijo es la única que se hizo carne, la única que asumió la carne como su propiedad. Ella es, por tanto, la única que da la propia presencia de carne”. *Ibidem*, pp. 94-95.
- [30] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 737.
- [31] *Ibidem*, nº 1847
- [32] *Ibidem*, nº 1849.
- [33] *Ibidem*, nº 1851.
- [34] *Ibidem*, nº 1853.
- [35] *Ibidem*, nº 294.
- [36] AROCENA, FELIX MARIA *En el corazón de la liturgia*, p. 277
- [37] AROCENA FEIX MARÍA. *En el corazón de la liturgia*, Palabra , Madrid 1999, p. 282.
- [38] BEATO JOSEMARIA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, nº 85.
- [39] *Sacrosantum Concilium*, nº 24
- [40] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1349.
- [41] AROCENA FELIX MARÍA. *En el corazón de la liturgia*, Palabra , Madrid 1999, p. 59.
- [42] *Ibidem*, nº 1101
- [43] *Ibidem*, nº 2629.
- [44] COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, pp. 48-49.
- [45] BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, Rialp, Madrid, nº 533.
- [46] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1350.
- [47] COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, pp. 23-24.
- [48] BEATO JOSEMARIA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, nº 89.
- [49] SANTO CURA DE ARS “*Sermón sobre la Santa Misa*”.
- [50] AROCENA FEIX MARIA. *En el corazón de la liturgia*, Palabra , Madrid 1999, pp. 294-295.

- [51] *Ibidem*, p. 137.
- [52] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1352.
- [53] *Ibidem*, nº. 1352.
- [54] *Ibidem*, nº. 1353.
- [55] *Ibidem*, nº. 1354.
- [56] AROCENA FEIX MARIA. *En el corazón de la liturgia*, Palabra , Madrid 1999, pp. 221.
- [57] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº. 1354.
- [58] *Ibidem*, nº. 2634.
- [59] *Ibidem*, nº. 2636.
- [60] *Ibidem*, nº. 1365.
- [61] *Ibidem*, nº. 1362.
- [62] COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, p. 47.
- [63] “El memorial recibe un sentido nuevo en el Nuevo Testamento. Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y esta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la Cruz, permanece siempre actual (cf Hb 7,25-27): «Cuántas veces se renueva en el altar el sacrificio de la Cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención» (LG 3)”. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº. 1364.
- [64] COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, p. 75.
- [65] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº. 1353.
- [66] Cf *Ibidem*, nº. 1376
- [67] COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, pp. 106-107.
- [68] SANTO CURA DE ARS “*Sermón sobre la Santa Misa*”.
- [69] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº. 1390.
- [70] *Ibidem*, nº. 1378.
- [71] COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, p. 34.
- [72] BEATO JOSEMARIA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, nº 90.
- [73] BEATO JOSEMARIA ESCRIVÁ, *Forja*, nº 541.
- [74] AROCENA FEIX MARIA. *En el corazón de la liturgia*, Palabra , Madrid 1999, pp. 249.
- [75] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº 1396.
- [76] *Ibidem*, nº. 2803.
- [77] *Ibidem*, nº. 2814.
- [78] *Ibidem*, nº. 2818.

[79] *Ibidem*, nº. 2840.

[80] Cfr. *Ibidem*, nº. 2847.

[81] *Ibidem*, nº. 1377.

[82] BEATO JOSEMARIA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, nº 91.

[83] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº. 1385

[84] *Ibidem*, nº. 1387.

[85] *Ibidem*, nº. 1355.

[86] *Ibidem*, nº. 1374.

[87] “Podemos, además, recordar que Jesús mismo, en el anuncio de la Eucaristía, había llamado la atención sobre el estado glorioso del Hijo del hombre, como presupuesto del valor nutritivo de su cuerpo y de su sangre; el estado que habría adquirido en la ascensión debía ser la condición previa del poder vivificante que sería expresado en la comida eucarística. Por esto debemos admitir cierta anticipación del estado glorioso del Salvador en el momento de la celebración de la última Cena. Sólo el Cristo glorioso posee el poder de renovar la ofrenda de su cuerpo y de su sangre en sacrificio. Así se explica por qué la celebración de la Eucaristía no se realiza sólo en memoria de la pasión de Cristo sino también en memoria de su resurrección y de su ascensión”. COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, p. 120.

[88] Cfr. IGLESIAS, J. M. *Una costumbre cristiana: las comuniones espirituales*.

[89] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº. 1332.

[90] COMITE PARA EL AÑO DEL JUBILEO DEL AÑO 2000. *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, BAC, Madrid, pp. 172-173.

[91] *Catecismo de la Iglesia Católica*, nº. 1370.

[92] P. BERNARDOT, *La Virgen en mi vida*, p. 233.

Índice

Adentrarse en la Eucaristía	2
(Guía para conocer y enseñar los tesoros de la Misa)	2
Introducción	3
Capítulo I. Explicaciones preliminares	7
1— ¿Qué es la Misa?	7
2— Un solo sacrificio	10
3— Regreso al pasado	13
Capítulo II. Valor del lugar y el tiempo en la celebración	17
1— El altar	17
2— Significado de las vestiduras sacerdotales	17
3— El año litúrgico	19
4— El día del Señor	21
Capítulo III. Situar en la Misa	24
1— Partes de la Misa	24
2— Entrar en un palacio	25
3— ¿Yo qué puedo hacer en Misa?	28
Capítulo IV. Inicio de la Misa	32
1— La Santísima Trinidad en la Misa	32
2— La tintorería	34
3— El pecado y el dolor en el acto penitencial	35
4— Dar gloria a Dios	37
5— Oración colecta	38
Capítulo V. 1ª parte: Liturgia de la Palabra	41
1— Primera lectura	41
2— Salmo responsorial	42
3— Palabra del Señor	44
4— Homilía	46
5— Sí, creo	47
6— Oración de los fieles	48
Capítulo VI. 2ª parte: Liturgia de la Eucaristía	50
I — Presentarse en ofrenda con Jesús	51
1— Preparación y presentación del pan y el vino.	51

2— Oración sobre las ofrendas	55
II — Entrada solemne a la habitación del gran Rey.	57
1— El prefacio	57
2— ¿Que es la plegaria Eucarística?	58
3— Plegarias eucarísticas que utilizamos en el rito Romano.	61
—Plegaria Eucarística I	61
— Plegaria Eucarística II	63
— Plegaria Eucarística III	64
— Plegaria Eucarística IV	65
— Plegaria Eucarística V y plegarias de reconciliación I y II	66
III — El Arca Sagrada	68
1— Consagración	68
2— Elevación del Señor y adoración	70
3— Conclusión de la Plegaria Eucarística.	71
IV — El rito de la Comunión	73
1— Padrenuestro	73
2— La fracción del pan	77
3— La Comunión	78
Capítulo VII. Conclusión	81
1— Estar con Jesús	81
2— Oración final	81
3— Saludo y despedida	82
La presencia de la Virgen en la Misa	83
Índice	84
Capítulo II. Valor del lugar y el tiempo en la celebración	84
Capítulo III— Situar me en la Misa	84